The image shows the front cover of an antique book. The cover is decorated with a marbled pattern in shades of green, brown, and gold. A decorative gold-tooled border with a repeating geometric motif runs along the edges. A vertical strip of dark red material is visible on the left side, likely the spine or a half-binding. A small, dark rectangular label is affixed to the lower left corner. A white paper label is attached to the spine, partially overlapping the cover.

DAD A  
CIÓN G

PR 5317  
S 3  
V. 4

4

135835

*Narciso Davila.*



#1771



1080045567

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

*Roll 1658* MICROFILMADO 3/5/83



EL DIA

DE SAN VALENTIN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29302

82-3-6

S

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA DE EVERAT,  
16, CALLE DEL CUADRANTE.

EL DIA

**DE SAN VALENTIN,**

6

**LA LINDA DONCELLA DE PERTH.**

(Saint Valentine's Day, or the Fair Maid of Perth.)

**POR SIR WALTER SCOTT.**

TRADUCCION AL CASTELLANO

POR DON J. M. MORALEJO.

**N. D**

TOMO CUARTO

**PARIS,**

LIBRERIA DE ROSA.

1836.

PR 5312  
83  
V. 4



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135885

**EL DIA  
DE SAN VALENTIN.**

6

**LA LINDA DONCELLA DE PERTH.**

**CAPITULO XXVIII.**

¿ Qué quieren conquistadores  
Sobre las leyes erguidos,  
Sino comprar atrevidos  
De algunos historiadores  
Páginas en donde grandes  
A voz en grito los llamen;  
El que un mas ancho espacio,  
O sepulcro bello y frio  
Para su descanso hallen?  
No abandonará el calor  
A sus esperanzas vivas;  
Porque sus almas altivas  
Conservaron el valor.

BYRON.

Concluidas las exequias, aquella misma flo-  
tilla que habia llegado formando en las aguas  
del lago una pompa mortuoria melancólica y  
solemne, se preparó para retirarse á banderas  
desplegadas, y con todas las demostraciones

IV.

de gozo y alegría; porque no era conveniente perder tiempo en celebrar una fiesta, estando tan próxima la época en que debían combatir los del clan de Qubele con sus temibles rivales. Se había pues convenido al efecto en que inmediatamente despues de la solemnidad fúnebre seguiría la fiesta, que se acostumbraba regularmente celebrar con motivo de la inauguración del nuevo gefe.

Hubo algunos argumentos contra esta determinación, que se decía ser disposición de mal presagio. Pero, por otra parte se tuvieron presentes á favor suyo los hábitos y sentimientos de los montañeses, quienes, aun en el día, tienen por uso mezclar el júbilo de una fiesta con las ceremonias del luto, como una especie de melancolía para sus diversiones. La general repugnancia que hay en hablar de las personas á quienes se ha querido, y que se perdieron, así como la que se suele experimentar por pensar en ellas, es menos comun en esta raza grave y entusiasta, que por cualquier otra parte. No solamente se oye allí á los jóvenes que citan con elogio, como es uso en todo país,

á los parientes que, segun el curso regular de la naturaleza, dejaron el mundo antes que ellos, sino que tambien la viuda toma por materia de la conversacion frecuente al esposo que ha perdido, y lo que es todavia mas extraño, el padre y la madre hacen repetidas alusiones á la belleza de la hija, ó al valor del hijo que fallecieron. Parece que los montañeses escoceses consideran la muerte de sus parientes como una separación menos completa, y menos absoluta que se juzga en otros países. Hablan de los objetos tan queridos que les precedieron en descansar sepultados, como si hubieran emprendido un dilatado viage en el que muy pronto deben ellos mismos acompañarlos. El convite mortuario, costumbre universal en toda la Escocia, no presentaba por tanto, en la opinión de los que debían asistir á él, nada de incompatible con el regocijo que se tenía de manifestar en la celebridad de la inauguración del nuevo gefe.

Este, que lo era como hemos dicho el joven Mac-Ian, se puso á bordo de la barca en que se acababa de llevar al difunto para darle sepul-

tura, y los trovadores hicieron resonar el aire con sus alegres canciones para felicitar á Echin en su advenimiento, lo mismo que lo hicieron con lúgubres sonidos, cuando acompañaron á Gilchrist á la tumba en la flotilla que le seguía; las arias triunfales sucedieron á los gritos lamentables, que poco antes habían turbado los ecos del lago Tay. Mil aclamaciones saludaron al joven gefe tan luego como le vieron á popa, puesto de pie, armado de punta en blanco, en la flor de la belleza y con toda la agilidad juvenil, allí mismo donde se puso el cuerpo de su padre, y donde se le vió cercado de sus amigos abismados en dolor, y cuya boca no se abría en este instante sino para los acentos de júbilo. Estaba siempre cerca de la barca de honor otra de la flotilla. Torquil de la Encina, gigante de pelo cano, llevaba el timon, y sus ocho hijos todos de una talla extraordinaria eran los que remaban. Parecía la barca que conducían los hermanos de leche del gefe al perro-lobo favorito y desencadenado que salta al rededor de su amo; porque pasaba junto á la del gefe, ya por la derecha ya por la

izquierda, y aun formando un círculo al contorno, con la expresión de una extremada alegría; pero al mismo tiempo con la misma vigilancia celosa del animal á que se la compara, ponía en peligro á cualquier otra barca con solo acercarse á ella, por el riesgo que corría de volcarse y sumergirse con el atrevimiento é impetuosidad de sus maniobras. Elevados á un rango eminente entre los de su clan por el advenimiento de su hermano de leche á la primera dignidad, testificaban, de este modo tumultuoso y casi terrible, la parte que tomaban en el triunfo de su gefe.

Mucho mas á lo lejos y con ideas bien diferentes, á lo menos por parte de un individuo, se avanzaba la barquita dirigida por Booshalloch con uno de sus hijos, y en la que venía de pasajero Simon Glover.

— Si debemos ir hasta lo último del lago, dijo Simon á su amigo, pasarán algunas horas antes que lleguemos.

Cuando hablaba él de este modo, y á una señal que se hizo en la barca del gefe, la tripulación de la de los hermanos de leche ó de los Leichtachs

como guardias de corps) dejó de remar hasta que llegó la de Booshalloch. Echándole entonces un cable de cuero que Niel ató á su proa, los remeros se pusieron á trabajar, y aunque llevaban á remolque la barquilla, surcaron el agua del lago casi con la misma rapidez que antes. Bogaba el fragil esquiife arrastrado con tal violencia que parecia deber zozobrar, ó que le arrancaran la proa.

Simon Glover vió con sobresalto el impetu furioso de su curso, y la proa del barco que le llevaba inclinarse de vez en cuando hasta una ó dos pulgadas al nivel del agua. Por mas que su amigo Niel Booshalloch intentaba asegurarle que todo esto era por obsequiarle, no deseaba por esto menos que acabara pronto y con felicidad la travesía. Asi sucedió, y mas antes de lo que él pensaba, porque el parage donde la fiesta debia celebrarse no distaba mas que cuatro millas del sitio donde estaba la sepultura. Se habia elegido este parage para facilitar la marcha del gefe, quien debia partir del lado del sudeste, un momento despues de acabado el banquete.

2000 100  
 30 20  
 2000

Una bahía en la costa meridional del lago Tay presentaba una hermosa ribera cubierta de arena brillante, donde las barcas podian abordar muy á gusto, y mas allá una praderia guarnecida de yerba mas verde de lo que permitia la estacion, á cuyo contorno se levantaban montañas cubiertas de árboles y zarzales. En esta praderia se habian hecho con profusion los preparativos para la fiesta.

Los montañeses, bien conocidos por su habilidad en el manejo del hacha, tenian construida para el banquete una larga sala campesina do cabian doscientos hombres, y por todo el circuito un gran número de cabañas mas pequeñas, que parecian destinadas para pasar allí la noche. Las vigas y postes de este gran edificio eran de los gruesos pinos de las montañas, que habian dejado con la corteza. Las paredes estaban hechas de gruesas tablas de la misma madera, ó de arbolitos á escuadra unidos con las ramas de abeto y otros árboles verdes de que abundan los bosques vecinos; las montañas habian provisto del matorral necesario para cubrir el techo. Aquí, en este palacio campes-

2000 12  
 80 166  
 80

166  
 30  
 5220

tre fué donde se invitó á los principales personajes para que se colocasen. Se debia regalar á los de un rango inferior en tinglados hechos con menos esmero; y mesas formadas con la yerba ó con tablas toscas puestas al raso eran las preparadas para la multitud. Veíanse mas á lo lejos braseros de carbon encendido, y hogueras de leña á cuyo contorno estaban los cocineros sin número que daban vueltas, y se agitaban como demonios que trabajan en su elemento. Grandes hendiduras hechas en los flancos de una montaña y guarnecidas de piedras hechas ascua, servían como de hornillas para cocer piezas muy grandes de vaca, de carnero y caza mayor. Asadores de madera traspasaban carneros y cabritos que se asaban enteros. Otros estaban cortados en trozos y se cocían en calderas hechas del cuero de los animales mismos que se iban á servir á las mesas. Por último se asaban á fuego de carbon y con mas cuidado sollos, truchas, salmones y chars\*.

\* Pez del género del salmon, que, segun dice Johnston, no se pesca sino en los condados de Lancastre y de Westmoreland;

Habia ya el guantero asistido á mas de un banquete con los montañeses, pero no habia visto ninguno, de preparativos hechos con aquella profusion bárbara. Poco tiempo sin embargo tuvo él para admirar la escena que le rodeaba; porque tan luego como se hallaron en la ribera, le dijo Booshalloch con alguna dificultad, que como ellos no habian sido convidados para sentarse á la mesa de honor, contra lo que él esperaba, harian bien si aseguraban un sitio en una de las que habia en los tinglados; y le llevaba hácia ellos cuando le detuvo uno de los guardias de corps del gefe que parecia ejercer el empleo de maestro de ceremonias, y le dijo algunas palabras al oido.

— Esto es lo que yo creía, dijo el guarda-bestias; yo me pensaba bien que ni el forastero, ni un hombre que ocupa un puesto como el mio, serian excluidos de la primera mesa.

Condújoselos al gran salon, donde habia una larga mesa, en su mayor parte ocupada por los

pero que sin embargo es igualmente abundante en Escocia.

(N. D. T.)

convidados, en tanto que los montañeses que hacían el papel de criados, ponían en ellas con profusión los manjares muy sencillos que componían el festín. El gefe joven vió ciertamente entrar á Glover y á su compañero, pero no les dió la menor señal de atención y se les colocó á la parte inferior de la mesa muy abajo del salero\*, antigua y enorme pieza de plata, único mueble de valor que podía echarse de ver, y que todo el clan miraba como una especie de paladion que no se representaba al público, y de que no se usaba, sino en las ocasiones de mayor solemnidad, tal como la fiesta del día.

Booshalloch dijo algo descontento y muy por lo bajo á Simon, al tiempo que se ponían á la mesa: — Los tiempos han mudado, amigo Simon. Supadre,—que en paz descanse,—nos hu-

\*Lo que se llamaba entonces el salero era una especie de sobrepuesto á que se daba una forma arbitraria; unas veces la de una montaña; de una torre; de un castillo. Tenía divisiones en las que se ponía la sal, especias y diferentes salsas, y ocupaba el medio de la mesa. Los convidados de rango distinguido se sentaban á lo alto, y los de menor consideración á lo bajo del salero, y aun hacía esta parte se sentaban los criados.

biera hablado á los dos, pero él aprendió muy malos hábitos con vivir entre vosotros los Sassenachs\* en las tierras bajas.

Glover no juzgó á propósito responderle á esta advertencia, y se ocupó en mirar las ramas de árboles verdes, las pieles y otros adornos que decoraban el interior de la sala. Los mas notables eran una porción de cotas de malla fabricadas en las montañas, gorros de acero, hachas de armas y espadas de dos manos colgadas á lo alto de las paredes, con escudos ricamente trabajados. Cada cota de malla colgaba por encima de una piel de gamo bien curtida, que hacía ver la armadura con realce, preservándola de la humedad.

— Estas son, le dijo Booshalloch á media voz, las armas de los campeones escogidos por nuestro clan. Son como veís veinte y nueve, siendo el mismo Eachin el treinteno; y si no hubiera llevado hoy su armadura, la veriais aquí colgada como las otras: y despues de todo

\* Sassenachs, ó Sajones. Así llamaban los montañeses á los moradores de las tierras bajas.

esto él no tiene una loriga como la que debía llevar el domingo de Ramos. Estas nueve armaduras tan grandes son para los Leichtachs de quienes tanto se espera.

— Y esas buenas pieles de gamo, dijo Simon, en quien se despertaba el espíritu de su profesion al ver las mercancías de su comercio, ¿os parece quiera venderlas el gefe? Se necesitan para hacer los perpuntos que los caballeros llevan por bajo de la armadura.

— ¿No os he dicho ya que no habéis palabra de esto? respondió Niel.

— De las cotas de malla era de lo que yo queria hablar. ¿Podria yo preguntaros si hay alguna hecha por nuestro célebre armero de Perth, Enrique Smith?

— Ahora estais mas desatinado que antes, dijo Niel. El nombre de ese individuo produce en el ánimo de Eachin el mismo efecto que un huracan en las aguas del lago; y con todo, nadie sabe la causa.

— Yo puedo adivinarla, pensó nuestro guantero; pero guardó este pensamiento encerra-

do en su pecho. Habiendo venido á parar dos veces la conversacion sobre materias de tan mal agüero, no trató de entablarla por tercera vez y no cuidó mas que de comer, como los demás que le rodeaban.

Hablando de los preparativos del festin, ya hemos dicho lo bastante para que se pueda concluir presentaban la mayor sencillez, con respecto á la calidad de los manjares. Se componian principalmente de piezas enormes de carne, que se comieron sin mucho escrúpulo, á pesar de ser cuaresma, y aunque varios monges del convento de la isla honrasen el banquete con su presencia. Los platos eran de madera y habia tambien copas de lo mismo, en las que los convidados bebían indistintamente de todos los licores que les presentaban, y aun el jugo de las viandas que se miraba como una golosina. Habia tambien toda especie de lacteicio preparado de diferentes modos, tenido entonces en mucho aprecio y servido tambien en platos de madera. El pan era lo mas escaso en el festin; pero, por una distincion especial, sirvieron dos panecillos á Glo-

ver y á su amigo Niel. Para comer se servian, como en toda la Gran-Bretaña, para decir verdad, de sus cuchillejos de monte que llamaban *skenes*, ó de sus puñales grandes llamados *dirks* sin incomodarse con el pensamiento de que podian haber servido alguna vez para otro uso muy diverso y fatal.

Al extremo de la mesa habia una silla de brazos desocupada, levantada dos escalones sobre el piso, cubierta con un dosel formado con ramas de acebo y de yedra, donde habia una espada envainada y una bandera enrollada. Esta era la silla del gefe difunto, y habia quedado sin uso por respeto á su memoria. Eachin ocupaba una silla mas baja y á mano derecha del sitio de preferencia.

Mucho se equivocará el lector, si supone por esta descripcion, que los convidados se arrojaron como un tropel de lobos hambrientos, aprovechándose como verdaderos glotones de una comida que rara vez podrian hallar en otra ocasion. Por el contrario, todo el clan de Quhele se portó con aquella especie de reserva cortés, y con aquella consideracion á la

necesidad de los demás, que se observó siempre en las naciones primitivas, principalmente entre las que han estado siempre armadas, porque es necesario cuidar de la observancia de las reglas de cortesia para evitar las disputas, la efusion de sangre y la muerte. Los convidados tomaron el asiento que les indicó Torquil de la Encina, quien desempeñaba el empleo de mariscal *Tach*, esto es, intendente del festin; señalaba á cada uno su puesto con una varita blanca, sin hablar una sola palabra. Puestos así por orden, esperaron con paciencia que se distribyeran los víveres, lo que hicieron los *Leichtachs*. Los hombres mas valientes, los guerreros mas distinguidos del clan recibian porcion doble, que se llamaba enfáticamente *bley fir* ó porcion de un hombre. Luego que los trinchantes acabaron su tarea, se sentaron en su sitio y cada uno de ellos recibió una de estas porciones dobles. Colocóse un jarro de agua al alcance de cada convidado y un puñado de musgo suplía por la servilleta, de modo que como en un banquete del Oriente, se lavaba cada uno las manos cuando se muda-

ban los platos. El bardo \* cantó las alabanzas del gefe difunto, y expresó la confianza del clan en las virtudes nacientes del sucesor. El Seanachie hizo la historia de la genealogía de la tribu, haciéndola descender de la raza de los Dalriadas \*\*. Los tocadores de arpa \*\*\* hicieron resonar la sala con el sonido de sus instrumentos, al tiempo que los dé las zampoñas alegraban en campo faso á la multitud. La conversacion fué grave, cortés y apacible; nadie se atrevió á proferir un dicho gracioso que pasara los limites de una chanza ligera, ni que pudiese excitar mas que una sonrisa pasajera; ninguno levantaba la voz mas que el otro, y la conversacion nunca degeneró en argumento. Simon Glover habia oido cien veces mas bulla

\* Sacerdote galo que cantaba los hechos de los hombres ilustres. (N. D. T.)

\*\* Las primeras colonias de los Escoceses, dicen que venian de un país de la Irlanda, llamado *Dalriada*. La historia de los Dalriadas está muy oscura. Se cuentan veintitres reyes Dalriadas en la larga serie de reyes de Escocia, cuyos retratos adornan aun hoy el castillo de Holy-Rood. (N. D. T.)

\*\*\* Los antiguos bardos de Escocia conocian este instrumento, que ya no existe en las Highlands. (N. D. T.)

en una comida de una corporacion de la ciudad de Perth, de la que hicieron en esta ocasion doscientos montañeses salvages.

Los licores que se sirvieron no llegaron á ser de bastante poder para que olvidaran los convidados las leyes del decoro y gravedad. Los hubo de diversas especies. El vino se dejó ver en corta cantidad, y no se ofreció sino ó las personas mas distinguidas. Simon Glover tuvo tambien el honor de que se le comprendiera entre este número privilegiado. Es verdad que el panecillo y el vino fueron las únicas señales de atencion que se le dieron en todo el festin; pero Niel, queriendo dar á su señor la reputacion de hospitalario, no dejó de insistir en esto, que, á su parecer, era prueba de gran consideracion.

Apenas eran entonces conocidos los licores destilados, que se usaron despues tan generalmente por los montañeses. Se sirvió muy poco usquebaugh (especie de aguardiente) y tan mezclado estaba con una decoccion de azafran y otras yerbas aromáticas, que hubiera podido pasar por una pocion medicinal, mas bien que

como licor de un banquete. La sidra y el agua-miel no anduvieron escasos; pero la bebida mas general fué la cerveza fuerte que llaman ale, de la que se habia hecho una gran cantidad para este caso. No se bebió, á pesar de todo, sino con una moderacion que no conocen ya los Highlanders modernos. Un vaso por la memoria del difunto fué el primer brindis que se echó, acabada la comida; y se oia en toda la compañía un murmullo de bendiciones, cuando los monges, uniendo sus voces á ellas, entonaron un responso. Siguióse un silencio profundo, como si se hubiera esperado algo de extraordinario. Entonces se levantó Eachin, subió á la silla vacante, con un aire varonil y noble, pero acompañado de modestia, y dijo con un tono de dignidad y firmeza:

— Yo reclamo, porque de derecho me pertenece, esta silla, y la herencia de mi padre.  
¡Así Dios y San Barr me ayuden!

— ¿Cómo gobernareis á los hijos de vuestro padre? le preguntó un anciano, tío del difunto.

— Los defenderé con la claymora de mi pa-

dre, y les haré justicia bajo la bandera de mi padre.

El anciano con mano trémula desenvainó el arma pesada; y tomándola por la hoja, presentó el pomo al joven gefe. Al mismo tiempo Torquil de la Encina desplegó la bandera del clan y la corrió varias veces sobre la cabeza de Eachin, quien con tanta gracia como destreza, blandió su enorme claymora figurando defenderla. Los convidados aclamaron alegres y festivos para expresar aceptaban al gefe patriarcal, y no hubo nadie dispuesto á reconocer en el joven habil y gracioso que tenian delante, al que habia sido anunciado en su nacimiento con funestos presagios. Estando el joven de pie derecho, apoyado en la espada, y dando por sus gestos señales de su gratitud por las aclamaciones que resonaban por la sala y por toda la praderia, Simon Glover se inclinaba á dudar fuese la figura magestuosa que miraba, la misma de aquel joven, á quien muchas veces habia tratado con tan poca ceremonia, y comenzó á temer resultasen de ello consecuencias poco agradables para él. Suce-

dió á las aclamaciones un coro general de instrumentos de los trovadores, repitiendo las rocas y bosques los sonidos alegres de las arpas y zamponas, como lo habian hecho antes al oirse los lamentos doloridos.

No entraremos en detalles mas circunstanciados de la fiesta de inauguracion; pasaremos en silencio los brindis en honor de los antiguos heroes del clan, y sobre todo á la salud de los veinte y nueve valientes que bien pronto iban á combatir por ella bajo las ordenes del joven gefe. Los bardos, que reunian en tiempos antiguos las funciones de poetas y profetas, se atrevieron á pronosticarle la victoria mas brillante, y pintaron en sus cantos el furor con que el Halcón Azul, emblema del clan de Quhele, despedazaria al Gato Montés, simbolo bien conocido del clan de Chattan.

Ya iba el sol á ponerse, cuando comenzó á circular por la mesa una copa de encina con cercos de plata, llamada la copa de gracia, para dar de beber á los convidados por última vez, y como en señal de que la reunion debía disolverse. Sin embargo, los que descaban

prolongar la fiesta podian hacerlo pasando á los tinglados. Con respecto á Simon Glover, Booshalloch le llevó á una chocita que parecia construida para una sola persona. Habia preparada una cama de helecho y musgo tan bien como lo permitia la estacion; veíase tambien una gran provision de manjares como los que se habian servido en el festin, en lo que se vió haber tratado de que nada le faltara.

— No salgais de esta choza, dijo Booshalloch, despidiéndose de su amigo y protegido; este es el lugar de reposo que os está preparado; pero mirad que se puede perder muy bien su cuarto en una noche de confusion tal, y si el tejon deja su madriguera, puede la zorra aprovecharse de ella.

Esta disposicion no desagradó de modo alguno á Simon Glover. Le tenia fatigado el tumulto del dia, y se sentia con necesidad de reposo. Tomó un bocado, bebió una copa de vino para echar fuera el frío, refunfuñó su oracion nocturna, se cubrió con la capa, y se acostó en una cama que por tenerla ya conocida de antemano, se la hizo familiar y aun

agradable la costumbre misma. El ruido que percibía en su contorno, y aun las aclamaciones que hacía de vez en cuando la multitud que proseguía su diversion, no interrumpieron su descanso por mucho tiempo, y casi á los diez minutos se quedó tan profundamente dormido, como si estuviera en su propia cama en Curfew-Street.

## CAPITULO XXIX.

Siempre hablando de mi hija.  
SHAKSPEARE. *Hamlet.*

Despertó Simon dos horas antes que cantara el gallo de los zarzales, al oír una voz para él muy conocida que le llamaba por su nombre. — ¡Qué, Conachar! exclamó al despertar sobresaltado. — ¿Tan tarde es ya?

Al abrir los ojos, vió ante sí al individuo en

agradable la costumbre misma. El ruido que percibía en su contorno, y aun las aclamaciones que hacía de vez en cuando la multitud que proseguía su diversion, no interrumpieron su descanso por mucho tiempo, y casi á los diez minutos se quedó tan profundamente dormido, como si estuviera en su propia cama en Curfew-Street.

## CAPITULO XXIX.

Siempre hablando de mi hija.  
SHAKSPEARE. *Hamlet.*

Despertó Simon dos horas antes que cantara el gallo de los zarzales, al oír una voz para él muy conocida que le llamaba por su nombre. — ¡Qué, Conachar! exclamó al despertar sobresaltado. — ¿Tan tarde es ya?

Al abrir los ojos, vió ante sí al individuo en

quien pensaba, y habiéndose retrazado al mismo instante en su memoria los acontecimientos de la vispera, percibió con sorpresa conservaba la vision la forma que le habia él dado en el sueño. No era el gefe montañés, armado de punta en blanco con la claymora en la mano, como le habia visto la vispera, el mismo que se le presentaba, sino Conachar de Curfew-Street con su vestido humilde de aprendiz, y una varita de encina en la mano. No hubiera sorprendido tanto á nuestro ciudadano de Perth una verdadera aparicion. En tanto que le miraba sorprendido, volvió el joven hácia él la luz de un cabo encendido de madera de los pantanos\*, que traia en una linterna, y respondió

\* Hay en los sitios pantanosos de la Escocia é Irlanda y á diferentes profundidades, una inmensa cantidad de árboles tendidos trasversalmente, y que parecen haberse separado de sus raices por accion del fuego, aunque no se ven trazas sino hácia la parte de la separacion; fenómeno todavía no explicado de un modo satisfactorio. Está perfectamente conservada la madera de estos árboles. Se sirven de ella para construir edificios, y como está impregnada de una gran porcion de suco bituminoso, se hacen hachas que alumbran perfectamente.

(N. D. T.)

á la exclamacion que hizo al despertar el guantero.

— Si; padre Simon; Conachar es quien viene á renovar el conocimiento que tenia con vos, en el tiempo en que menos se advierta.

Al decir esto, se sentó en una tijera que servia de silla, y poniendo á su lado la linterna, continuó su conversacion del modo mas amistoso.

— Yo he probado mas de una vez de vuestra buena comida, padre Simon; pienso que tampoco os ha faltado en mi familia.

— No ciertamente, Eachin Mac-Ian, respondió el guantero,—porque la sencillez de la lengua y costumbres célticas no admite títulos honoríficos;—estaba demasiado buena para este tiempo de cuaresma, y por demás buena para mí, porque yo debo avergonzarme pensando habeis tenido una comida muy inferior en Curfew-Street.

— Me serviré de vuestra propia expresion, padre Simon: era demasiado buena para lo que merecia un aprendiz holgazan, y para las necesidades de un joven montañés. Pero si os

parece bien la comida que se os ha servido ayer, ¿os ha parecido tambien lo mismo el recibimiento que habeis tenido? No lo negueis, yo sé que no habeis estado muy satisfecho. Pero mi autoridad sobre mi clan es aun muy nueva, y yo no debia fijar demasiado su atencion acerca del tiempo en que vivi en las tierras bajas, aunque, con todo, jamás le olvidaré.

— Comprendo perfectamente la causa de ello, y si vengo á visitaros tan pronto; es bien á pesar mio y en algun modo porque me veo precisado á ello.

— ¡Vaya! padre Glover ¡vaya! Yo me alegro mucho de vuestra venida pues habeis visto una parte de mi esplendor montañés, todavía brillante.— Volved por aqui despues de Ramos, y ¿quién sabe lo que podreis hallar, y lo que vereis en el terreno que hoy tenemos? El gato montés puede abrir su madriguera donde ahora se levanta la sala del banquete de Mac-Ian.

— Calló el joven gefe, y se aplicó á los labios la extremidad de la varilla, como para imponerse silencio.

—No hay nada que temer con respecto á esto, Eachin; dijo Simon con aquel modo vago que toma muchas veces quien consueta con tibieza, intentando separar de la imaginacion de un amigo reflexiones motivadas por un peligro inevitable.

— Todo debe temerse, respondió Eachin; hay peligro de una ruina total, y certeza positiva de una gran pérdida. Estoy pasmado de que mi padre haya consentido en esta propuesta tan astuciosa de Albany. Hubiera yo querido que Mac-Gillie Chattanach se hubiese entendido conmigo, y entonces, en lugar de deramar cada uno de nosotros lo mejor de nuestra sangre uno contra otro, bajaríamos juntos al Strathmore, matariamos cuanto se nos resistiera, y tomaríamos posesion del país. Yo seria señor de Perth, y él de Dundee, quedando por nuestro todo el gran valle hasta las orillas del Frith y del Tay. Esta es la política que yo he aprendido de vuestra cabeza anciana y llena de cañas, padre Simon, cuando yo tenia un plato, y estaba detrás de vuestra silla, oyéndoos hablar con el bailio Craigdallie.

— Bien dicen que la lengua es un miembro desenfrenado, dijo para sí el guantero. Es claro que yo he tenido un candil al diablo para enseñarle el camino. Pero se contentó con decir en alta voz: — Esos planes llegan ya demasiado tarde.

— Demasiado sin duda, respondió Eacín, los convenios del combate ya tienen nuestros signos y sellos, los insultos y las fanfarronadas mutuas han hecho levantar una llama inextinguible del odio que se tienen los clanes de Quhele y de Chattan. Sí, se pasó el tiempo. Pero hablemos de vuestros negocios, padre Glover. La religion es lo que os ha traído aquí según lo que Niel Booshalloch me ha dicho. Ciertamente yo habia conocido bastante bien vuestra prudencia, para no poderos suponer en cuestion con la Iglesia. Por lo que hace á mi antiguo conocido, el padre Clemente, es uno de aquellos hombres, que corren tras la corona del martirio; él piensa que un pie derecho rodeado de haces de leña ardiendo es mas digno de abrazarse que una esposa joven. Es un verdadero caballero andante, armado

con todas sus armas para la defensa de sus opiniones religiosas, y por do quiera que va, siempre halla algo que combatir. Ya tuvo una reyerta con los monges de la isla de Sibila, yo no sé sobre qué punto de doctrina. ¿Le habeis visto?

— Ya le he visto, pero le hablé muy poco por falta de tiempo.

— Puede haberos dicho que hay una tercera persona, una persona de quien yo creo verosimilmente podria huir por la religion con mejor titulo que vos, ciudadano circunspecto, ó que el predicador fervoroso, la cual seria recibida muy bien si viniera reclamando nuestra proteccion.—Tu entendimiento está muy en tinieblas, ó no quieres comprenderme, anciano... ¡tu hija, Catalina!

El joven gefe dijo estas últimas palabras en inglés, y continuó la conversacion en la misma lengua, como si temiera le entendiesen, y aun como si él hubiera vacilado involuntariamente en explicarse según lo hacia.

— Mi hija Catalina, dijo el guantero acordándose de lo que le habia dicho el padre Cle-

mente, lo pasa bien y está en parage seguro.

— ¿Pero dónde está?.... ¿con quién está?....

— ¿por qué no ha venido en vuestra compañía?.... ¿Pensais que no hay en el clan de Quhele, para cuidar de la hija del antiguo amo de su gefe, algunas *caillachs*\* tan activas como la vieja Dorotea, cuya mano ha calentado mas de una vez mis megillas?

— Os doy otra vez las gracias y no dudo ni de vuestro poder, ni de vuestra buena voluntad para protegernos á mi hija y á mí. Pero una respetable dama, amiga de sir Patricio Charteris le ha ofrecido un asilo seguro, sin que haya tenido precision de exponerse á los riesgos de un viage molesto al través de un pais desolado, y dividido por disensiones.

— ¡Oh! sí; sir Patricio Charteris, dijo Eachin con reserva y frialdad, sin disputa debe preferirsele á cualquier otro. ¿Es vuestro amigo, á lo que creo?

Simon Glover estaba rabiando por castigar la afectacion de un joven, á quien habia rega-

\* Mugerés.

ñado cuatro veces en un solo dia porque se ponía en la calle para ver pasar á sir Patricio Charteris con su comitiva; pero se contuvo en decir lo que ya se le escapaba, y respondió buenamente.

— Sir Patricio Charteris ha sido siete años preboste de Perth y aun lo es, pues han elegido magistrados no en cuaresma, sino por San-Martin.

— ¡Ah! padre Glover, dijo Eachin en un tono de amistad y mas familiar, estais tan acostumbrado á ver en Perth espectáculos tan suntuosos, que la vista de nuestra fiesta bárbara ha debido pareceros de muy poca importancia en comparacion suya. ¿Qué os parece nuestra ceremonia de ayer?

— Era noble y tierna, sobre todo para mí que conocí á vuestro padre. Cuando estabais apoyado en la claymora y mirabais al rededor, me parecia ver á mi antiguo amigo Gilchrist Mac-Ian, que salía glorioso de la tumba y que habia recobrado su vigor y juventud.

— Desempeñé mi papel con firmeza. Pienso no haber dado lugar á que reconozcan en mí

aquel miserable aprendiz, á quien teniais costumbre de..... de tratar como él merecia.

—Eachin no se parece á Conachar, respondió Glover, como no se parece un salmon á un par\*, aunque dicen ser el mismo pez de distinta edad; ó como una mariposa no se parece á una oruga.

—¿Pensais que al revestirme yo de la autoridad de que tanto gustan todas las mugeres, hubiera yo sido el objeto sobre que la vista de una hermosa joven se hubiera fijado con gusto? Para explicarme con toda claridad, ¿qué hubiera pensado de mi Catalina, presente á esta ceremonia?

—He aquí como nos aproximamos á los escollos, dijo para sí Simon Glover, y si no soy buen piloto, estrellarse ha mi navío contra la costa. —Casi todas las mugeres gustan de lo que sorprende sus ojos, Eachin, dijo en alta voz, pero creo que mi hija Catalina es una excepcion. Ella se hubiera alegrado de la buena fortuna de su antiguo amigo, del compañero de su juventud; pero el magnífico Mac-Ian,

\* Pececillo que se dice ser la hueva del salmon. (N. D. T.)

gefe del clan de Quhele no sería para ella mas que el huérfano Conachar.

—Ella fué siempre generosa y desinteresada. Pero vos mismo, padre Simon, vos que habeis visto el mundo mucho mas tiempo que vuestra hija, podeis juzgar mejor de cuanto valor es el poder y la riqueza para los que gozan de tales ventajas. Reflexionad sobre esto, y decidme con sinceridad lo que pensariais, si vierais á Catalina debajo del dosel que ayer tarde me cubria, soberana de cien montañas, con derecho de obediencia y respeto sobre diez mil vasallos, y por premio de todas estas ventajas dar la mano al hombre que mas que nadie la ama en el mundo.

—¿Quereis decir la vuestra, Conachar?

—Sí, llamadme Conachar, me gusta mucho ese nombre pues por él fuí conocido de Catalina.

—Y bien, dijo el guantero, estudiando como revestir su respuesta para que no le fuera tan desagradable, diréos pues, con sinceridad, que en tal caso desearia yo con toda el alma estuviéramos seguros Catalina y yo en mi humilde

tienda de Curfew-Street, sin mas vasallos que la vieja Dorotea.

— ¿Y con el pobre Conachar creo que tambien? No querriais verle desfallecer en una grandeza solitaria.

— Yo no quisiera ser tan mal agradecido hácia mis amigos antiguos del clan de Quhele que les privara, en el momento crítico, de su joven gefe, lleno de valentía, ni arrebatar á este gefe la gloria de que, colocado á su cabeza, debe cubrirse por el combate que ha de haber muy pronto.

Eachin se mordió los labios por disimular su enojo. — Eso no es mas que hablar y hablar por hablar sin decir nada, padre Simon, dijo él. Vos temeis mucho mas de lo que amais al clan de Quhele, y suponeis se trasportaria de terrible indignacion si se casara su gefe con la hija de un ciudadano de Perth.

— Y si yo temiera semejante resultado, Hector Mac-Ian, ¿no tendria razon para ello? ¿Cómo se han acabado los matrimonios mal proporeionados en la casa de Mac-Callanmore, en la de los poderosos Mac-Leans, y aun en

la de los lores de las Islas? Por el divorcio, por desheredar, alguna vez tambien por un destino todavia mas funesto para la ambiciosa que aspiró á él. Vos no podriais casaros con mi hija ante un sacerdote, vos no podriais casaros con ella sino detras de la iglesia y yo... Él reprimió la viveza con que iba dejándose llevar, y anadió: — Y yo soy un honrado aunque humilde ciudadano de Perth, que preferiria ver á mi hija muger legitima y reconocida de un ciudadano de mi propio rango, antes que la manceba de uno con titulo de monarca.

— ¡Yo me casaré con Catalina ante un sacerdote, y á presencia del mundo entero, delante del altar y delante de las piedras negras de Iona! exclamó el impetuoso joven. Ella es mi amor primero, y no hay un lazo religioso ni, honrado que yo no esté pronto á estrechar para casarme con ella. Yo presumo lo que son mis vasallos. Si alcanzamos la victoria en este combate,—que mi corazon me dice ganaremos si tengo la esperanza de lograr á Catalina,— me ganaré de tal modo el afecto de todos, que, si se me antojara casarme con

una de la inclusa, la mirarian con el mismo respeto que si fuera la hija de Mac-Callanmore. ¡Pero vos despreciais mi propuesta! añadió con aspereza.

— Poneis en mi boca palabras ofensivas que yo no he dicho, replicó el anciano, y podeis hacerme castigar como si las hubiera profendido, pues que me teneis enteramente bajo vuestro poder. Pero jamás mi hija, consintiendo yo, se casará con hombre que no sea su igual. Se lastimaria su corazon en medio de las guerras y escenas sangrientas á que constantemente os expone vuestra situacion. Si realmente la amais, debeis acordaros del terror que le infunden las riñas y los combates; no quisierais viviera entre los horrores de una guerra que debe ser vuestra eterna é inevitable ocupacion, como lo fué la de vuestro padre. Escoged una esposa entre las hijas de los gefes de vuestras montañas, hijo mio, ó entre las de los altivos nobles de las tierras bajas. Vos sois joven, bien formado, rico, noble, poderoso, y no galanteareis en vano. Fácilmente hallareis una esposa, que se alegrará de vues-

tras victorias, y que os consolará en vuestras derrotas. Las unas y las otras serian horribles para Catalina. Un guerrero tiene que llevar una manopla de acero, un guante de piel de cabra se le haria pedazos en una hora.

Una nube oscura cubrió la frente del joven gefe, muy poco antes animada con fuego tan vivo.

— A Dios pues, dijo él, la sola esperanza que hubiera podido conducirme á la fama ó la victoria.—Quedóse por algunos instantes en silencio, abismado en reflexiones profundas, los ojos bajos, fruncido el entrecejo y cruzado de brazos. Levantó por fin la vista, fijóla en Glover y le dijo: — Padre mio, porque para mí habeis sido un padre, tengo cierto secreto que decir- os. La razon y la soberbia me aconsejan callar, pero el destino me ordena el hablar, esme preciso prestarle obediencia. Voy á confiaros el secreto más apreciado que jamás un hombre pudo confiar á otro, pero tened cuidado, acabe como quiera esta conferencia, tened cuidado de que jamás se os escape ni una sílaba de lo que voy á comunicaros; porque os hago saber, que si hablais de ello en el mas distante rin-

con de Escocia, tengo yo oídos para oírlo, aun á esa distancia, y una mano y un puñal para pasar el corazón del traidor. Yo soy... la palabra se resiste á salir de la boca.

— Pues no la pronuncieis, dijo el prudente guantero, el secreto pierde ya toda la seguridad, tan luego como pasa los labios del que le guarda, y yo no quiero ciertamente admitir una confianza tan peligrosa como esa con que me amenazais.

— Es preciso que yo la pronuncie, y que vos la oigais. En este siglo guerrero, sin duda, padre mio, ¿vos mismo habreis combatido?

— Una vez nada mas, y esto fué cuando los Ingleses acometieron la bella ciudad. Se me intimó tomar las armas para defenderla, segun que á ello estaba precisado, pues que todas las corporaciones de oficios están obligadas á velar en favor de la seguridad de la ciudad y á protegerla.

— Y ¿qué experimentasteis en tal ocasion?

— ¿Qué tiene que ver esta pregunta con lo que tratamos? preguntó Simon con alguna sorpresa.

— Tiene una relacion muy directa, sin lo que no la hubiera hecho yo, respondió Eacin con el tono altanero que algunas veces tomaba.

— Es facil decidir á un viejo para que hable de los tiempos antiguos; dijo Simon, á quien despues de reflexionar un poco no le disgustó recayera la conversacion en otra materia, y que acabara de serlo su hija. Confesaré, por tanto, que el sentimiento mio no tenia nada de aquel ardor y confianza, de aquel placer con que yo habia visto á otros animados, cuando iban al combate. Yo habia escogido una profesion pacífica, y tenido una vida tranquila; y aunque no me haya faltado el valor cuando la ocasion lo pedia, raras veces he dormido peor que la noche precedente á este negocio. Se atormentaba mi espíritu por todo lo que habia oido decir de los arqueros sajones, y que no era sino la verdad pura, que tiraban flechas de una vara de largas, y que usaban arcos un tercio mas largos que los nuestros. Luego que me dormia, si me picaba una pajita del colchon, despertaba todo asustado, figurándoseme ser una flecha inglesa

que me pasaba el cuerpo. A la mañana, tiempo en que, por el exceso de la fatiga comenzaba con algun reposo á dormir, me despertó la campana de la ciudad, llamando á los paisanos á las murallas. Ni antes ni despues, ningun sonido sino este me ha parecido jamás tan semejante al de campana que toca á muerto.

— Proseguid, ¿qué sucedió despues?

— Me puse mi armadura, una armadura tal cual; me dió la bendicion mi madre, que era una muger de valor grande, y quien me habló de las hazañas de mi padre en honor de la bella ciudad. Sus discursos me animaron y yo me senti aun mas atrevido cuando me hallé entre los otros artesanos, todos armados de arcos; porque ya sabeis que los ciudadanos de Perth tienen habilidad en el manejo de esta arma. Se nos distribuyó por diferentes puestos en las murallas. Estaban entre nosotros caballeros y escuderos con sus armaduras á prueba, y tenían buena presencia de ánimo, contando tal vez con la bondad de sus corazas. Para infundirnos valor nos hicieron saber que harian pedazos con sus hachas y espadas al que solo in-

tentara dejar su puesto. El viejo Kempe de Kinfauns, entonces nuestro preboste, padre de sir Patricio Charteris, tuvo la bondad de darme á mi en particular este aviso. Era el nieto del Corsario Encarnado, Tomás de Longneville, hombre de palabra. Se dirigió á mi tal vez porque la mala noche me tenia mas pálido que de costumbre, y porque por otra parte yo era todavía muy joven.

— ¿Y esa exhortacion aumentó el temor en vos, ó la resolucion? preguntó Eachin que parecia escuchar muy atento.

— La resolucion; porque no sé yo haya cosa que pueda precisar mas al hombre á meterse en el peligro presente, no siendo el saber le arrea otro por detrás para forzarle á echar adelante. Y bien, subí á las murallas con un valor..... tal cual, y se me puso junto con otros en la torre de Spey, considerándome como uno de los mas diestros en tirar el arco. Pero se apoderaron de mí unos calofríos al ver como avanzaban los Ingleses en buen orden para atacarnos: venian delante los arqueros, despues los hombres de armas en tres fuertes co-

lumnas. Marchaban con paso firme, y algunos de los nuestros hubieran querido tirarles; pero nos lo prohibieron con todo rigor, y nos vimos obligados á quedarnos inmóviles, teniéndonos al abrigo detrás del parapeto, cuanto podíamos. Cuando formaron los Ingleses sus lineas, hallándose cada uno de ellos, como por magia en el sitio que debía ocupar, y preparándose para cubrirse con sus grandes escudos, llamados paveses, que plantaban delante de sí, experimenté aun una dificultad extraña en respirar, y hubiera querido volver á mi casa para beber un vaso de agua destilada\*. Pero echando una mirada detrás de mí, vi al digno Kempe de Kinfauns, que tenia una gran ballesta armada y yo creí sería lástima perdiese él un dardo contra un buen Escocés, teniendo á la vista tantos Ingleses. Quedéme pues donde estaba, en un ángulo bastante guarecido que formaban dos parapetos. Avanzaron los Ingleses y levantaron los arcos, no al nivel del pe-

\* Nombre que daban al aguardiente y demás licores espirituosos.

cho como lo hacen vuestros montañeses, sino al de la oreja, y nos enviaron una volada de sus colas de golondrina antes que pudiéramos gritar, ¡San Andrés! Cerré los ojos cuando los ví tirar los arcos y creo que me sobresalté al oír como sus primeros dardos golpearon sobre el parapeto. Pero mirando alrededor y no viendo herido sino á Squallit, el pregonero de la ciudad, á quien una flecha habia traspasado la quijada, recobré mi valor, y tiré á mi vez con buen ánimo y cuidando de apuntar bien. Cayó, traspasado el hombro, un hombre chiquitillo, á quien apunté en el instante que se dejó ver sacando el cuerpo fuera del escudo. — ¡Bien cosido! exclamó el preboste, ¡bien cosido, Simon el guantero! — ¡Que San Juan ampare á la buena ciudad, mis valientes compañeros! exclamé yo tambien, aunque no era todavía mas que aprendiz; pero yo miraba por el honor de la corporacion. Y si gustais de creerme, durante el resto de la escaramuza, que se acabó por la retirada del enemigo, yo tiraba mi arco y disparaba flechas con la misma serenidad que si tirara al blanco, y no á

los hombres. Adquirí alguna reputacion, y despues siempre he pensado que en caso de necesidad, — porque no hubiera sido jamás por gusto mio ni por eleccion, — yo no la hubiera perdido. Pero esta fué la única vez que tomé las armas en lo que se puede llamar batalla. Heme visto en otros peligros; he procurado evitarlos como prudente; pero cuando eran inevitables, hiceles frente como esforzado. Así solo es como se puede vivir y levantar la cabeza en Escocia.

— Entiendo lo que me decís, pero juzgareis mas difícil de creer lo que tengo que deciros, sabiendo de la raza que desciendo, y habiendo conocido al que pusimos en la tumba aun no ha veinticuatro horas. — Es muy dichoso por estar donde no sabrá lo que vais á oír. Mirad, padre mio, la luz que traigo se consume y comienza á decaer; pero antes que muera, se pronunciará la vergonzosa palabra..... Padre mio, yo soy — ¡UN COBARDE! Pronuncióse al fin la palabra, y se confió á otro el secreto de mi afrenta.

Era tal la angustia del joven cuando hacia

esta fatal confesion, que cayó casi sin sentido. Glover penetrado de temor así como de compasion, hizo cuanto pudo por volverle á la vida, y lo logró, pero sin poder tranquilizarle, Eachin se cubrió el rostro con las dos manos, y lloró amargamente.

— ¡Por el amor de Nuestra Señora! calmaos y revocad esa villana palabra, dijo el viejo. Yo os conozco mejor que vos mismo. — No sois vos cobarde, sino muy joven; teneis muy poca experiencia y la imaginacion muy viva para tener el valor formado de una barba llena de canas. Yo no oiré á otro alguno hablar así de vos, Conachar, sin desmentirle. — Vuelvo á decirlo, no sois cobarde. — Yo he visto resaltar de vos vivas centellas de valor, y muchas veces aun por cosas leves.

— Centellas vivas de soberbia y de ira, replicó el desgraciado joven; pero, ¿cuando las habeis visto sostenidas por la resolucion que debió acompañarlas? Las centellas de que hablais caian sobre mi corazon cobarde, como sobre un hielo que jamás puede entrar en calor. Si mi soberbia ultrajada me conducia á herir, mi

cobardía me forzaba un instante despues á huir.

— Falta de costumbre, dijo Simon. Escalando los muros aprenden los niños á trepar por las rocas. Comenzad por combates ligeros, ejercéos todos los días en el manejo de armas, batiéndoos con vuestros amigos.

— ¿Tengo yo tiempo? exclamó el joven gefe, asustándose como si se le hubiera presentado á la imaginacion alguna idea espantosa. ¿Cuántos días van hasta el domingo de Ramos? ¿Y qué debe suceder entonces? Un campo cerrado de donde no se puede salir, lo mismo que no puede soltarse el pobre oso atado al poste. Sesenta hombres los mas valientes, los mas determinados, excepto uno solo, entre cuantos pueden descender de nuestras montañas, todos sedientos de sangre de sus adversarios.... Un rey, sus nobles y millares de curiosos, que asisten como á un espectáculo para reanimar su furor infernal.... Los combatientes precipitándose unos sobre otros como seres irracionales; el acero que resuena, la sangre que corre; ellos que se despedazan como bes-

tias salvages; los heridos atropellados por sus mismos compañeros; forma la sangre arroyos, debilitanse los brazos, y alli no puede haber ni conferencia ni tregua, ni suspension de armas, en tanto que haya dos combatientes vivos. No se trata de ocultarse tras el parapeto, de tirar flechas á lo lejos; es preciso combatir cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, hasta que la mano ya no pueda levantarse para sostener este desgraciado combate. Si la pintura sola es tan horrible, ¿qué pensareis será la realidad?

El guantero calló.

— Os vuelvo á preguntar, ¿qué pensais de esto?

— No puedo hacer mas que compadeeros, Conachar. Es duro descender de tan brava linea, ser hijo de tan noble padre, hallarse por derecho de nacimiento gefe de un pueblo tan belicoso, y carecer ó creer que vos careceis, porque aun pienso que la culpa de esto está en una imaginacion demasiado viva que se exagera el peligro, que careceis, digo, de aquella calidad que es herencia de cualquier gallo digno de un puñado de grano, de cual-

quier perro que merece una ralea. Pero, ¿cómo es eso que con esa persuasión de que vos no estais en estado de dar el combate, me habeis propuesto en el instante mismo dividir vuestro rango con Catalina? Vuestro poder depende absolutamente de este combate, y ciertamente que no es mi hija quien puede ayudaros á salir victorioso.

— Os engañais, buen viejo. Si Catalina quisiera corresponder al amor ardiente que por ella tengo, me conduciría esta certeza faz á faz de mis enemigos con el mismo fuego que un caballo de batalla. Por mas bajo que sea el sentimiento intimo de mi flaqueza, el interés que tomara Catalina por mí, me armaría de fuerza. Prometedme, ¡ah! prometedme que será mía, si conseguimos el triunfo; y vereis que Gow, el mismo Gow con su corazon tan duro como su yunque, jamás se habrá batido con tanto valor. Pasion por pasion la mas fuerte vence.

— Eso es locura, Conachar. El recuerdo de vuestro propio interés, de vuestro honor, vuestro nacimiento, no puede infundiros tanto va-

lor como el pensamiento de una muchacha. ¡Quita, quita!

— No me decís cosa que yo no me haya dicho á mi mismo, respondió Eachin suspirando, pero todo es inutil, solamente cuando el ciervo tímido está con su pareja es cuando se pone desesperado y se hace peligroso. ¿Y es esto efecto de mi constitucion, ó como lo dirán vuestras caillachs de las montañas, el de la leche de la cierva blanca? ¿Y será consecuencia de mi educacion apacible, y de la opresion en que vos me habeis mantenido? ¿ó como vos lo pensais la de una imaginacion que se pinta el peligro todavía como mas terrible de lo que es en realidad? Esto es lo que yo no podré decir, pero yo conozco mi flaqueza, y.... sí, es preciso decirlo, ella es tal, que no podría vencerla, y si vos pudierais condescender con mis deseos, bajo de una condicion.... yo no dudaria ni un momento; yo renunciaria el rango á que me hallo elevado, y emprenderia el género de vida mas humilde.

— ¡Qué! ¿seriais por fin guantero, Conachar? Esto es aun mas raro que la leyenda de

San Crispin. No no, vos no teneis la mano para este oficio; no me volvereis á estropear mas pieles de gamo.

— No habéis de chanza, padre mio, yo hablo muy de veras. Si no puedo dedicarme al trabajo, llevaré bastantes riquezas para vivir sin él. Ellos me declararán apostata al son de cornetas y zampoñas; consento en ello. Catalina me amará mucho mas por haber preferido el sendero de la paz al camino cubierto de sangre. El padre Clemente nos enseñará á compadecernos de la gente y á perdonarla, cuando nos cargue de injurias que no nos harán ninguna herida. Yo seré el mas feliz de los hombres; Catalina gozará de cuanto un afecto sin límites pueda procurarle, y no tendrá por que temer de los espectáculos de horror y los sonidos espantosos que le habria preparado el matrimonio mal adecuado que vos proyectabais. Y vos, padre Glover, sentado con sosiego al lado de vuestra chimenea, sereis el mortal mas dichoso y mas respetable que hubo jamás....

— Parad, parad, Eachin, os lo suplico; la tea

que os alumbra, y con la que debe acabar este discurso, está muy cerca de su fin, y yo quisiera tambien á mi turno deciros cuatro palabras; porque la franqueza es lo mejor que puede haber en un negocio. Sea cual fuere la pesadumbre ó desesperacion que podais experimentar, debo poner término á esas visiones, diciéndoos de una vez que Catalina nunca puede ser vuestra. Un guante es el emblema de la buena fe, y de consiguiente un hombre de mi profesion debe faltar menos que cualquier otro á su palabra. La mano de Catalina está prometida, prometida á un hombre á quien podeis vos aborrecer, pero á quien vos debeis estimar: á Enrique el armero. Este matrimonio es adecuado, conforme á los mutuos deseos de ambos, y yo he dado mi palabra. Mas vale ser franco para con vos: enojaos si gustais; en vuestro poder estoy absolutamente; pero nada del mundo me hará faltar á mi promesa.

Glover no hablaba en un tono tan decisivo, sino porque sabia por experiencia que el genio irritable de su antiguo aprendiz cedia en muchos casos á una resolucion firme y deci-

cida. Sin embargo, acordándose del silio en que se hallaba, no dejó de sentir algún movimiento de temor al ver se lanzaba por el aire la llama espirante de la candela y extenderse como un relámpago, por el rostro de Eachin, tan pálido como la muerte, al paso que sus ojos se movían como los de un hombre agitado por el delirio de la fiebre. Decayó la luz al instante y se apagó; Simon temió por el pronto si tendría que disputar su vida, batiéndose con un joven á quien juzgaba muy capaz de alguna violencia en sus accesos de ira, por muy corto que fuese su arrebató. Libróse de tal inquietud oyendo decir á Eachin con una voz ronca y alterada:

— ¡Que cuanto hemos hablado esta noche quede sepultado en silencio! Si lo publicas, mejor te será cavar tu sepultura.

Al decir estas palabras se abrió la puerta de la choza, y dejó entrar un rayo de luna. Simon vió al joven gefe que salía, y volviéndose á cerrar la puerta se halló de nuevo á oscuras.

Sintióse el viejo aliviado de un gran peso, viendo se acababa de un modo tan pacífico una

conversacion peligrosa, en que temia haber ofendido á Eachin. Afligióse con todo mucho por la situacion en que se hallaba un joven á quien él mismo habia criado.

— ¡Este pobre muchacho! pensaba él, hallarse así en un puesto tan eminente, para verse precipitado de él con desprecio! Ya sabia yo parte de lo que me ha dicho, porque habia notado muchas veces que Conachar estaba mas dispuesto á disputar y quejarse que á batirse. Pero, sin ser sir William Wallace, yo no puedo concebir esta cobardía excesiva que no pueden superar ni la vergüenza ni la superioridad. ¡Y proponerse por marido de mi hija, como si una muger debiera tener una provision de valor para ayudar á su marido! No, no; Catalina debe casarse con un hombre á quien ella pueda decir: — Marido mio no mates á tu enemigo; — y no con un hombre en cuyo favor deba ella exclamar: — Generoso enemigo, ¡no mateis á mi marido!

Cansado el viejo con estas reflexiones, se volvió á quedar dormido. Despertó por la mañana porque le llamó su amigo Booshalloch,

quien algun tanto turbado le propuso volviera con él á su cabaña por la pradera adelante, cerca de Ballough, es decir del parage hácia donde el Tay sale del lago.

Dijole él que no podía verle el gefe esta mañana, y procuró excusarle, diciendo estaba muy ocupado con los preparativos del combate; que Eachin Mac-Ian pensaba no podia estar Simon Glover con mas seguridad en ninguna otra parte que en la choza de Niel, donde le seria el aire muy favorable á su salud, y que habia dado orden de que nada le hiciera falta.

Niel Booshalloch se extendió sobre estas circunstancias, para paliar la falta de miramiento que mostraba el gefe despidiéndose de su huésped sin darle una audiencia particular.

— Su padre hubiera obrado de otro modo; continuó el guardian de ganados; pero donde podia él haber aprendido mejores modales, este pobre joven, educado entre vosotros ciudadanos de Perth, quienes exceptuándoos á vos, amigo Glover, que hablais nuestra lengua

tan bien como yo, son una raza que nada sabe de cortesia.

Simon Glover, como se puede bien creer, no sintió mucho la falta de miramiento, por la que su amigo estaba tan disgustado. Al contrario, habria preferido la estancia tranquila del buen boyero á la hospitalidad brillante del joven gefe, aun cuando no hubiera tenido poco antes una conversacion con Eachin acerca de una materia desagradable, con Eachin á quien no cuidaba de volver á encontrar por segunda vez. Retiróse, pues, sosogado á Ballough, donde hubiera pasado el tiempo con bastante gusto, si hubiera podido estar cierto de que Catalina estaba en seguridad. Hacia sus excursiones por el lago, en un barquito conducido por un mozo montañés, mientras él se divertía pescando con caña. Desembarcaba muchas veces en la isleta, visitaba el sepulcro de su antiguo amigo Gilchrist Mac-Ian, y se ganó la voluntad de los monges presentando al prior un par de guantes de maría y á cada una de las dignidades del monasterio, unos de piel de gato montés. Cortaba y cosia por la noche los guantes

de que hacia estos regalillos, y esta diversion le hacia parecer mas corto el tiempo, en tanto que la familia de Niel se le reunia al rededor para admirar su destreza, asi como para oirle las historias y balatas con las que tenia el viejo la habilidad de alegrar la concurrencia.

Débase confesar que el circunspecto guantero evitaba toda conversacion con el padre Clemente, á quien miraba sin razon como el autor de sus desgracias, mas bien que como un ser inocente que participaba de ellas.

— No me arriesgaré yo, decia él para sí, á perder la amistad con estos buenos monges, que tan útiles me pueden ser algun dia, solo por aplaudir sus caprichos. Creo que sus sermones me han hecho bastante mal: no me han vuelto mas sabio y me han empobrecido mas. No, no, Catalina y él pueden pensar como mejor les parezca, pero yo me aprovecharé de la primera ocasion para volver á Perth, como perro á quien llama su amo; me someteré cuanto quieran al saco y cilicio; pagaré una buena multa y me recibirá la Iglesia en su recinto.

Habian pasado tres ó cuatro dias despues que Glover habia vuelto á Ballough, y comenzaba á inquietarse por no haber tenido noticias de su hija, ni de Enrique Smith, á quien pensaba hubiese hecho saber el preboste su plan de retirada, y el parage donde iba. Sabia que el bravo Gow no podia entrar en el territorio del clan de Quhele, visto haber tenido algunas pendencias con estos montañeses, y principalmente con Eachin cuando tenia el nombre de Conachar; pero le parecia que habria podido Enrique enviarle algun mensaje y darle algunas señales de su memoria, por los correos que tanto se cruzaban entre la corte y el clan de Quhele para fijar las condiciones del combate, la marcha de los combatientes á Perth, y los demás detalles que debian concertarse de antemano. Estaban entonces á mediados de marzo, y llegaba con rapidez el fatal domingo de Ramos.

Sin embargo el desterrado guantero no habia vuelto á ver una sola vez á su antiguo aprendiz. Los cuidados que se tomaban en acudir á todas sus necesidades probaban que no se

le habia echado en olvido; pero siempre que oia resonar la corneta del gefe en los bosques, cuidaba de dirigir su paseo por la parte contraria. Una mañana, sin embargo, se halló muy próximo á Eachin, casi faltándole el tiempo de evitarlo, y he aquí como sucedió.

Paseábase él entregado á sus reflexiones, en una plazuela de árboles grandes mezclados de maleza, cuando una cierva blanca salió del bosque, perseguida por dos perros de caza, de los cuales uno la tomó por el anca y el otro por el cuello, tiráronla por tierra como á unos cien pasos del guantero, á quien asustó este incidente repentino. Al mismo instante el sonido penetrante de una corneta y el ladrido de un perdiguero le hicieron saber no estaban lejos los cazadores que persiguieran la cierva, oyendo además sus gritos y el ruido de su carrera en el bosque. Un instante de reflexion hubiera convencido á Simon, de que seria lo mejor estarse quieto donde se hallaba, ó retirarse á paso lento, para dejar al joven gefe la libertad de hablarle, ó proseguir su camino, segun pensare conveniente. Pero el deseo de

evitar la presencia de Eachin habia venido á ser para él una especie de instinto, y asustado de verle tan cerca, se metió y tendió en un matorral de avellanos y acebos, donde se halló perfectamente oculto. Apenas entró allí, cuando Eachin, cubiertas las megillas con los colores que presta el ejercicio, salió del bosque y entró en la plazuela acompañado de Torquil de la Encina, que le habia criado. Este, con tanto vigor como destreza, hizo poner patas arriba la cierva, que aun luchaba con los perros, le puso una rodilla en el pecho, y tomando con la mano derecha las manos de la cierva, presentó al joven gefe con la izquierda el cuchillo de monte para que la degollara.

— No, Torquil, dijo Eachin, encargaos vos de eso, yo no tengo valor para matar una cierva tan semejante á la que me dió de mamar.

Pronunció esas palabras con una sonrisa melancólica, y se le saltaron las lágrimas. Torquil miró por un poco al joven gefe como con sorpresa, y levantando despues el cuchillo, cortó el cuello con tanta serenidad y destreza, que penetró el hierro hasta el hueso. Levantándose en-

tonces, dijo echando una mirada penetrante á Eachin: —Lo que acabo de hacer á este animal lo haria con cualquiera que hubiera oido á mi hijo pronunciar solamente el nombre de cierva blanca, y acomodarle al nombre de Hector.

Si Glover no hubiera tenido antes motivo suficiente para ocultarse, este discurso de Torquil le daba uno muy poderoso para no dejarse ver.

—No puedo disimularlo, padre mio Torquil, dijo Eachin, esto se hará público.

—¿Qué es lo que no podéis disimular? ¿Qué es lo que se hará público? preguntó Torquil admirado.

—Es el fatal secreto, pensó Simon; y si ahora este colosal consejero privado no está en estado de guardar silencio, supongo seré yo responsable de la publicidad que se dé á la vergüenza de Eachin.

Agitado por esta nueva inquietud, se aprovechó al mismo tiempo de su posición para ver en cuanto le fuese posible, lo que pasaba entre el afligido gefe y su confidente, llevado por este espíritu de curiosidad, que se nos

excita en las ocasiones mas importantes, como en las mas triviales de la vida, y que no puede reprimir siempre el temor de un gran peligro personal.

En tanto que Torquil oía lo que le decia el joven gefe, este se dejó caer en sus brazos, y, apoyándose sobre su hombro acabó su confesion por algunas palabras que pronunció muy bajo. Parecia Torquil al escucharle lleno de una admiracion que le hacia incapaz de dar crédito á sus oidos. Como para estar muy cierto de que era Eachin, quien le hablaba de este modo, levantó al joven de la postura inclinada, tomándole para enderezarle por un hombro, y le fijó los ojos que parecian agrandarse, y casi petrificados por las maravillas que oía. Mudóse de tal modo el semblante del viejo, y tomó un aire tan adusto, luego que oyó las palabras que por lo bajo habia pronunciado el joven gefe que receló Simon le despidiera lejos de si como ente deshonrado, en cuyo caso hubiera muy bien podido venir á caer en el matorral, escondite del guantero, lo que hubiera causado su descubierta de un modo tan trabajoso como ar-

riesgado. Pero las pasiones de Torquil, quien experimentaba por su ahijado el entusiasmo que siempre caracteriza esta especie de relacion entre los montañeses, tomaron otro curso diferente.

— ¡Yo no creo nada! exclamó él; ¡es una falsedad! ¡Esto no puede ser cierto con respecto al hijo de tu padre... al hijo de tu madre... aun menos á mi ahijado...! Yo presento la prenda del combate á la faz del cielo y la tierra, á cualquiera que sostenga ser la verdad. Te han arojado, hijo mio querido, y la debilidad que tú llamas cobardia es obra de la magia. Acuérdomme del murciélagu que apagó el hacha en el instante de tu nacimiento... tiempo de júbilo y pesar. Pero consuélate, mi querido Eachin, iremos juntos á Iona, y el buen San Columba\* ayudado de todos los bienaventurados santos, y de los ángeles que han favorecido siempre tu raza, retirará de tu

\* El culto religioso de San Columba, ó San Colomban, ha sobrevivido, en las Hébridas, al catolicismo. Véase sobre este santo apostol de Iona la extraña novela intitulada *le Célibat de Saint-Oran*.

pecho el corazon de la cierva blanca y te volverá el que te han robado.

Eachin le oía con un semblante que haria creer hubiera él querido poder dar crédito á las palabras del que procuraba consolarle.

— Pero, Torquil, dijo él, suponiendo que pueda eso servirnos, ya está muy cerca el dia fatal, y si entro en la lid, temo cubrirme de vergüenza.

— Eso no sucederá... ¡eso es imposible! exclamó Torquil. ¡No prevalecerá el infierno tanto como todo eso!... Pondremos tu claymora en agua bendita y sobre la cimera la rebena, el hipericon y el serbal; te rodearemos mis ocho hijos y yo... estarás tan seguro como en un castillo fuerte.

El joven gefe dijo algunas palabras por lo bajo en un tono tan decaído, que Simon no las pudo entender; pero la respuesta de Torquil, pronunciada en alta voz llegó distintamente á sus oidos.

— Sí, puede haber un medio para dispensarte del combate. Tú eres el mas joven de los campeones de nuestro clan... Escúchame y ve-

rás lo que es el amor de un padre, y cuanto le arrastra sobre cualquier otro sentimiento... El mas joven de los que deben combatir por el clan de Chattan, es Ferquhard Day. Su padre mató al mio, y todavia humea su sangre entre nosotros. Yo miraba el domingo de Ramos como el día en que debian desaparecer las trazas de ella.... Pero ¡Atiende bien!... Tú no hubieras creido que la sangre de este Ferquhard Day se hubiera mezclado con la mia si se hubiesen puesto ambas en un vaso, y sin embargo él ha puesto sus ojos amorosos en mi hija única, en Eva, la mas hermosa de nuestras doncellas. Imaginate lo que yo habré experimentado al recibir esta nueva. Esto fué lo mismo que si un lobo de los bosques de Ferragon me hubiera dicho: Dame tu hija en matrimonio, Torquil. Eva no pensó del mismo modo; está enamorada de Ferquhard, pasa los días llorando, y el miedo del combate que debe haber, le hace perder las fuerzas y colores: digale ella una palabra favorable, y yo sé perfectamente que renunciará de sus padres, de su clan, del campo de batalla, y que se irá con ella al desierto.

— Y ausente ya del combate el mas joven de los combatientes del clan de Chattan; yo puedo, siendo el mas joven de los del de Quhele tenerme por dispensado de tomar en él parte alguna; dijo Eachin sonrojándose del medio vergonzoso que se le proponia.

— Mira, gefe mio, dijo Torquil, y juzga de mis sentimientos para contigo.... Otros pueden inmolar su vida y la de sus hijos por tí: yo te sacrificio el honor de mi familia.

— ¡Amigo mio! ¡padre mio! exclamó Eachin estrechando á Torquil entre sus brazos; que vil y miserable debo yo ser, pues que tengo el alma tan cobarde como aceptar un sacrificio tal!

— ¡No hablemos mas de eso! dijo Torquil; los bosques tienen oidos, volvamos al campo y enviaremos por esa caza... ¡Atrás! ¡aquí! exclamó hablando con sus perros.

Felizmente para Simon el podenco se habia frotado las trencas en la sangre de la cierva, sin lo que hubiera podido descubrir la retirada del guantero en los matorrales; pero habiendo perdido asi una parte de la finura del

olfato, siguió con sosiego á los dos cazadores con los otros perros.

Cuando no pudo el guantero ni verlos ni oírlos, se levantó muy satisfecho de su partida, tomando su camino en direccion opuesta, tan ligero como su edad se lo permitia. La primera reflexion tuvo por blanco la fidelidad del padre que habia criado á Eachin.

— El corazon de estos montañeses salvages es fiel y leal, decia para si. Este hombre parece mas uno de los gigantes de las novelas que un ente de nuestro mismo barro; y sin embargo los mismos cristianos podrian recibir de él algunas lecciones de fidelidad. Su expediente anuncia con todo bastante sencillez: ¡hacer que desaparezca uno del número de los enemigos! como si no se hallase una veintena de esos gatos salvages en disposicion de ocupar su lugar.

Así discurría nuestro guantero; pero no sabia que se habian publicado las mas severas proclamas para prohibir á todo individuo de los clanes enemigos, á sus parientes, á sus aliados, á sus criados, acercarse con quince millas

á Perth durante los ocho dias anteriores al combate y posteriores á él, y que debia cuidar un cuerpo de tropas de hacer cumplir esta orden.

Al llegar en casa de Booshalloch halló nuestro amigo Simon otras nuevas que le esperaban. Traíalas el padre Clemente, que venia en hábito de peregrino con esclavina, y ya pronto para volver hácia el sur, y quien deseaba despedirse de su compañero de destierro, ó tomarle por compañero de viage.

— Pero, preguntó Glover, ¿qué causa os determina á volver tan de repente á un parage donde correis riesgo?

— No habeis sabido, respondió el padre Clemente, que habiéndose retirado á Inglaterra el conde de March y sus aliados los Ingleses delante de Douglas, este buen conde se ha ocupado en remediar los males del Estado, que ha escrito á la corte para pedir se revocara la orden que se habia dado á la suprema cámara de Comision para informar contra la heregia, por no ser buena sino para inquietar las conciencias; sobre que se someta al par-

lamento el nombramiento de Roberto de Wardlaw como obispo de San -Andrés, y para que se tomen otras medidas útiles y convenientes á los pueblos. La mayor parte de los nobles que están en Perth con el rey, y entre otros sir Patricio Charteris, vuestro digno preboste, han apoyado la peticion de Douglas, y el duque de Albany, sea de buena voluntad, ó por politica, lo que no sé, ha consentido en ello. Es facil inclinar el ánimo de nuestro buen rey á medidas de dulzura é indulgencia; y de este modo ya están limados los dientes de nuestros opresores, y se les ha escapado la presa de entre sus garras crueles.... ¿me acompañareis á las tierras bajas, ó quedareis aquí algun tiempo?

Niel Booshalloch ahorró á su amigo la dificultad que tenia en responder.

— Era, dijo él, autorizado por el gefe, para decir que Simon Glover permaneceria en Ballough hasta la partida de los campeones para el combate.

El guantero no juzgó la respuesta enteramente de acuerdo con una perfecta libertad,

pero se inquietó poco por entonces, por hallar en ella una buena excusa para no partir en compañía del monge.

— Es un hombre ejemplar, dijo él á su amigo luego que se ausentó el padre Clemente; un gran sabio y un gran santo. Casi es lástima se halle ya fuera de peligro de ser quemado, porque su sermon, cuando estuviera amarrado al palo, haria conversiones á millares. ¡O Niel Booshalloch! la hoguera del padre Clemente seria un sacrificio de buen olor, y un holocausto para el concepto de todos los devotos cristianos. Pero, ¿de qué serviria quemar á un pobre ciudadano como yo? No se ofrecen pedazos de guantes viejos de piel por incienso segun yo creo, y no es con cueros de su monte con lo que se alimenta el fuego de un holocausto. Para decir verdad, yo tengo muy poco saber, y mucho miedo de las quemaduras, para que me convenza pueda hacerme honor un negocio como este; y por consecuencia no me resultaria otra cosa que el miedo y el mal, como se suele decir.

— Y es la verdad, respondió Booshalloch.



**CAPITULO XXX.**

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Es preciso que volvamos á tratar de los personajes de nuestra historia que dejamos en Perth, cuando habemos acompañado al guantero y su bella hija á Kinfauns, y cuando dejamos este castillo hospitalario, para seguir á Simon hasta el lago Tay. Siendo el principe de

Escocia el de rango mas elevado, reclama desde luego nuestra atencion.

Este joven indiscreto é inconsiderado no sufre sin alguna impaciencia el vivir solo en casa del lor gran condestable, cuya compañía aunque muy apreciable bajo cualquier respecto, le disgustaba únicamente porque le consideraba en algun modo como su carcelero. Enfurecido contra su tío y disgustado de su padre, apetecía con bastante naturalidad asociarse con sir John Ramorny, con quien estaba habituado largo tiempo habia, dejándole el cuidado de buscarle diversiones, y aun de dirigirle y guiarle; aunque él hubiera mirado como un insulto que tal se dijera. Escribióle, pues, que viniese á verle, si su salud se lo permitia, y que fuese por agua hasta un pabellon del jardin del gran condestable, (el cual se extendia como el de sir John Ramorny, hasta las orillas del Tay. Al renovar el duque de Rothsay una amistad tan peligrosa, se acordó únicamente de que él habia sido el amigo generoso de sir Ramorny, en tanto que sir John por su parte, al recibir esta invitacion, no se

acordó mas que de los insultos por él sufridos á causa de los caprichos de su protector; la pérdida de su mano, el tono poco grave en que el príncipe le habia hablado, y la prontitud con que habia dejado su causa en el asunto de la muerte del gorrero. Sonrióse amargamente al recibir el billete del príncipe.

— Eviot, dijo él, que me preparen un buen barco con seis hombres seguros. Atiende bien á lo que digo; hombres seguros.... No pierdas un instante y haz que venga Dwining sobre la marcha. — El cielo se me muestra propicio, digno amigo mio, dijo él á su cirujano, yo me apuraba en buscar medios como avistarme con este muchacho, que no sabe lo que quiere, y ya ves cómo me convida él mismo para ir á verle.

— ¡Oh! sí; veo el asunto con toda claridad, respondió Dwining; el Cielo se muestra propicio á ciertas consecuencias fatales que de aquí resultarán! — eh! eh! eh!....

— No importa, el lazo está tendido, mi querido amigo, y hay en él un cebo que le haria

salir de un santuario, aunque hubiera en el cementerio una tropa de hombres armados esperándole. Sin embargo esto no es necesario; el disgusto que sufre bastaria para decidirle. Prepara todo lo que necesitas, por que tú vienes con nosotros. Escríbele tú, — porque á mi me es ya imposible hacerlo, — visto que debo ir á ponerme á sus órdenes al momento mismo. Escríbeme esto como un secretario. Él sabe leer, y á mi es á quien me lo debe.

— Él será deudor á Vuestra Valentia de otros conocimientos antes de morir.... ¡eh! eh! eh!... Pero, ¿vuestro ajuste con el duque de Albany está seguro?

— Bastante para mi ambicion, para satisfacer tu codicia y nuestra mutua venganza. ¡A bordo! ¡a bordo! — Eviot, pon en el barco algunos frascos del mejor vino y algunos fiambres.

— Pero ¿sentís dolor en el brazo?

— La palpitacion de mi corazon me hace olvidar las punzadas de mi herida: láteme como si quisiera salirse del pecho.

— No lo quiera Dios! dijo Dwining. — Eso seria un espectáculo extraño, si llegase á suceder,

decia él para sí; me alegrara hacer su diseccion; pero me recelo mellaria mis mejores instrumentos la cubierta de piedra que le rodea.

Despues de algunos minutos ya estaban en la barca, al tiempo que un mensajero se daba prisa en llevar al príncipe la respuesta.

Estaba Rothsay con el condestable de sobremesa, pero triste y taciturno, y el conde acababa de preguntarle si gustaba se levantara la mesa, cuando un billete que dieron al príncipe mudó de repente su fisonomia.

— Como gustéis, le respondió, porque yo voy al pabellon del jardin, siempre con vuestro permiso, milor condestable, para recibir la visita de mi antiguo escudero mayor.

— Milor.... dijo el conde de Errol.

— Sí, milor: ¿es preciso que os pida yo dos veces el permiso?

— No ciertamente, milor; pero Vuestra Alteza Real se acuerda de que sir John Ramorny...

— El no está apesado, segun creo, vamos, Errol, vos querriais hacer el papel de carcele-

ro terrible; pero es muy ageno de vuestro caracter. A Dios por media hora.

— ¡Locura nueva! dijo el conde de Errol, en tanto que el príncipe abriendo una puerta de la sala del piso bajo donde se hallaban, entraba en el jardín; porque lo es la mas clásica volver á llamar para sí á este miserable; pero está infatuado.

Sin embargo el príncipe le dijo al paso:

— La hospitalidad de Vuestra Señoría tendrá la bondad de hacer se nos sirva en el pabellon uno ú dos frascos de vino y alguna cosa con que tomar un refrigerio. Me gusta comer algo al fresco del rio.

El condestable no le respondió sino saludándole, y dió al momento la orden conveniente, de modo que al salir sir John Ramorny de la barca y al entrar en el pabellon halló ya la mesa cubierta.

— Siento de lo íntimo del alma ver á Vuestra Alteza en un arresto privado; dijo Ramorny en tono compasivo perfectamente fingido.

— Tu sentimiento lo es tambien para mí, respondió el príncipe. Es mucha verdad que

Errol, hombre apreciable, me ha fastidiado tanto por su aire grave y por sus discursos que pueden pasar por lecciones severas, que me ha forzado á recurrir á tí tan reprobado como estás. Si nada bueno tengo que esperar de tí, al menos podré lograr algo que me divierta. Sin embargo, antes de ir mas lejos, debo decirte que lo sucedido el miércoles de Ceniza es una infamia. Pienso no habrás tenido parte en nada.

— Sobre mi palabra, milor, esto no es mas que una equivocacion de aquel animal de Bonthron. Yo solamente le habia dado á entender que una paliza debia ser el premio del tunante que me ha hecho perder la mano, y he aqui mi bribon que hizo dos borracheras. Tomar un hombre por otro, y en lugar de palo servirse de un hacha.

— Aun es una fortuna que todo pare allí. — Este gorrero es poca cosa, pero jamás os hubiera perdonado si el armero hubiera sido la víctima. — No hay uno que le iguale en toda la Gran-Bretaña. — Yo confio en que el malvado ha sido colgado en una horca bastante alta.

— Si os parece bastante treinta pies...

— ¡Vaya! no hablemos mas de él; su nombre solo comunica un gusto de sangre á este buen vino. — ¿Y qué corre de nuevo en Perth, Ramorny? ¿Qué hacen nuestras alegres mozas y nuestros gallardos?

— No se piensa ya en la gallardia, milor. Se para la vista de todos en los movimientos de Douglas el Negro, que llega con cinco mil hombres de tropa escogida, para ponernos á todos en orden, como si marchara á otro Otterburne\*. Se dice volverá á ser Lugarteniente-general del reino, y es cierto se han declarado en favor suyo muchas gentes.

— Seria pues, un tiempo excelente de tener libres los pies, sin lo que podria yo encontrar un carcelero peor que Errol.

— ¡Ah milor! si lograrais veros fuera de aqui, bien pronto tendriais un partido capaz, con que hacer frente al de Douglas.

— Ramorny, dijo el príncipe con gravedad, yo no conservo mas que un recuerdo confuso

\* Batalla ganada por un lor Douglas.

de una proposicion horrible que me habeis hecho no hace mucho tiempo. — Guardaos de darme consejos como aquellos. Yo quisiera estar libre; quisiera ser dueño de mis acciones; pero jamás tomaré las armas contra mi padre, ni contra aquellós á quienes haya concedido su confianza.

— No era mas que de la libertad personal de Vuestra Alteza de lo que yo me proponia tratar. Si yo estuviera en el lugar de Vuestra Alteza, me pondria á bordo de esta buena barca que se ve en el Tay, me haria llevar con tranquilidad al condado de Fife, donde teneis numerosos amigos, y me instalaria sin mas ceremonia en Falkland. Es un castillo real, y aunque le ha regalado el rey á vuestro tío, Vuestra Alteza puede tomarse la licencia de residir en la propiedad de un pariente tan cercano.

— El se ha tomado otras muchas libertades con mis bienes, como lo prueba el dominio de Renfrew. — Pero espera un poco, Ramorny, espera un poco. — ¿No he oido yo decir á Errol que lady Marjory Douglas, á quien llaman

duquesa de Rothsay, está en Falkland? Yo no quisiera vivir bajo el mismo techo que esta dama, ni tampoco insultarla obligándola á marcharse.

— Ha vivido allí, milor, pero he tenido aviso seguro de que ha ido á reunirse con su padre.

— ¡Ah! para excitar á Douglas contra mi, ó tal vez para pedirle me deje salvo, con tal que vaya yo á pedirle de rodillas un lado en su lecho, como dicen los peregrinos debe hacer el emir ó almirante sarraceno, á quien un soldado su hija en matrimonio? Ramorny, yo obraré segun la máxima del mismo Douglas. ¡Vale mas oír cantar á la alondra, que oír trotar á la rata! Yo no me dejaré encadenar de pies y manos.

— ¿No conviene, pues, otro parage mejor que Falkland? Yo tengo allí bastante gente armada para manteneros, y si Vuestra Alteza gusta de partir, un pequeño curso conduce á la mar por tres lados diferentes.

— Tienes razon, dijo el inconsiderado principe; pero nos moriremos allí de fastidio. Ni alegría, ni música, ni mozas.

— Perdonad, noble duque; pero aunque lady Marjory Douglas haya partido como dama errante para implorar el poderoso auxilio de su padre, me atrevo á decir está en Falkland una muchacha mas joven, una muchacha mas amable, ó por lo menos se pondrá bien pronto en camino para ir allá. — ¿Vuestra Alteza no se ha olvidado de la Linda Doncella de Perth?

— ¡Olvidado de la moza mas hermosa de Escocia! — No, — como tú no has olvidado puse la mano en la expedicion de Curfew-Street, la noche de San-Valentin.

— ¿Que yo he puesto la mano? — Vuestra Alteza quiere decir que yo la he perdido. Tan cierto como que no la volveré á encontrar jamás, es el que Catalina Glover está en este instante, ó estará bien pronto en Falkland. No lisonjearé yo á Vuestra Alteza con decir que cuenta ella con hallaros allí. — El hecho es que tiene el designio de ponerse bajo la proteccion de lady Marjory.

— ¡Traidorcilla! — ¡Ella se vuelve contra mí! Merece castigo, Ramorny.

— Yo pienso la impondrá Vuestra Alteza una penitencia suave.

— A fe mía que yo he querido mucho tiempo ha estar en lugar de su confesor, pero, ¡siempre la he visto tan reservada!

— Os ha faltado la ocasión, milor, y aun al presente el momento es crítico.

— A la verdad no estoy muy distante de hacer una calaverada; pero mi padre....

— Su persona está segura y tan libre como nunca pudo estar mas, al paso que Vuestra Alteza....

— Debe arrastrar cadenas aunque no sean mas que las del himeneo. — Ya lo sé. — Veo llegar á Douglas queda la mano á su hija, con el semblante y las señas del rostro indicando la misma altanería que las de su padre mismo, salvo algunas trazas de la vejez.

— Y en Falkland es donde vive en soledad la mas hermosa de las doncellas de Escocia. — Aquí todo es penitencia y disgusto, allá será todo alegría y libertad.

— Tú ganaste, sabio consejero mio, pero ten

euidado que esta será la última de mis travesuras.

— Así lo espero; porque cuando esteis en libertad, podeis entrar en una compostura con vuestro padre.

— Voy á escribirle, Ramorny. — Alcánzame esa escribanía. — No, yo no puedo poner en orden los pensamientos. — Escribe tú.

— Se olvida Vuestra Alteza.... dijo Ramorny presentando su brazo manco.

— ¡Ah! si, ¡esa maldita mano! ¿Qué haremos ahora?

— Si Vuestra Alteza gusta, podrá servirse de la mano del médico Dwining, que escribe como escribano.

— ¿Conoce las circunstancias? y ¿tiene de ellas alguna idea?

— Él lo sabe todo; respondió Ramorny, y acercándose á la ventana, llamó á Dwining que se habia quedado en el barco.

Adelantóse Dwining hácia el príncipe con tal pausa en el andar como si pisara huevos, los ojos bajos y al parecer encogiendo todo el cuerpo á causa del temor y respeto.

— Aquí hay, amigo, cuanto se necesita para escribir, dijo el príncipe, quiero probar tus talentos. — Sabes ya de lo que se trata. — Debes exponer mi conducta á mi padre bajo un punto de vista favorable.

Dwining se sentó y en algunos minutos escribió una carta que dió á sir John Ramorny.

— A fe mia parece que te ayudó el diablo, Dwining, dijo el caballero. — Escuchad, milor:

— « Mi respetable padre, mi soberano y señor mio, sabed que consideraciones importantes me mueven á dejar vuestra corte, con el designio de fijarme en Falkland, tanto porque este castillo es de mi tio querido de Albany, con quien me consta desea Vuestra Magestad me conduzea con toda la familiaridad afectuosa, como porque esta era la residencia de una persona de quien he estado demasiado tiempo separado, y á quien me apresuro presentar los votos de la mas grande ternura desde hoy mismo. »

El duque de Rothsay y Ramorny dieron una risotada, y Dwining que habia leído su obra como si hubiera sido su sentencia de muerte,

animado con los aplausos, levantó los ojos y se le oyó hacer á media voz su exclamacion ordinaria de gozo, ¡eh! eh! eh! despues volvió á recobrar su gravedad silenciosa, como si recelara haber pasado los limites del respeto.

— ¡ Admirable, dijo el príncipe, admirable! el viejo explicará estas palabras á la duquesa de Rothsay, como la llaman. Dwining tú debias ser á *secretis* de Su Santidad el Papa, si es verdad, como se dice, que tiene algunas veces necesidad de un escribano que invente una palabra de dos sentidos. Voy á firmar la carta, y tendré el mérito de la invencion.

— Y ahora, milor, dijo Ramorny, despues de haber sellado la carta que dejó sobre la mesa, ¿no quereis poneros á bordo?

— Es necesario esperar á mi camarero, á que me traigan mis vestidos y todo lo necesario. Harás bien al mismo tiempo si llamas á mi ugier de viandas.

— El tiempo urge, milor, y estos preparativos no servirán sino para dar en que sospechar. Mañana vendrán vuestros oficiales á ser-

viros; y por hoy mis humildes servicios podrán bastaros para la mesa y vuestro cuarto.

— Por esta vez te olvidas, dijo el príncipe tocándole con una cañita que tenía en la mano, en el brazo herido. Acuérdate, pues, que no estás en estado de trinchar un capon, ni de pegar una cinta. ¡Harías por cierto un excelente ayuda de cámara, un famoso ugier de viandas!

Ramorny se estremeció de rabia y de miedo; porque su herida estaba todavía tan delicada, que bastaba dirigir un dedo hácia su brazo, para hacerle temblar.

— ¿Gusta Vuestra Alteza de salir?

— No sin despedirme del lor condestable. Rothsay no debe salir de la casa del conde de Errol como un ladron que se escapa de la carcel. Dile que venga aquí.

— Esto puede perjudicar á nuestros proyectos, milor.

— Anda con los diablos, tu perjudicar y tus proyectos, yo quiero conducirme, y me conduciré siempre con Errol de un modo digno de ambos.

Advertido el conde acerca de los deseos del príncipe no tardó en presentarse.

— Os he dado la molestia de venir aquí, milor, dijo el príncipe con aquel aire de cortesía y dignidad que tan bien sabia tomar, para daros las gracias por vuestra hospitalidad y compañía. No puedo gozar de ella por mas tiempo, pues que negocios urgentes me precisan para ir á Falkland.

— Milor, dijo el condestable, pienso no habrá olvidado Vuestra Alteza que se halla bajo mi custodia.

— ¡Cómo! yo bajo vuestra custodia. Decidme claramente si estoy preso. Si no lo estoy me tomaré la libertad de partir.

— Yo quisiera que tuviese á bien Vuestra Alteza de pedir el permiso á Su Magestad para emprender este viage. El rey se incomodará mucho sin esto.

— ¿Quereis decir que se incomodara contra vos ó contra mí, milor?

— He dicho antes á Vuestra Alteza que está bajo mi custodia; pero si Vuestra Alteza está resuelto á partir, yo no tengo orden — ni Dios lo.

quiera—de usar de la fuerza para retenerle. Yo no puedo mas que suplicaros en consideracion á vos mismo, que..

— Yo soy el mejor juez de mis intereses. A Dios, milor.

El príncipe obstinado se puso á bordo con Dwining y Ramorny; sin esperar á nadie de la comitiva del duque. Eviot alejó el esquife de la orilla y bajó rápidamente por el Tay ayudado de una vela, los remos y la marea.

Pareció por algun tiempo que se hallaba el príncipe taciturno y pensativo, sin que sus compañeros le interrumpieran en sus reflexiones. Levantó por fin la cabeza, y dijo. — Mi padre gusta de chanzas y esta no le incomodará mas de lo que ella merece. Es una locura de la juventud que tratará como hizo con las otras. — Vean vms., señores míos, aquí está el castillo de Kinfauns, que se levanta en las riberas del Tay. Ahora pues, Ramorny, dime como te has manejado para sacar á la Linda Doncella de Perth de las manos del preboste testarudo; porque Errol me ha dicho se aseguraba haberla tomado él bajo su proteccion.

— Es cierto, milor; y con el intento de ponerla bajo el amparo de la duquesa de... quiero decir de lady Marjory Douglas. Ahora pues el tal preboste tiene la cabeza dura, y no es, aunque mas se diga, sino un tonto valeroso; este tal tiene como la mayor parte de los de su clase un favorito dotado de cierta destreza y astucia que usa en cualquier ocasion, y cuyas idéas adopta él hasta el punto de creerlas suyas propias. Yo pues me dirijo á un confidente de estos, cuando quiero estar al corriente de los proyectos de algun baron imbecil. El de sir Patricio Charteris se llama Kitt Henshaw, es un marino antiguo del Tay, quien habiendo bogado en su tiempo hasta Campvere, logra de su amo el respeto debido á un hombre que ha visto los paises extranjeros. Este agente ha venido á ser el mio, y yo le tengo sugeridos diversos pretextos que él ha hecho servir para retardar la partida de Catalina.

— ¿Y para qué?

— No sé si es prudente decirlo á Vuestra Alteza, en suposicion de que recelo desaprobe mis miras. Yo deseaba que los miembros

encargados de informar contra los hereges hablarán á la Linda Doncella de Perth en Kinfauns; porque esta hermosura huraña es refractaria sobre las doctrinas de la Iglesia, y hubiera yo querido por cierto llevara el caballero su parte en las multas y confiscaciones que debian hacerse. Los frailes no hubieran llevado á mal tenerle entre sus niñas, por que muchas veces ha tenido disputas con ellos en cuanto al diezmo del salmon.

— Pero ¿por qué hubieras tú querido arruinar al caballero, y acaso llevar á la hoguera una muchacha joven y bonita?

— ¡Bueno, milor! Los frailes nunca queman á las jóvenes bonitas. Una vieja hubiera corrido algun riesgo. Pero en cuanto á milor preboste, como le llaman los ciudadanos de Perth, si le hubieran cercenado algunos estadales de tierra, hubiera reparado en algun modo el trato que me hizo en la iglesia de San-Juan.

— Esa venganza, Ramorny, me parece muy baja.

— No lo creais así, milor. El que no puede usar de su brazo para hacerse justicia, debe

recurrir á su cabeza. Además que esta suerte me la quitó el concienzudo Douglas que se declaró en favor de las conciencias timoratas. Entonces el viejo Henshaw no halló ningun obstáculo en llevar á la Linda Doncella de Perth á Falkand, no para participar del fastidio de lady Marjory, como piensa ella; y tambien sir Patricio Charteris, sino para impedir que Vuestra Alteza se fastidie en el castillo despues de haber cazado en el parque.

Pasóse un largo espacio de tiempo en silencio, durante el cual pareció que el príncipe reflexionaba profundamente. — Ramorny, dijo por fin, tengo un escrúpulo sobre este asunto; pero si te le declaro, el demonio del sofisma de que te hallas poseido, te inspirará discursos que le harán desaparecer, segun ha sucedido ya. Esta muchacha es la mas hermosa que jamás he visto ni conocido, excepto una, y yo la estimo mucho mas porque tiene algunas señas de Isabel Dunbar. Pero Catalina Glover está prometida en matrimonio, debe casarse en breve con Enrique el armero, artesano sin igual en su profesion, y hombre de armas tal que se tar-

daria mucho tiempo en hallar otro como él. El acabar del todo esta intriga seria injuriar atrocemente á este bravo mozo.

— Vuestra Alteza no debe esperar tome yo con mucho ahinco los intereses del armero Smith; dijo Ramorny mirando su brazo mutilado.

— ¡Por el aspa de San Andrés! John Ramorny, que te acuerdas demasiado de tal incidente. Hay gentes que meten la cuchareta en todo; pero tú siempre has de meter toda entera tu sangrienta mano. El daño ya está hecho, él es irremediable, con que lo mejor es olvidarle.

— Mas veces haceis vos alusion que yo, mi-lor, por irrision, es cierto; en tanto que yo.... Pero puedo guardar silencio sobre esto, aunque me es imposible olvidarlo.

— Pues bien; yo te digo: escrupulizo con respecto á esta intriga. ¿Te acuerdas, que cuando fuimos á oír un sermon del padre Clemente, ¿ó por mejor decir, cuando fuimos á ver á esta bella herege, habló el padre de un modo casi tan penetrante, como un trovador, del rico que roba la única oveja del pobre?

— ¡Desgracia por cierto la mayor del mundo que el hijo primogénito de la muger de este ganapan tuviera por padre al principe real de Escocia! ¿Cuántos condes desearian el mismo destino para sus bellas condesas? ¿Cuántas gentes han tenido la misma buena fortuna, sin haber perdido ni una hora de sueño?

— V si me es permitido tomarme la libertad de hablar, dijo Dwining, las leyes antiguas de Escocia concedian á todo señor feudal este privilegio sobre sus vasallas, aunque muchos por codicia, poca nobleza de alma, le hayan renunciado por el dinero.

— No necesito yo de muy urgentes argumentos para resolverme á galantear, y mas cuando se trata de una buena moza; pero esta Cataliña me ha mostrado siempre indiferencia.

— Por vida mia, dijo Ramorny, que si vos, joven, buen mozo y principe no sabeis hacerlos querer de una linda muchacha, ya no hay mas que decir.

— Y si yo pudiera, sin que se tuviera por audacia desmesurada, volver á tomar la palabra, dijo el médico, añadiría: nadie ignora en

Perth que nunca esta joven ha hecho elección de este Gow, y que su padre es quien la fuerza para que le acepte por marido. Yo sé, como muy al caso, que ella le ha despreciado en varias ocasiones.

— Si tú puedes asegurarnos ese hecho, el negocio muda ya de aspecto, dijo el príncipe. Vulcano era herrero como Enrique Gow. Se obstinó en casarse con Venus, y nuestras crónicas nos enseñan lo que resultó.

— Y bien, dijo sir John Ramorny, ¡pueda lady Venus vivir y ser adorada largo tiempo, y tenga buen éxito el galán caballero Marte que se dispone á cortejar su divinidad!

Continuó la conversacion por algunos minutos con tal alegría que rayaba en locura sobre tales alusiones; pero no tardó mucho el duque de Rothsay en tomar otro tono.

— He dejado á mi espalda el aire de mi prision, dijo él, y con todo no puede acabar de renacer mi gozo. Estoy abatido con aquella especie de languidez que tiene algo de melancólica sin ser desagradable, y que se experimenta cuando se halla uno cansado por ejercicio

ú satisfecho de placeres. Un poco de música, que se deslizara en los oídos, con tal que no fuera por alto, á fin que no me hiciera levantar los ojos, seria para mi una fiesta digna de los dioses.

— Vuestra Alteza no tiene mas que declarar sus deseos, dijo Ramorny, que luego las ninfas del Tay le serán tan propicias, como las que moran sobre la faz de la tierra. ¡Oigamos. ¡Un laud!

— ¡Un laud! dijo el duque de Rothsay al oírle, y le tocan divinamente. Quisiera recordarme de aquella cadencia que parece huirse-nos. Avanza la barca hácia la parte de donde viene la música.

— Es el viejo Henshaw que remonta el río, dijo Ramorny. ¡Ola! barquero!

El barquero obedeció á esas voces arrimándose á la barca.

— ¡Oh, oh! mi amiga antigua, dijo el príncipe habiendo reconocido á Luisa, la cantora provenzal. Creo que te debo algo á lo menos por el susto que te causé el día de San-Valentin. Pásate á esta barca tú, tu perro, tu laud y

todo cuanto tengas. Yo te pondré á servir con una señora, que mantendrá tu perro con pechugas de capon, y á tí te dará de beber cuanto vino de Canarias te acomode.

— Yo pienso, dijo Ramorny, que Vuestra Alteza tendrá presente....

— Nada mas que mi gusto, John, y te pido tengas la complacencia de procurármele tú tambien.

— Y es cierto quereis ponerme á servir con una señora, dijo Luisa. ¿Y dónde vive?

— En Falkland, respondió el principe.

— ¡Oh! yo he oido hablar de esa gran señora, dijo Luisa; y ciertamente ¿vos me hareis entrar á servir á vuestra esposa real?

— Lo haré, sobre mi palabra, respondió el principe, — tan luego como yo la conozca en calidad de tal, anadió en voz baja.— Notad bien esta reserva, dijo él á parte á Ramorny.

Los pasajeros al oír esta conversacion, concluyeron debía verificarse una reconciliacion entre el principe y su esposa; por lo cual aconsejaron á Luisa se aprovechara de su buena fortuna, y aceptara un destino entre las criadas

de la comitiva de la duquesa de Rothsay. Algunos le ofrecieron un pequeño tributo como recompensa del ejercicio de sus talentos.

En este intervalo, Ramorny dijo al oído á Dwining:— Vamos, tunante, discurre algun obstáculo. Esta adición esta por de mas. Apura tu discurso en tanto que yo voy á decir una palabra á Henshaw.

— Si me es permitido hablar, dijo Dwining, os diria, milor, como quien ha hecho sus estudios en España y en Arabia, que se ha declarado existir en Edimburgo una enfermedad contagiosa, y que seria muy peligroso admitir cerca de sí á una muger que recorre todo el pais.

— ¡Ah! respondió Rothsay; ¿qué te importa quiera yo envenenarme por la peste, ó por un boticario? ¿Es tambien del caso que tú te opongas á mis fantasías?

En tanto que Rothsay concluyó con las advertencias de Dwining, sir John Ramorny se aprovechó de un instante para saber de Henshaw, que ignoraba completamente hubiese partido la duquesa de Rothsay de Falkland,

y que Catalina Glover llegaria en la misma tarde ó en la mañana siguiente con la esperanza de que la noble dama la tomara bajo su proteccion.

Abismado el duque de Rothsay en sus reflexiones, recibió esta noticia con tanta frialdad que Ramorny se tomó la licencia de hacerle una reflexion.

— Vos deseabais la libertad, le dijo él, ya la teneis. Suspirabais por la hermosura, y os espera, sin otra dilacion que la precisa para que sean mas apreciables sus favores. Aun vuestros antojos mismos parecen una ley que debe cumplir el destino, porque gustabais de música, en tiempo que parecia imposible buscarla, y al instante se pone á vuestra disposicion una cantora con su laud. Debemos saber gozar de los dones que nos presenta la fortuna de tal modo, y si no lo hacemos así vendremos á ser como los niños mimados, que rompen y tiran lejos de sí los juguetes mismos por cuya posesion lloraban un momento antes.

— Para gozar del placer, Ramorny, es necesario haber conocido los trabajos, lo mismo

que conviene ayunar para tener buen apetito. Nosotros que todo lo podemos tener, no gozamos de ello sino muy poco cuando ya lo poseemos. — ¿Ves esa nube densa que amenaza inundarnos? pues me parece que me sofoca. — El agua me parece turbia y negra; las orillas del rio han perdido para mis ojos toda su hermosura.

— Perdonad á vuestro criado, milor; pero os abandonais demasiado á vuestra imaginacion, como un ginete poco diestro deja encabritarse al caballo fogoso hasta que dé en tierra con él y le aplaste. Sacudid ese letargo, os lo suplico. — ¿Diré á la cantora que os dé un poco de música?

— Si, que cante, — pero algo melancólico; los sonidos alegres no tendrian para mis oidos armonia en este momento.

Luisa comenzó una cancion melancólica en francés-normando; y un aire no menos triste acompañó la letra de que aquí se presenta imitacion.

Podrás un suspiro hacernos oír,  
Aun contemplar la bella praderia,

El cielo y ribera florecida :  
 Pero tu vida se va á consumir  
 Debes morir.

Sumisa á la muerte , ya sin gemir  
 Aun tu sangre por la arteria gira ;  
 Mas si el monge por tí ora y suspira,  
 ¿ Oye como tocan? pues quiere decir  
 Vas á morir.

Resignado sufre el fin de la suerte.  
 Él es un penar muy corto y ligero.  
 Es un calorío vivo y pasagero :  
 Ya no temerás un dolor mas fuerte.  
 Qué la misma muerte.

El príncipe no hizo particular atención á la letra de la cantora; Luisa, obedeciendo á las órdenes de Ramorny continuó de tiempo en tiempo cantando. Por la tarde comenzó á llover. Al principio no fué cosa mayor, pero acabó por llover á cántaros, y además acompañó á la lluvia un viento muy frío. El príncipe no tenia capa ni nada con que cubrirse, y desprecio con enojo la de Ramorny cuando se la ofreció.

— No conviene que Rothsay se ponga vuestra ropa vieja, sir John. — Esta nieve derretida

me hiela hasta los tuétanos. Vos teneis la culpa. ¿Por qué os habeis atrevido á partir sin aguardar á mis gentes y mi equipage?

Ramorny no trató de justificarse; porque sabia muy bien que cuando el príncipe se mostaba enfadado, preferia el quejarse, al oír se le queria cerrar la boca con excusas. Rothsay, unas veces continuaba quejándose, y otras guardaba un profundo silencio, hasta que llegaron á un lugar llamado Newburgh, habitado por pescadores. Allí dejaron la barca nuestros viajeros, y tomaron caballos, que Ramorny habia cuidado de apostar muchos dias antes esperando esta ocasion. El príncipe conservó su mal humor, criticó su montura, tampoco dejó libres la de los otros, y se desahogó con los sarcasmos duros y picantes, que de vez en cuando dirigia contra Ramorny. Finalmente se pusieron en camino. Se aproximaba la noche y no escampaba. Rothsay iba el primero, ciego para toda especie de peligro. La cantora, que por su orden expresa iba en un caballo, los acompañaba, y fué para ella una fortuna el estar habituada tanto á sufrir las in-

jurias del temporal, como á viajar á pie y á caballo, pues por ello tuvo toda la firmeza para tanto como los hombres, en esta fatiga de la carrera nocturna. Ramorny se vió precisado á mantenerse al lado del príncipe, todavía con mucho desasosiego por si algun nuevo antojo le movia á separarse de él, buscando abrigo en casa de algun baron leal, y que lo-grase por este medio huir del lazo que le tenia prevenido. Pasó pues lo restante del camino en tormentos inexplicables de cuerpo y espíritu.

Entraron por último en la floresta de Falkland, y la luz de la luna que se manifestaba por un instante, les hizo ver la sombría y enorme torre, como una dependencia que era de la corona, aunque se le habia dado por cierto tiempo al duque de Albany. Habiendo dado la señal se bajó el puente levadizo, brillaron las barchas en el patio y se presentaron varios criados. Ayudaron al príncipe á echar pie á tierra, y se le hizo entrar en un cuarto donde le siguieron Ramorny é Dwining. El primero le suplicó tomara los consejos del médico. El duque de Rothsay no quiso hacer nada

de lo que le dijo, y mandó con altivez se le preparase su cama. Estuvo por algun tiempo tiritando cerca de un gran fuego sin quitarse los vestidos mojados, y se retiró á su cuarto, sin hablar á nadie ni una palabra.

— Ya ves el humor fantástico de ese joven, de ese muchacho, dijo Ramorny á Dwining. ¿Te sorprenderás de que un servidor que ha hecho por él, todo lo que yo tengo hecho, esté ya cansado de tal amo?

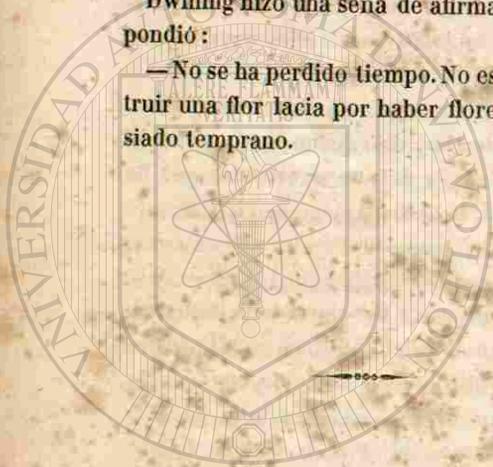
— No por cierto, respondió Dwining; este motivo y la promesa del condado de Lindores desquiciarian la fidelidad mas acendrada. — Pero ¿comenzaremos á trabajar con él esta noche misma? Si sus ojos dicen la verdad lleva en su corazon el germen de una fiebre, que facilitará mucho mas nuestra obra, y que lo recargará todo sobre la naturaleza misma.

— Es una ocasion perdida, dijo Ramorny; pero no conviene demos el golpe hasta que haya visto esta hermosura de Catalina Glover. Podrá despues servir de testigo para declarar que le ha visto en buena salud, y señor

de todas sus acciones, poco tiempo antes que.... ¿me comprendes?

Dwining hizo una seña de afirmacion y respondió:

—No se ha perdido tiempo. No es difícil destruir una flor lacia por haber florecido demasiado temprano.



### CAPITULO XXXI.

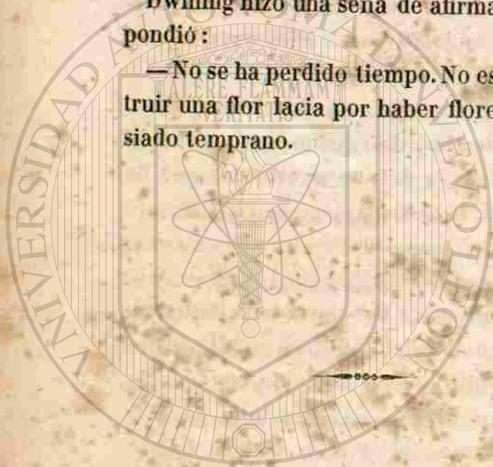
Es un sugeto en verdad  
Sin vergüenza enteramente  
Dado lo mas altamente  
A la gula é impiedad  
De los goces criminales:  
Pocas cosas de la tierra.  
Como sus damas no fuera  
O compañías carnales,  
Hallan favor á su vista.  
A no ser los bebedores  
Los bajos aduladores  
Tomados de cualquier lista.  
BYRON.

Al dia siguiente por la mañana había cambiado el humor del príncipe. A la verdad se quejaba por lo que sufría, y de tener calentura; pero sus padecimientos no solo no le agobiaban, sino que parecían servirle de estimulantes. Trataba con familiaridad á Ramorny,

de todas sus acciones, poco tiempo antes que.... ¿me comprendes?

Dwining hizo una seña de afirmacion y respondió:

—No se ha perdido tiempo. No es difícil destruir una flor lacia por haber florecido demasiado temprano.



### CAPITULO XXXI.

Es un sugeto en verdad  
Sin vergüenza enteramente  
Dado lo mas altamente  
A la gula é impiedad  
De los goces criminales:  
Pocas cosas de la tierra.  
Como sus damas no fuera  
O compañías carnales,  
Hallan favor á su vista.  
A no ser los bebedores  
Los bajos aduladores  
Tomados de cualquier lista.  
BYRON.

Al dia siguiente por la mañana había cambiado el humor del príncipe. A la verdad se quejaba por lo que sufría, y de tener calentura; pero sus padecimientos no solo no le agobiaban, sino que parecían servirle de estimulantes. Trataba con familiaridad á Ramorny,

y aunque nada decía con respecto á lo que habia pasado la tarde anterior, era claro se acordaba de lo que descaba olvidasen sus compañeros — el mal humor que habia gastado. Estaba muy cortés con todo el mundo, y se chanceó con Ramorny sobre la llegada de Catalina.

— ¡Cómo se verá sorprendida la linda moigata, dijo él, cuando se vea rodeada de hombres, en lugar de hallarse recibida, como lo espera ella, entre las blondas, encages y tocados de las damas de lady Marjory! Yo supongo que no es muy numeroso en este castillo el bello sexo, Ramorny.

— No, sin duda, como no se la cantora, no hay mas que un par de criadas, sin las que no podríamos pasar. — Pero, hablando de la cantora, pregunta cada rato por la señora, con quien Vuestra Alteza le prometió ponerla á servir. ¿La despediré, para que tenga tiempo de ir á buscarla?

— De ningun modo. Servirá para divertir á Catalina. — Pero escúchame; ¿no sería del

caso recibir á esta hermosa reservada con una especie de mascarada?

— ¿Qué quereis decir, milor?

— Muy lerdo eres, Ramorny. No la engañaremos en lo que ella espera. Cuenta con hallar aquí á la duquesa de Rothsay; yo mismo seré el duque y la duquesa.

— No os entiendo todavía.

— No hay hombre mas bestia que el de buen ingenio, cuando no comprende inmediatamente la idea. — Mi esposa, como la llaman, ha tenido tanta prisa para retirarse de Falklaúd como yo para venir. Hemos venido aquí tú y yo sin bagage. Hay en la guardaropa que da con mi dormitorio bastantes vestidos de muger para todo un carnaval. — Ves, yo haré el papel de lady Marjory, acostada en esta cama con un velo negro y una guirnalda de hojas de sauce, para indicarme como una esposa abandonada. Tú, John, tendrás el aire serio y bastante soplado para pasar por su dama de honor del condado de Galloway, la condesa Hermigide; y Dwining representará bien á la vieja Hécate, su nodriza, excepto que ella

tiene mas vello en el labio superior que él en toda la cara, aun comprendiendo el craneo. Deberia buscar una barba para parecerse á ella un poco mejor. Sirvete de las cocineras y los pages un poco pasaderos que puedas hallar, para que sean mis doncellas de labor.—¿Me entiendes? — Vamos, pronto, ¡manos á la obra!

Ramorny entró en la antecámara, y manifestó á Dwining el proyecto del príncipe.

— Encárgate tú de satisfacer los caprichos de ese loco, le dijo él; no tengo mucho gusto en verle, sabiendo lo que le ha de suceder.

— Dejadme el cuidado de todo, dijo Dwining encogiendo los hombros. ¿Qué mätachin es el que puede degollar á un cordero, y teme el oírle balar?

— ¡Está bien! ¡está bien! no temas que me falte la firmeza.

— No puedo dejar de acordarme que me hubiera él zampado en un claustro, sin mas ceremonia que la que se gasta para echar fuera un pedazo de lanza rota. ¡Vete! — Oye por un instante sin embargo. — Antes de disponer esta especie de mascarada, es necesario inventar

algo para engañar á ese testarudo Charteris. Es muy probable que, si se le hace creer que está todavia aqui la duquesa de Rothsay, y que Catalina Glover está en su compañía, vendrá luego para ofrecerse á sus órdenes, tributarle sus respetos, etc.; y no necesito decirte que su presencia no deja de tener inconvenientes. — Esto es tanto mas verosimil, cuanto que ciertas gentes suponen un motivo bastante tierno en la proteccion, que este caballero cabeza de hierro, concede á la Linda Doncella de Perth.

— Eso me basta. Dejadme á mí el cuidado de tratar con él. Yo le dirigiré una carta concebida en términos que, de aquí á un mes, estará dispuesto para hacer un viage al infierno antes que á Falkland.—¿Podeis decirme como se llama el confesor de la duquesa?

— Waltheof, fraile pardo.

— ¡Basta! — Yo parto de ahí.

En pocos minutos Dwining, que era tan habil como un escribano, preparó una carta que puso en manos de Ramorny.

— Esto es admirable, dijo este, la tal carta

hubiera hecho tu fortuna con Rothsay. — Creo que yo hubiera tenido mucha envidia, para haberte dejado en su casa; si no fuera porque sus dias llegan á su fin.

— Leedla alto, dijo Dwining para que veamos si el estilo es corriente.

Ramorny leyó como sigue:

« De orden de la alta y poderosa princesa Marjory, duquesa de Rothsay, nos Waltheof, indigno religioso de la orden de San Francisco, os hacemos saber, sir Patricio Charteris, caballero de Kinfauns, que Su Alteza extraña mucho hayais tenido la temeridad de enviar ante su presencia una muger, de cuyo caracter no puede juzgar favorablemente, pues que, sin necesidad alguna, ha pasado mas de una semana en vuestro castillo, sin otra compañía de su sexo que la de criadas, conducta mas que sospechosa, cuyo rumor se ha esparcido en los condados de Fife, de Angus, y de Perth. Con todo eso, tomando en consideracion su Alteza la fragilidad humana, no ha mandado azotar con ortigas á esta joven desvergonzada, y ni

aun la impuso alguna penitencia; pero como dos buenos frailes del convento de Lindores, los padres Thicksull y Dundermore han sido llamados á las montañas por una orden especial, Su Alteza confió á sus cuidados esta doncella joven Catalina, encargándoles la lleven donde está su padre, de quien ella dice ahora estar en las cercanías del lago Tay. Allí hallará, bajo su proteccion, una situacion mas conveniente á sus calidades y costumbres que en el castillo de Falkland, mientras le habitare la duquesa de Rothsay. Ha encargado á los dos buenos padres que den á esta joven instrucciones capaces de inspirarla horror al pecado de incontinencia, y la misma señora os recomienda á vos la confesion y la penitencia. »

Firmada WALTHEOF.

« De orden de la alta y poderosa princesa etc. »

— ¡Excelente! ¡excelente! exclamó Ramorny al acabar de leer. — Esta reprimenda inesperada tal vez hará perder el juicio á Charteris. Desde largo tiempo tributa una especie de homenaje á esta noble dama, y se hallará en-

teramente confuso viendo se le sospecha de incontinente, cuando esperaba tener todo el honor por haber practicado una obra de caridad. Como tú dices ya se pasará tiempo antes que piense en venir á buscar á su hermosa doncella, ó para presentar sus servicios á lady Marjory. — Pero trata ya de la mascarada, y yo voy á disponer los preparativos para concluir el baile.

Eran las once de la mañana, cuando Catalina, escoltada por el viejo Henshaw, y por un hombre al servicio del caballero de Kinfauns, llegó delante de la torre de Falkland. La bandera grande desplegada dejaba ver las armas de Rothsay; los criados que los recibieron tenían la librea del príncipe; todo confirmaba la opinion general que la duquesa continuaba residiendo allí. Palpitaba el corazon de Catalina, porque habia oido decir que la duquesa tenia el orgullo y altivez de Douglas, y no sabia qué acogida se le haria. Al entrar en el castillo advirtió que la comitiva de la duquesa era menos numerosa de lo que ella se prometia; pero como Su Alteza vivia en un retiro perfecto, no le pareció tan

extraño. Al entrar en una especie de antecámara halló á una viejecita que le pareció ya corvada por la edad, y que se sostenia en un baston de ébano.

— Bien venida seas, hija mia, dijo ella dando un abrazo á Catalina, bien venida y á una casa de afliccion, como yo puedo asegurarlo, y yo pienso, — volviendo á darla otro abrazo, — que tu serás el consuelo de mi real y preciosa hija la duquesa. Siéntate, hija mia, que voy á ver si milady está en estado de recibirte. ¡Ah! hija mia, eres muy amable, á la verdad; si Nuestra Señora ha concedido á tu alma tantas virtudes como tu cuerpo tiene gracias.

Al decir esto la fingida vieja se dirigió arrastrando los pies y á pasos lentos al aposento vecino, donde halló á Rothsay disfrazado segun habia dicho, y á Ramorny que habia rehusado participar de la mascarada, en su propio traje.

— Tú eres un picaro apreciable, señor doctor, dijo el príncipe, ¡por vida mia! me parece serias tú capaz de desempeñar todos los papeles, aun el de amante.

— Aunque no fuera mas que por evitar á Vuestra Alteza la molestia , dijo Dwining con su ¡ eh! eh! eh! acostumbrado.

— No, no, dijo Rothsay, nunca tendré yo necesidad de que me ayudes. Pero dime, ¿ estoy bien así, puesto en esta cama? ¿ tengo el aire de una dama desfallecida?

— El color está algo mas brillante de lo que debiera, y las facciones mas suaves para parecerse bien á lady Marjory Douglas, aunque parezca atrevimiento hablar así; respondió Dwining.

— Retírate, bribon, y haz entrar á ese bello carambano. No temas que me reprenda por ser muy afeminado. Y tú tambien, Ramorny, déjame.

Al tiempo que salia el caballero por una puerta, la supuesta vieja hizo entrar á Catalina Glover por otra. Habíase cuidado de dejar el cuarto con poca luz, de modo que Catalina creyó ver una muger tendida en una cama, y no llegó á sospechar nada.

— ¿ Es la doncella joven? preguntó Rothsay con una voz naturalmente suave, pero aun

mas por el cuidado con que supo él fingirla, hablando bajo. Acérquese y bésenos la mano. La fingida nodriza condujo á la joven que estaba temblando, cerca de la cama, y la hizo seña de que se arrodillase. Catalina obedeció y besó con tanto respeto como sencillez la mano cubierta con un guante, que le alargó la supuesta duquesa.

— No temais nada, dijo la misma voz armoniosa; en mí veis un triste ejemplo de lo vano que son las grandezas humanas. Felices los que por su rango se hallan mas á lo bajo de las tempestades políticas.

Y al decir esto la fingida duquesa echó los brazos al cuello de Catalina, se la acercó, besándola como en señal de que la recibia con cariño. Pero este beso fué tan expresivo y tan ardiente, tan fuera del papel de una protectora, que Catalina pensó haberse vuelto loca la duquesa, y dió un gran grito.

— ¡Silencio, loca! dijo el principe; soy yo: Roberto de Rothsay. ®

Catalina miró al rededor de sí. La nodriza se habia marchado, el duque, habiéndose quitado

el disfraz , se puso en pie delante de ella en su traje ordinario , y ella se reconoció en poder de un joven audaz y libertino.

— ¡Protéjame ahora el Cielo! decia para si; él me protegerá si no me abandono yo misma.

Armada con esta resolucion , reprimió el intento que tuvo de gritar , y procuró disimular , cuanto le fué posible , su temor.

—Acabada ya la chanza , dijo ella con toda la firmeza que pudo afectar , ¿será me permitido pedir á Vuestra Alteza me conceda el retirarme? porque Rothsay aun la tenia por el brazo.

—No lucheis contra mí , hermosa cautiva mia. ¿Qué teneis que temer?

—Yo no lucho , milor; puesto que gustais de retenerme , y quedar expuesto á reprenderos á vos mismo , cuando llegue el tiempo de la reflexion.

— ¡Cómo , traidora! me habeis tenido cautivo meses enteros , y no quereis que , cuando á mí me toca , os tenga á mi vez por un instante?

— Este discurso podria pasar por galanteria , si estuviéramos en las calles de Perth , donde

yo podria oirle ó evitarle , segun me pareciera ; pero aquí es una tirania.

— ¿Y si yo os soltara el brazo , donde iriais con los puentes levantados , los rastrillos echados , y las gentes de la comitiva , que no dan oidos á una doncella. Tratad de ser complaciente y sabreis lo que es obligar á un príncipe.

— Dejadme retirar , milor. Yo apelo de vos á vos mismo , del duque de Rothsay al príncipe de Escocia. Soy hija de un humilde pero honrado ciudadano , milor. Casi puedo decir estoy desposada con un hombre tan respetable como valiente. Si yo he dado á Vuestra Alteza motivo para obrar de este modo , ha sido sin pensarlo. Despues de haberos hablado asi , os suplico no abuseis de vuestro poder sobre mí , y que me permitais retirarme. Vuestra Alteza nada puede lograr de mí , sino por medios indignos de un caballero y de un hombre.

— Atrevida sois , Catalina ; pero vuestras palabras son un cartel de desafio , que yo no puedo , ni como caballero , ni como hombre , dispensarme de aceptar. Es preciso enseñaros

yo el riesgo que se corre en hacer tales desafíos.

Al decir esto, quiso tomarla en sus brazos, pero ella logró rechazarle, y continuó en el mismo tono firme:

— Yo tengo tanta fuerza para defenderme en una lucha honrada, milor, como podeis vos tener para atacarme con intento vergonzoso. No nos obligueis á que nos avergonzemos experimentándolo. Podeis hacerme morir á golpes; podeis llamar quien os ayude para oprimirme con mas facilidad; pero no vencereis de otro modo mi resistencia.

— ¿En qué clase de brutos me poneis vos, pues, Catalina? Yo no intento emplear otra fuerza, que la que da á la muger una excusa para ceder á su propia debilidad.

El se sentó algun tanto conmovido.

— En ese caso, milor, guardadla para la que apetezca hallar semejante disculpa. Mi resistencia es del alma la mas determinada y mas inspirada por el amor á la honestidad y el temor de la ignominia. ¡Ah! milor, si triunfais de ella, romperiais todos los vinculos que me unen á la vida, todos los que os encade-

nan al honor. Se me ha traído aquí por traicion, por astucias que no llevo á conocer, pero si saliera de aquí deshonorada, seria solo para denunciar ante la Europa al que habia destruido mi dicha. Tomaria el bordon de peregrina, y por do quiera que se honra la caballeria, por do es conocido el nombre de la Escocia, proclamaria al heredero de cien reyes, al hijo del buen Roberto Steward, al sucesor futuro del heroe Bruce, como un hombre pérfido y sin fe, indigno de la corona que le espera, y de las espuelas que lleva. Cualquier dama, en toda Europa, creeria profanar su boca pronunciando vuestro nombre, todos vuestros compañeros de armas os mirarian como un caballero descortés y desleal; si hubieseis quebrantado el primer juramento de la caballeria, que es proteger á la muger y amparar al debil.

Levantóse Rothsay y la miró entre admirado y resentido. — Olvidais con quien hablais, muchacha, dijo él; sabed que la distincion que os concedo excitaria la gratitud de ciertas mugeres de quienes vos por vuestro nacimiento debeis ser criada.

— Vuelvo á decirlo, milor; reservadla para las que saben apreciarla; ó para mejor decir, reservad vuestro tiempo y salud para objetos mas nobles y mas dignos de vos, para la defensa de vuestra patria, para la felicidad de vuestros súbditos. ¡ Ah! milor, ¡ con qué gozo os reconoceria el pueblo todo entero por su gefe! ¡ con cuánta prisa se pondria en torno de vos, si mostrais el deseo de defenderle contra la opresion del poderoso, contra la violencia del que desprecia las leyes, contra la seduccion del vicioso, y contra la tiranía del hipócrita!

El duque de Rothsay, cuyos virtuosos sentimientos se excitaban con la misma facilidad que se debilitaban, se halló electrizado por el entusiasmo con que acababa ella de hablar.

— Perdonad si os he alarmado, Catalina, le dijo él; teneis el alma muy noble para servir de juguete á un placer pasajero, y me reconozco equivocado en concebir este pensamiento. Aunque vuestro nacimiento fuese digno de la nobleza de vuestra alma y vuestra hermosura, no tengo un corazon que ofreceros;

porque solo por el homenaje del corazon se puede lograr uno como el vuestro. Pero se marchitaron mis esperanzas, Catalina; hanme arrebatado la única muger que yo amaba, por una política de capricho, y me han forzado á tomar otra como esposa, que siempre aborreceré, aun cuando tuviera ella la bondad y la dulzura que solas pueden hacer á una muger amable para mis ojos. Mi salud se desmoronó desde la juventud misma; ¿ qué es lo que me queda, sino el coger las pocas flores que se me pued en presentar en el corto paso de la vida á la muerte? Mirad mis megillas sonrosadas por la fiebre; tomadme si gustais el pulso intermitente y tened compasion de mí. Perdonadme si aquel, cuyos derechos como principe y como hombre han sido hollados y usurpados, experimenta de tiempo en tiempo cierta indiferencia con respecto á los derechos de los demás, dejándose llevar al egoista deseo del momento.

— ¡ O milor! exclamó Catalina con el entusiasmo propio de su genio, mi querido lor, diré, porque el heredero de Bruce debe ser

querido de todos los hijos de Escocia; ¡no os oiga yo hablar así, os lo suplico! El mas ilustre de vuestros predecesores sufrió el destierro, la persecucion, los males del hambre y los peligros de la guerra, por dar la libertad á su país; aprended á tomar el mismo imperio sobre vos mismo para daros vuestra propia libertad. Apartaos de los que procuran allanarse el camino de las grandezas fomentando vuestras debilidades. Desconfiad de Ramorny. Vos no le conocéis, estoy muy segura de ello; vos no podeis conocerle. El miserable que ha podido, para conseguir se precipite una doncella á la infamia, valerse de amenazas contra la vida de su anciano padre, es ya capaz de todo lo mas vil y mas traidor.

— ¿Ha hecho Ramorny tal amenaza? preguntó el principe.

— La hizo, milor, y no seria tan osado que lo pudiera negar.

— No lo olvidaré yo. Ya perdió mi amistad; mas él ha sufrido mucho por mí, yo debo ver sus servicios recompensados honoríficamente.

— ¡Sus servicios! ¡Ah, milor! Si las cróni-

cas no mienten, servicios como estos causaron la ruina de Troya, y la entrega de la España en poder de los infieles.

— ¡Silencio! muchacha; habla con tiento, dijo el principe haciendo un gesto con la mano. Nuestra conferencia está acabada.

— Dos palabras, duque de Rothsay, dijo Catalina con un tono animado, al paso que sus bellas facciones tomaban el aspecto de las de un angel que bajara del cielo para dar un aviso; yo no puedo decir lo que me impele para explicarme con tanto atrevimiento; pero yo siento en mi corazon la verdad como si fuera un fuego que me devora, y la diré sin remedio: — Huid de este castillo sin deteneros ni una hora; el aire que corre en él es para vos mal sano. Despedid á este Ramorny antes de diez minutos: su compañía es peligrosa.

— ¿Qué razon teneis para producir os así?

— Ninguna en particular, milor, respondió Catalina casi atemorizada de su atrevimiento; ninguna tal vez como no sea el temer se halle aquí comprometida vuestra seguridad.

— El heredero de Bruce no debe prestar oi-

dos á temores vagos, dijo el príncipe... ¡Ola! venga uno.

Ramorny entró y saludó al príncipe y aun á Catalina, tal vez considerándola como que iba probablemente á elevarse al rango de sultana favorita, y por consecuencia con derecho á respetuosos miramientos.

— Ramorny, dijo el príncipe, ¿hay en esta casa alguna muger de buena opinion, para que sirva de compañía á esta muchacha hasta que la enviemos donde guste?

— Si no os disgustais de oír la verdad, milor, yo diré ser este un género bastante raro en la casa de Vuestra Alteza: y, para no mentir, la cantora es lo que hay entre nosotros de mas decente.

— Sirvala pues de compañía, si no se halla otra mejor.... A Dios, muchacha; ten paciencia por algunas horas.

Catalina se retiró.

— Qué, milor, dijo Ramorny, ¿os separais tan pronto de la Linda Doncella de Perth! Eso es ciertamente abusar de la victoria.

— Aquí no hay ni victoria ni derrota, respondió el duque secamente. Esta muchacha no

me ama; y yo no la amo lo bastante para quitarla los escrúpulos.

— El casto Malcolm el Virgen ha renacido en uno de sus descendientes, dijo Ramorny.

— A lo menos por gracia, caballero, pedid treguas á vuestro ingenio, y valeos de otra materia para darle curso. Es medio día, segun creo; me obligareis dando orden que nos sirvan la comida.

Ramorny se retiró; pero Rothsay creyó haber notado en él una sonrisa. El estar expuesto á los sarcasmos de este hombre le costaba una repugnancia extraordinaria. Con todo eso le admitió á su mesa y concedió igual honor á Dwining. La conversacion no solo fué alegre sino que rayó en licencia, el príncipe mismo le daba este tono como si tratara de hacer olvidar la severidad de costumbres que habia manifestado por la mañana, y que Ramorny, como versado en las antiguas crónicas, tuvo el atrevimiento de comparar con la continencia de Escipion. ®

A pesar de la salud todavía delicada del duque de Rothsay, se dilató la comida sin nece-

sidad, y se olvidaron todas las leyes de la templanza. Fuese solo la fuerza del vino que habia bebido el príncipe, fuese á causa de lo debil de su constitucion, ó fuese que Dwining, lo que es mas probable, hubiese adulterado el último vaso de vino que bebió, el príncipe hacía el fin de la comida, cayó en una especie de letargo, del que no fué posible despertarle. Sir John Ramorny y Dwining le llevaron á su cuarto sin mas asistencia que la de una persona que se nombrará dentro de poco.

A la mañana siguiente se anunció estar el príncipe atacado de una enfermedad contagiosa, y para impedir se propagase por toda la casa, á nadie se admitió en su asistencia sino á su escudero mayor, su médico Dwining, y al individuo de quien va hecha mencion; uno de ellos parecia estar siempre en el cuarto, en tanto que los otros, por sus relaciones exteriores con el resto de la casa, observaban las precauciones que debian tomarse, para confirmar la opinion de hallarse peligrosamente atacado de una enfermedad contagiosa.

## CAPITULO XXXII.

En las noches fastidiosas  
Y pesadas del invierno,  
Sentado con viejos buenos,  
Si al fuego, cuentos y cosas  
Te contaren de los tiempos  
De calamidad y pena,  
Pasados una centena  
De años ó siglos luengos:  
Y antes de que les dieres  
Las buenas noches; pensando  
Aliviarles su cuidado  
Cuéntales como pudieres  
De la mi caída el caso  
Lamentable y desgraciado.  
SHAKSPEARE. *Richard II.*

El destino del imprudente heredero del trono de Escocia era muy distinto de lo que se suponía por lo general en lo interior del castillo de Falkland. Su ambicioso tio tenia resuelta su muerte, como medio el mas eficaz para destruir la primera y mas fuerte barrera entre su

sidad, y se olvidaron todas las leyes de la templanza. Fuese solo la fuerza del vino que habia bebido el príncipe, fuese á causa de lo debil de su constitucion, ó fuese que Dwining, lo que es mas probable, hubiese adulterado el último vaso de vino que bebió, el príncipe hacía el fin de la comida, cayó en una especie de letargo, del que no fué posible despertarle. Sir John Ramorny y Dwining le llevaron á su cuarto sin mas asistencia que la de una persona que se nombrará dentro de poco.

A la mañana siguiente se anunció estar el príncipe atacado de una enfermedad contagiosa, y para impedir se propagase por toda la casa, á nadie se admitió en su asistencia sino á su escudero mayor, su médico Dwining, y al individuo de quien va hecha mencion; uno de ellos parecia estar siempre en el cuarto, en tanto que los otros, por sus relaciones exteriores con el resto de la casa, observaban las precauciones que debian tomarse, para confirmar la opinion de hallarse peligrosamente atacado de una enfermedad contagiosa.

## CAPITULO XXXII.

En las noches fastidiosas  
Y pesadas del invierno,  
Sentado con viejos buenos,  
Si al fuego, cuentos y cosas  
Te contaren de los tiempos  
De calamidad y pena,  
Pasados una centena  
De años ó siglos luengos;  
Y antes de que les dieres  
Las buenas noches; pensando  
Aliviarles su cuidado  
Cuéntales como pudieres  
De la mi caída el caso  
Lamentable y desgraciado.  
SHAKSPEARE. *Richard II.*

El destino del imprudente heredero del trono de Escocia era muy distinto de lo que se suponía por lo general en lo interior del castillo de Falkland. Su ambicioso tio tenia resuelta su muerte, como medio el mas eficaz para destruir la primera y mas fuerte barrera entre su

familia y el trono. Jacobo, hijo segundo del rey, era entonces un niño del que podia deshacerse mas á su placer. Las miras ambiciosas que habia concebido Ramorny, así como tambien el resentimiento que desde poco tiempo tenia contra su amo, habian formado de él un agente de Albany, dispuesto á sacrificar al joven Rothsay; y la codicia de Dwining reunida con la malignidad de su alma, le dispusieron igualmente para el mismo designio. Habia resuelto con la crueldad calculada mas á sangre fria, el evitar quedase algun rastro de violencia, y el extinguirle la vida por la privacion de alimentos que debia destruir con prontitud una constitucion delicada y debil. No debia el príncipe de Escocia ser asesinado; sino, como se habia expresado Ramorny en otra ocasion, — debia solo cesar de existir.

Se habia escogido á propósito un cuarto en la torre de Falkland, destinándole para dormitorio del príncipe, como el mejor situado para la ejecucion del horrible proyecto. Habia una escalera estrecha y secreta, que por una trampa conducia á los calabozos subterráneos del

castillo, yendo despues por un pasadizo, que guiaba al señor feudal cuando queria visitar en secreto y disfrazado á los moradores de aquellas regiones, dedicadas al dolor y desesperacion. Por esta escalera bajaron los malvados al príncipe, sepultado en un letargo, al fondo de un calabozo, abierto tan á lo profundo de la tierra, que no se podian oír ni los gemidos ni los gritos del cautivo, al paso que la solidez de la puerta, de los goznes y cerradura, hubieran resistido por mucho tiempo á los esfuerzos hechos para derribarla en el caso mismo de que se hubiera llegado á descubrir la entrada. Bonthron, á quien se habia salvado de la horca para que tomase parte en este nuevo crimen, vino á ser el instrumento de Ramorny para ejecutar este acto de inaudita crueldad contra su amo á quien se hacia traicion.

Este miserable volvió á entrar en el calabozo precisamente cuando comenzaba el príncipe á salir de su letargo, y cuando, recobrando el sentido, se halló penetrado de un frio mortal, y cargado de cadenas que con dificultad le de-

jaban algun movimiento libre, tendido como estaba en paja húmeda; su primera idea fué parecerle hallarse en un horrible sueño, — la segunda le ofreció un presentimiento confuso de la verdad. — Llamó, gritó, dió alaridos frenéticos; pero nadie vino á socorrerle, respondiendo únicamente el eco de sus gritos en la bóveda. El agente infernal oyó estas exclamaciones de desesperacion, y se deleitó en ellas como por indemnizacion de los sarcasmos y reprensiones que le tenia hechas el príncipe, por consecuencia del odio que le inspiraba un impulso de instinto contra este malvado. Cuando el desgraciado joven fatigado, y perdiendo toda esperanza, guardó silencio, resolvió el bárbaro presentarse á vista de su prisionero; corrió los cerrojos, desenganchó la cadena y abrió la puerta. Rothsay se incorporó á proporcion que sus cadenas se lo permitian; un resplandor rojizo que se extendió por el calabozo, le hizo al principio cerrar los ojos, y cuando los abrió, fué para reconocer la figura salvaje de un ser que debía él pensar muerto; dejóse caer sobre la paja horrorizado.

— Juzgado estoy y condenado, exclamó él, y el mas abominable demonio enviado por el infierno ha venido para darme tormento.

— Yo vivo, milor, dijo Bonthron, y para que vos vivais y goceis de la vida, poneos sentado y tomad vuestro desayuno.

— Librame de estas cadenas, dijo el príncipe; sácame de este calabozo, y por mas criminal que seas, vendrás á ser el hombre mas rico de Escocia.

— Aunque me pesarais á oro vuestras cadenas, respondió Bonthron, quiero mas veros cargado con ellas, que poseer ese tesoro. — Pero mirad, gustabais de hacer buenas comidas, ved aquí la que os he preparado.

Al decir esto, el miserable con una risa diabólica tomó un paquete que llevaba debajo del brazo, y quitando un pedazo de cuero que le cubria, pasó varias veces sobre él la luz del velon que traia, mostrando al infeliz príncipe la cabeza de un buey recientemente cortada, lo que en Escocia estaba reconocido como una señal de muerte inevitable; la puso á los pies de la cama ó mas bien del

camastro en que se hallaba tendido el príncipe.

—Economizad bien esos viveres, añadió él, porque es probable se pase tiempo antes que tengais otra comida.

—Dime sola una cosa, miserable, dijo Rothsay: ¿sabe Ramorny del modo con que se me trata?

—¿Sin esto como te se hubiera engañado para venir aquí? respondió el asesino; ¡pobre babieca, tú te dejaste atrapar en el lazo!

Al decir esto, cerró la puerta, echó los cerrojos, y dejó la soledad y desesperacion al desgraciado príncipe.

— ¡O padre mio! ¡padre mio! exclamó él, tú ciertamente has sido profeta! El baston en que me apoyaba ha venido á ser un dardo.

No nos dilataremos en hablar de las horas y los dias que pasó hecho presa de todos los padecimientos y penas del cuerpo y el espíritu.

Mas no era la voluntad del Cielo se cometiera impunemente un crimen tan atroz.

Catalina Glover y la cantora, aunque desa-

tendidas y nada observadas por los habitantes del castillo, quienes no parecian ocuparse mas que de la situacion del príncipe, no pudieron sin embargo lograr el permiso de salir de él, antes que se viese como terminaba esta enfermedad alarmante, y si realmente era contagiosa. Obligadas á juntarse para servirse de compañía recíprocamente, vinieron á ser compañeras estas dos mugeres, ya que no amigas; y su union se hizo mas íntima, cuando Catalina supo que ella era puntualmente la cantora, por cuya causa Enrique habia caído en desgracia para con ella. Oyó con sumo placer el modo con que esta joven justificaba completamente á su protector, y le tributaba todos los elogios que su conducta merecia; por otra parte, Luisa que conocia la superioridad de la condicion y genio de Catalina, insistia voluntariamente sobre un asunto que parecia muy de su gusto, y ella probaba su reconocimiento para con el valiente armero, repitiendo muchas veces la cancion del *Gorro Azul*, que fué una cancion favorita por mucho tiempo en Escocia.

¡ O gorro azul siempre fiel, altivo,  
De tu palabra paladin y esclavo,  
De corazón por tu dama, tierno, vivo,  
Cual lanza firme en tu puño bravo!  
Haz que mi canto, según le concibo,  
Tenga carácter en todo sagrado;  
Pues por Europa ya no percibo  
Un gorro azul cual tú tan salado.

Blandiendo la lanza y alzando espada,  
De los caballeros he visto la flor.  
En Francia, por ello, bien ponderada,  
Todos de laurel con gracia y primor.  
La su belicosa frente ceñida,  
De los Bretones lo diestro he mirado.  
En disparar... No he visto en mi vida  
Un gorro azul cual tú tan salado.

En una palabra, aunque la profesión poco honrosa de la cantora hubiera sido para Catalina en cualquier otra circunstancia un motivo que la hubiera impedido hacerla voluntariamente su compañera, con todo eso, como estaba precisada á pasar con ella dias enteros, halló Luisa todas las atenciones de una humilde compañera.

Vivieron así cuatro ó cinco dias, y para evitar lo posible las miradas y tal vez la desconfianza de los criados, preparaban ellas mismas

la comida en su cuarto. No obstante, como era indispensable cierta relacion con las gentes de la casa, Luisa mas acostumbrada á buscar recursos, mas resuelta por hábito, y deseando dar gusto á Catalina, se encargaba voluntariamente de bajar á la oficina y de pedir al mayordomo lo necesario para su frugal comida, que preparaba ella despues con toda la destreza de su país.

Habia descendido Luisa con este intento el sexto dia poco antes de las doce, y el deseo de respirar un aire fresco, ó la esperanza de hallar algunas verduras con que hacer una ensalada, yerbas ó flores tempranas para poner sobre la mesa, la condujo al jardinillo dependencia del castillo. Volvió al cuarto que habitaban en la torre pálida como la muerte, y agitada como la hoja del álamo temblon. Comunicóse su terror inmediatamente á Catalina, quien apenas tuvo ánimo para preguntarla qué nueva desgracia acababa de suceder.

— ¿Ha muerto el duque de Rothsay?

— ¡Peor! le matan de hambre.

— ¡Qué locura, Luisa!

— ¡No! ¡no! ¡no! ¡no! exclamó Luisa, sin poder apenas respirar, hablando bajo, y tan aprisa que con trabajo podía percibir Catalina lo que decía. Buscaba yo algunas flores para poner sobre la mesa porque ayer me habiais dicho gustabais de ellas. Mi pobre perrillo entró en un matorral de tejos y acebos que habia entre las ruinas viejas cerca de la pared del castillo, y se vino á mí ahullando en tono lamentable; adelantéme para saber la causa, y oí un gemido como si alguno se hallara ya muy á los últimos, pero tan debil que parecia salir del centro de la tierra. En fin advertí salida de una hendidura que habia en la pared cubierta de yedra, y luego que apliqué el oído reconocí distintamente la voz del príncipe que decía: — Esto no puede ya durar mucho tiempo; — y entonces me pareció que rezaba.

— ¡Justo cielo! y ¿le habeis hablado?

— Yo le dije: — ¿sois vos, milor? y él respondió: — ¿Quién me da ese nombre por escarnio? Le pregunté como podia ayudarle; y él me respondió con un tono de voz que jamás olvidaré: — ¡Alimento, me muero de hambre!

— Yo he venido al instante para daros parte de todo. ¿Qué se debe hacer? ¿pondremos la casa en alarma?

— ¡Ah! en lugar de socorrerle, seria esto tal vez acelerar su muerte.

— ¿Pues, qué haremos?

— Todavía no sé nada, respondió Catalina, pronta y atrevida en las ocasiones importantes, aunque con menos destreza que su compañera para encontrar arbitrios en las ordinarias; todavía no sé nada, pero haremos algo. Un descendiente de Bruce no perecerá por falta de socorros.

Al decir esto tomó la olla que tenia el caldo y la carne con que se habia hecho, envolvió en un pico de su capote algunas tortas delgadas, que habia hecho y cocido en el rescoldo, y haciendo seña para que la siguiera su compañera con una jarrita de leche, parte de sus provisiones, tomó á toda prisa el camino del jardín.

— ¡Oh! ¡oh! nuestra bella vestal ha salido de su cuarto; dijo un criado, la sola persona que halló; pero Catalina no se detuvo, ni le respondió, y llegó al jardín sin mas interrupcion.

Luisa le mostró un monton de escombros cubiertos de zarzas, que crecian cerca de la pared del castillo. Probablemente eran restos de algun edificio voladizo que se juntaba en otro tiempo con el castillo, y en el que terminaba la estrecha abertura en comunicacion con el calabozo, sin duda para darle ventilacion. El tiempo y el mal estado de la pared habian ensanchado un poco esta hendidura, de modo que dejaba penetrar á lo interior un debil rayo de luz, aunque los que entraban en él con hachas encendidas no podian advertirla.

— ¡Este es el silencio de la muerte! dijo Catalina despues de haber escuchado atentamente un poco. ¡Justo cielo! ¡Ya no vive!

— Es necesario arriesgarse alguna cosa, dijo Luisa pasando de pronto los dedos por las cuerdas de su instrumento.

Un suspiro fué la sola respuesta que salió de lo profundo del calabozo.

Catalina entonces se atrevió á hablar: — Aquí estoy yo, milor, aquí estoy yo que vengo á traeros alimento.

— ¡Ah Ramorny! esta chanza cruel viene demasiado tarde, yo me muero.

— Su juicio está trastornado, dijo para sí Catalina, nada hay menos extraño. Pero en tanto que resta vida, aun hay esperanza.

— Soy yo, milor, es Catalina Glover. Os traigo alimento; pero no sé como hacérosle tomar.

— El Cielo te bendiga. Yo creía ya mis tormentos acabados, pero los siento que renacen oyendo hablar de alimento.

— Yo os le traigo, milor: pero ¿cómo podré yo hacer que le podais alcanzar? ¡Es tan estrecha la abertura! ¡La pared tan gruesa! ¡Ah! ya sé como. Si, pronto, Luisa, córteme un ramo de sauce la mas larga que se halle.

La cantora obedeció al momento, y habiendo Catalina rajado la extremidad gruesa de la rama, envió al príncipe por este medio las tortas que habia traído, y que habia mojado en el caldo con el intento de que le sirvieran á la vez de alimento y de bebida.

Comió poco y con dificultad el desgraciado príncipe; pero invocó todas las bendiciones del

Cielo en favor de quien le habia traído este socorro.

— Yo quise haceros víctima de mis vicios, dijo él, y vos sois quien procurais salvarme la vida. Pero retiraos y cuidado con que os vean.

— Yo os traeré alimento cuando se me proporcione coyuntura, dijo Catalina. Pero á este tiempo la dijo Luisa, tirándola por la manga, que guardara silencio y que se ocultase.

Escondiéronse ambas detrás de las ruinas, y oyeron á Ramorny y Dwining que conversaban, y se paseaban por el jardín.

— Es mas fuerte de lo que yo pensaba, dijo el primero á media voz. ¿Cuánto tiempo resistió Dalvolsey cuando el caballero de Liddsdale le tuvo encerrado en el castillo de la Ermita?

— Quince dias, respondió Dwining; pero era un hombre robusto, y halló algun socorro en el grano que caía de un granero situado encima de su prision.

— ¿No valdria mas acabar este negocio por un medio mas pronto? Douglas el Negro viene

hácia esta parte. Él no está en el secreto de Albany; dirá que quiere ver al principe: es preciso pues, que todo esté ya concluido cuando llegue. Alejáronse continuando esta conversacion espantosa.

— Ahora vámonos al patio, dijo Catalina á su compañera, cuando vió que habian ellos salido del jardín. Yo habia formado el plan de escaparme, lo que haré por salvar al principe. La lechera viene ordinariamente á la hora de visperas y acostumbra dejar su capote en el pasillo para ir á llevar la leche á la oficina. Tomad pues esta misma capa y ponéosla, presentaos despues con serenidad á la puerta. El portero casi siempre está borracho á estas horas; ós tendrá por la lechera, y si teneis un poço de firmeza pasareis la puerta y el puente levadizo sin que piense deteneros. Vamos, id en busca de Douglas, porque este es el socorro mas pronto, el único socorro que podemos esperar.

— Pero ¿no es este el mismo señor que me tiene amenazada con un castigo vergonzoso?

— Creedme, Luisa, seras tales como vos y

como yo no permanecen una hora en la memoria de Douglas ni para bueno ni para malo. Decidle que su yerno, el príncipe de Escocia muere en el castillo de Falkland, que muere con una muerte lenta causada por el hambre. Alcanzareis de él no solo el perdon sino tambien un premio.

— No miro yo mucho la recompensa. Una accion buena trae consigo misma el premio. Pero me parece mas peligroso quedarse aqui que partir. Yo seré quien se quede, tomaré á mi cuidado alimentar al príncipe desgraciado, y vos ireis en busca de socorro. Si me matan antes de que volvais, ahí os queda mi gaita, y encargaos de dar de comer á mi pobre Carlote.

— No, Luisa, vos sois una viajante mas privilegiada y experimentada que yo. Vos partireis, y si á vuestra vuelta me hallais muerta, lo que no es imposible, llevad á mi pobre padre este anillo y este rizo de mis cabellos, y decidle que ha muerto Catalina trabajando por salvar la sangre de Bruce. Dad tambien estotro rizo á Enrique, diciéndole que Catalina le ha

tenido presente hasta el último instante de su vida, y que si la juzga muy escrupulosa, en cuanto á la efusion de sangre de los demás, él mismo verá que no lo hacia por el gran precio en que tenia la suya.

Abrazáronse sollozando, y pasaron el resto del dia hasta por la tarde en discurrir medios mejores para dar el alimento al preso, y en hacer un tubo con cañas que entraran unas en otras para que pudiera tomar los líquidos. Al fin la campana del lugar de Falkland tocó á visperas. La lechera llegó con sus cántaros para traer la provision ordinaria de leche, y para contar ó saber las novedades que corrian. Luego que hubo entrado ella en la oficina, echándose de nuevo Luisa en los brazos de Catalina, y asegurándola de su inviolable fidelidad, bajó con silencio la escalera llevando su perrito debajo del brazo. Catalina, que apenas podía respirar, la vió pasar un momento despues muy sosegada por el puente levadizo, y arropada con el capote de la lechera.

— Digo, ¡May Brigida! dijo en alta voz el portero ¡muy pronto se va vm. esta tarde! Ya

no se gastan fiestas en la oficina, ¿no es verdad? Alegría y enfermedad no hacen buenas parias.

— Se me han olvidado las tarjas, respondió la provenzal con una presencia de ánimo admirable, voy á buscarlas y vuelvo en menos que se desnata un tarrillo de leche.

Y continuó su camino, no quiso pasar por el lugar de Falkland, y tomó una sendilla que atravesaba el parque. Catalina respiró con mas libertad, y dió gracias á Dios cuando la vió desaparecer á lo lejos. Pasó sin embargo con alguna inquietud una hora, que tardó en advertirse la huida de Luisa; lo que sucedió tan pronto como la lechera, despues de haber tardado una hora en hacer lo que pudiera concluir en diez minutos, descubrió, cuando trataba de marcharse, que le faltaba su capote de frisa parda. Buscóse inmediatamente con todo cuidado, y en fin las criadas de la casa se acordaron de la cantora, y comenzaron á sospechar que tal vez habia querido cambiar un capote viejo por uno nuevo. Preguntaron al portero, quien dió y sostuvo que habia visto partir á

la lechera poco despues de visperas, y presentándosele ella misma para desmentirle, no tuvo otra excusa que dar, sino que habia tomado el diablo su figura.

Sin embargo como se buscó á la cantora por toda la casa y no se la pudo hallar, fué facil adivinar la verdad; y el intendente fué á decir á sir John Ramorny y á Dwining, entonces poco menos que inseparables, como una de sus dos cautivas se habia escapado. La menor cosa excita sospechas en los criminales. Miráronse uno á otro consternados, y fueron juntos inmediatamente al cuarto de Catalina, con el fin de sorprenderla todo lo posible, y de preguntarla sobre el hecho de haber desaparecido Luisa.

— ¿Dónde está vuestra compañera, joven? dijo Ramorny con severidad.

— Yo no tengo aquí compañera, respondió Catalina.

— ¡Nada de chanzas! replicó el caballero. Hablo de la cantora que vivia con vos en este cuarto.

— Se ha ido, según dicen, respondió Ca-

talina, salió hace poco menos de una hora.

— ¿Y dónde ha ido? preguntó Dwining.

— ¿Cómo podré yo saber hácia donde puede dirigir sus pasos una muger errante de profesion? respondió Catalina. Sin duda estaba fastidiada de vivir en vida solitaria tan distinta de la que le ofrecen las danzas, los festines y todas las escenas divertidas, que le ocasiona su oficio. Se ha marchado, y lo que yo mas extraño es que haya estado aqui tanto tiempo.

— ¿Y todo eso es lo que teneis que decirme?

— Todo lo que tengo que deciros, sir John, respondió con firmeza Catalina; y si el príncipe mismo me preguntara, no podría decirle mas.

— No corre peligro que él os haga el honor de hablaros en persona, dijo Ramorny, aun cuando no tuviera la Escocia la desgracia de perderle.

— ¿Tan malo está el duque de Rothsay, preguntó Catalina.

— No tiene otro recurso que el del Cielo, respondió Ramorny levantando los ojos al techo.

— En ese caso, ¡quiera el Cielo darle su auxilio, dijo Catalina, si los humanos no alcanzan!

— ¡Amen! dijo Ramorny con una gravedad imperturbable, en tanto que Dwining procuraba dar á su fisonomia la misma gravedad; pero se hubiera dicho que no sin mucho trabajo lograba reprimir su aire de triunfo maligno, y aquella sonrisa irónica que se manifestaba en su rostro al oír un discurso que pareciera religioso.

— ¡Y son estos hombres habitantes de la tierra, y no demonios encarnados; decia en su interior Catalina en tanto que los dos inquisidores, fallidos en su esperanza, salian del cuarto, despues de haber apelado de este modo al Cielo, cuando bebian gota á gota la sangre de su mal afortunado señor! — ¿Cómo es que no cae un rayo? Pero antes de poco retumbará el trueno; quiera Dios que sea para salvar y castigar.

La hora de la comida ofreció un solo momento en que, ocupándose todos los del castillo en comer, Catalina creyó esta ocasion la

mas oportuna para ir hácia la tronera del catabozo del principe sin arriesgarse á que la vieran. Cuando esperaba llegase esta hora, notó algun movimiento en el castillo, donde habia reinado un silencio sepulcral desde la prision del duque de Rothsay. Oia subir y bajar el rastro, juntándose a este ruido el de los pies de los caballos, de los hombres de armas que tan pronto salian del castillo como volvian á él con los caballos echando espuma. Vió tambien armados todos los hombres, que se le presentaban por acaso. Todas estas circunstancias aceleraban el movimiento de su corazon, que ya sentia moverse precipitadamente; porque inferia estar cerca el socorro; y por otra parte esta especie de agitacion general habia retirado del jardinillo toda la gente, dejándole mas libre y solitario que nunca. Llegó por fin la hora de comer. Bajo pretexto de proveer á sus primeras necesidades, para cuyo socorro parecia bien dispuesto el intendente, habia ella cuidado de tomar de la oficina los alimentos que le parecian mas fáciles de pasar á las manos del infeliz preso. Fué hácia las ruinas; dijo algu-

nas palabras en voz baja para que supiese de su llegada. No tuvo respuesta. Habló mas alto, y continuó el mismo silencio. Está dormido; dijo á media voz, y se halló asaltada de un susto, de un temor que la hizo dar un grito, al oír detrás de si una voz que respondió:

— Está dormido para nunca despertar.

Volvió la cabeza y vió á sir John Ramorny armado de pies á cabeza, y levantada la visera; parecia mas bien un moribundo que un caballero preparado para el combate. Pronunció él estas palabras con un tono de gravedad, que tenia como un medio término entre el propio de un observador apático de un acontecimiento importante, y entre el del agente mismo de la catástrofe.

— Catalina, continuó Ramorny, lo que os digo es una verdad. Él ha muerto; vos habeis hecho por él cuanto habeis podido, ya no podeis hacer mas.

— Yo no puedo ni quiero creerlo, dijo Catalina. ; El Cielo me ampare! El pensar ha podido consumarse un delito tan atroz, seria dudar de la Providencia.

— No se debe dudar de la Providencia, Catalina, por haber permitido que un hombre tan depravado haya sucumbido victima de sus propios vicios. Venid conmigo que debo deciros cosas que importan. Venid conmigo, vuelvo á decir, añadió Ramorny viendo que ella vacilaba, si no quereis quedar á discrecion del bruto Bonthron, ó del médico Henbane Dwining.

— Seguiros he, dijo Catalina; vos no podeis hacerme mas daño de lo que permita el Cielo.

Hízola volver á entrar en la torre, y despues subir escaleras y mas escaleras.

Faltóle á Catalina el ánimo.

— No paso de aquí dijo ella; ¿ dónde me quereis llevar? si es á morir, lo mismo puedo morir aquí.

— Os llevo nada mas que á las murallas, loca; respondió Ramorny abriendo una puerta que comunicaba con la plataforma de la torre, donde los soldados preparaban los mangonelles (como llamaban entonces á las máquinas de guerra con que lanzaban dardos ó piedras), disponian las ballestas y apilaban piedras

gruesas. Mas los defensores del castillo no pasaban de veinte, y Catalina pensaba notar en ellos sintomas de duda y de poca resolucion.

— Catalina, dijo Ramorny, yo no debo abandonar este puesto del que pende la defensa del castillo, pero puedo hablaros aquí, como en cualquier otra parte.

— Podeis hablar, que ya os oigo.

— Vos habeis procurado saber un secreto cuyo conocimiento puede seros muy peligroso; ¿ teneis toda la firmeza necesaria para guardarle?

— No os comprendo, sir John.

— Me comprendeis y sabeis que yo he hecho perecer... asesinar, si así lo quereis, á mi antiguo amo el duque de Rothsay. No ha sido difícil apagar la chispa de vitalidad que habiais procurado conservar. Lo último que habló fué para llamar á su padre.— ¡Desmayais!— pues armaos de valor, que aun teneis que oír otra cosa. Sabeis muy bien el crimen, pero no las causas que le han provocado. ¡Mirad! esta manopla está vacía; yo he perdido esta mano en servicio suyo, y cuando ya me reconoció en estado de no po-

der servirle mas, me ha echado lejos de si, como si fuera un perro cojo, que ya no puede perseguir la caza; esta pérdida cruel ha venido á ser para él materia de sarcasmos, y me ha recomendado el claustro en lugar de las tertulias y placeres que eran cosa de mi natural esfera. Considerad esto, sin duda me compadecereis y me ayudareis.

— ¿Para qué teneis necesidad de que os ayude? preguntó Catalina temblando de alto abajo; ni yo puedo reparar vuestra pérdida ni menos estorbar que se haya cometido el crimen.

— Pero podeis guardar silencio sobre todo lo que habeis visto y oido en el jardin. Yo no os pido mas que el olvido, porque sé que serán creidas vuestras palabras, tanto si decis lo que ha pasado, como si lo negais. En cuanto á la deposicion de la compañera, de esa extranjerá viajante no pesara lo que la cabeza de un alfiler. Si me concedeis lo que os pido, vuestra palabra será toda mi garantía, y abriré la puerta de este castillo á los que llegan en este momento. Si no me prometeis el silencio, yo le defenderé hasta que no quede un hombre

vivo en las murallas, y os arrojaré desde lo alto de este parapeto. Si, examinad su altura, que no es un salto muy facil de dar, siete escaleras habeis subido para llegar aquí fatigada y sin aliento; pero bajareis en menos tiempo que necesitais para dar un suspiro. Hablad pues, la Linda Doncella, y sabed que tratais con un hombre muy ageno de querer haceros ningun daño, pero cuya resolucion está ya tomada.

Catalina toda espantada no se sentia con fuerza para responder á un hombre que parecia desesperado; pero la llegada de Dwining le libró de la precision de hacerlo. Acercóse al caballero con aquel aire de humildad que le era familiar; y con una sonrisa irónica mal disfrazada, que desmentia sus modales, dijo:

— Hice mal, noble caballero, en presentarme ante Vuestra Valentía, cuando estabais ocupado con una bella señorita; pero tengo una pregunta que haceros acerca de una friolera. ®

— ¡Habla, verdugo! Las malas nuevas son una diversion para tí, aun cuando te amenacen

ellas mismas, con tal que lo hagan tambien á otros.

— ¡Eh! eh! eh! Solo quisiera saber si Vuestra Señoría tiene intencion de tomar la tarea de defender con el auxilio de su sola mano este castillo. Perdone Vuestra Señoría, con el auxilio de su solo brazo, quise decir. La pregunta no deja de tener interés, porque yo no puedo ayudar sino muy poco, á no ser que podais persuadir á los sitiadores á que tomen algun remedio. ¡Eh! eh! eh! Bonthron está tan borracho como es posible estarlo á fuerza de cerveza y aguardiente, y él, vos y yo somos por junto los que completamos el total de la guarnicion del castillo, dispuesta para oponer resistencia.

— ¡Cómo! ¿No se batirán esos otros perros?

— Jamás he visto á nadie mostrar mas debil veleidad. Pero mirad aquí teneis dos. *Venit summa dies.* ¡Eh! eh! eh!

Eviot y Bunclé se aproximaron con un aire de resolucion sombría, como hombres que habian tomado el partido de resistirse contra una autoridad á que por largo tiempo habian obedecido.

— ¡Cómo va eso! exclamó Ramorny saliendo al encuentro; ¿por qué habeis abandonado el puesto? ¿Por qué has desamparado el reducto, Eviot? Y tú bribon, ¿no te habia yo mandado cuidar de los mangoneles?

— Tenemos una palabra que deciros, sir John Ramorny, respondió Eviot; y es que nosotros no queremos pelear por esta causa.

— ¡Qué! ¿mis escuderos quieren ponerme la ley!

— Nosotros éramos escuderos vuestros, pages vuestros, sir John, cuando erais escudero mayor en la casa del duque de Rothsay. Corre un rumor de que ha cesado de vivir el duque: deseamos saber la verdad.

— ¿Quién es el traidor que se atreve á propagar tales mentiras? preguntó Ramorny.

— Todos los que han salido del castillo para salir á la descubierta y yo, entre otros, hemos traído la misma noticia. La cantora que se huyó ayer ha esparcido por todas partes el rumor de que el duque de Rothsay ha sido asesinado, ú que se halla muy próximo á serlo. Douglas llega con una fuerza respetable y.....

— Y vosotros quereis serviros de un rumor falso para hacer traicion á vuestro amo, ¡qué cobardes sois! exclamó Ramorny con indignacion.

— Sir John, dijo Eviot, convenid en que Bunce y yo veamos al duque de Rothsay, y que recibamos de él directamente sus órdenes, pues siendo así, yo consiento en que se me cuelgue de la torre mas alta del castillo, si no le defendemos hasta morir. — Si ha muerto de su muerte natural, abriremos el castillo al conde de Douglas que, dicen, es Lugarteniente del reino. — Pero si, lo que Dios no permita, fué asesinado el noble príncipe, no nos haremos culpables participando de la criminalidad de sus asesinos, sean los que fueren, haciendo por ellos una defensa.

— Eviot, dijo Ramorny levantando el brazo mutilado, si no estuviera vacia esta manopla, no hubieras vivido el tiempo preciso para pronunciar dos palabras de ese discurso insolente.

— Eso no importa, replicó el page, nosotros no hacemos mas que nuestro deber. Os he se-

guido ya bastante tiempo, pero ahora yo soy quien tira la brida.

— A Dios pues, y ¡malditos seais todos! exclamó el caballero enfurecido. Que me apronten un caballo.

— Su Valentia trata de apelar al unto de soleta, dijo Dwining á Catalina habiéndosele acercado sin que ella lo hubiera echado de ver. Catalina, sois una loca supersticiosa, como la mayor parte de las mugeres; pero con todo no careceis de talento, y os hablo como á un ser dotado de mas inteligencia que ese rebaño de búfalos que tenemos á la vista. — Esos soberbios barones que dominan el mundo, ¿qué son ellos en el dia de la calamidad? Paja de avena que se lleva el viento. — Sean en buena hora sus manos capaces de golpear como el martillo, y sean sus piernas robustas como columnas; pero si experimentan algun contratiempo, á Dios mis valientes hombres de armas; el ánimo y el valor son para ellos de ningun precio, y los miembros y agilidad es lo que mas estiman. — Déseles la fuerza animal, son toros furiosos. — Priveseles de ella,

y ya los tales heroes de la caballería no son mas que caballos que tienen los corvejones cortados. No sucede lo mismo con el sabio. Mientras quede un grano de buen juicio en su cuerpo mutilado y magullado, su talento se mantiene tan cabal como siempre. — Catalina, yo pensaba esta mañana en malaros, pero me parece no debo sentir me alcanceis en días, para que podais decir como supo sufrir su destino el pobre boticario, el dorador de pildoras, el majadrogas y el vendevenenos, en compañía del noble caballero de Ramorny, baron de hecho, y con esperanzas de ser conde de Lindores, cuya señoría Dios guarde muchos años.

— Anciano, dijo Catalina, si estais realmente tan cerca de padecer el destino que tenéis merecido, mejor os convendrian otros pensamientos que la gloria fútil de una filosofía vana. — Pedid que os traigan un santo varon que....

— Si, replicó Dwining con desprecio, que recurra yo á un fraile mugriento que... ¡eh ¡eh ¡eh!... que no comprende el latin bárbaro que

pronuncia por rutina. ¿Qué consejero tan excelente para un hombre, que como yo, estudió en España y en Arabia! No, Catalina, yo escogeré un confesor á quien pueda mirar con gusto y vos sereis la que tendrá tan honroso encargo. — Tended ahora la vista sobre Su Valentia. El sudor le gotea de las cejas, — le tiemblan los labios de miedo....; porque Su Valentia.... ¡eh ¡eh ¡eh!... pleitea por su vida ante los criados, y no tiene toda la elocuencia necesaria para reducirlos á que le permitan escaparse. — Mirad como se agitan los músculos de su fisonomía, en tanto que suplica sin fruto á esos brutos ingratos, que tantas obligaciones le deben, para que le concedieran el salvar su vida corriendo el mismo riesgo que la liebre perseguida por los galgos. Mirad tambien el aire sombrío y resuelto con que los traidores rehusan cabizbajos á su pobre amo este último recurso, y como combatidos del temor y la vergüenza. — Esos entes viles se creen á pesar de todo superiores á un hombre como yo; y vos, loca ¡habeis llegado á formar una idea tan baja de vuestro Dios, como suponer que unos misera-

bles como esos pueden ser obra de su omnipotencia!

— No, espíritu maligno, exclamó con vehemencia Catalina, el Dios que yo adoro, dotó á esos hombres, al criarlos, de las facultades necesarias para conocerle, adorarle y amarle, así como para defender á sus semejantes, para vivir santamente y practicar todas las virtudes. Sus vicios y las tentaciones del mal espíritu los han vuelto lo que son. ¡Oh! ¡si fuera capaz esta lección de hacer alguna mella en vuestro corazón de mármol! Os ha dado Dios más conocimientos que á los demás, y una vista capaz de penetrar hasta lo más secreto de la naturaleza, un alma inteligente, una mano diestra; pero la soberbia llegó á envenenar dones tan preciosos, y formó de vos un ateo impío, cuando pudierais haber sido un sabio cristiano.

— ¿Ateo, decís? respondió Dwining, es muy posible tenga yo algunas dudas sobre tal materia, pero bien pronto se aclararán todas. Ya veo yo llegar á cierto sugeto, que me enviará donde tiene ya enviados á muchos otros, á un

parage quiero decir, donde se patentizarán todos los misterios.

Siguieron los ojos de Catalina la dirección indicada por los del boticario, hácia un claro de la floresta, y vió en ella un cuerpo numeroso de caballeros que se acercaba á todo galope. Traían al centro una bandera desplegada, y aunque Catalina no pudo ver las armas bordadas, el murmullo que se oyó entre ellos le dió á conocer era la de Douglas el Negro. Paráronse al tiro de ballesta, y un heraldo, seguido de dos trompetas, se acercó á la puerta, y habiendo estos tocado sus instrumentos, pidió se abriera al noble y poderoso señor Archibaldo conde de Douglas, lugarteniente-general del reino, con plenos poderes de Su Magestad, y quien por lo mismo mandaba á la guarnición del castillo rendir las armas, bajo la pena de alta traición.

— ¿Lo entendéis? dijo Eviot á Ramorny, que aun estaba sombrío é indeciso, dad la orden de que se rinda el castillo, ¿será preciso que yo...?

— ¡No, gran picaro! exclamó el caballero,

que yo he de mandar hasta el último instante.

— Abranse las puertas, levántense los rastrillos, bájense los puentes y ríndase el castillo á Douglas.

— Esto es lo que se puede llamar la mas excelente prueba del libre albedrío, dijo Dwining. Es lo mismo que si estos dos instrumentos de cobre, que acabamos de oír, dijieran suyos los sonidos que les han hecho producir dos soldados roneos.

— ¡Anciano desgraciado, dijo Catalina, ó callad, ó dirigid vuestros pensamientos á la eternidad donde vais á entrar antes de poco.

— ¡Y qué os importa? respondió Dwining. No podeis menos de oír lo que os digo, y no dejareis de publicarlo despues, porque esto es lo que no puede menos de hacer una muger.

Perth y toda la Escocia sabrán el hombre que han perdido en Henbane Dwining.

El ruido de las armaduras anunció que los recién venidos de á caballo echaban pie á tierra, habian entrado en el castillo, y que habian desarmado su corta guarnición. El mismo Douglas se presentó en las murallas con algunos

de los suyos, y les hizo seña para que se apoderasen de Ramorny y de Dwining. Otros trajeron ante él á Bonthron habiéndole hallado en un rincon, abismado en el estupor de la embriaguez.

— ¿Son estos los únicos hombres que han estado al lado del príncipe durante su supuesta enfermedad? preguntó Douglas continuando la información que comenzó al entrar en el pórtico del castillo.

— Nadie mas le ha visto, respondió Eviot, sin embargo de que yo me habia ofrecido á servirle.

— Llévanos al cuarto del duque, y que lleven allí los presos. También debe haber aquí una muger, si es que no la han asesinado ú despédido; la compañera de la cantora, que dió la primer alarma.

— Aquí está, milor, dijo Eviot haciendo que Catalina se adelantase hácia el conde.

Su hermosura y agitación hicieron alguna impresión aun en el insensible Douglas.

— No temas nada, doncella, le dijo él, tú has merecido elogios y premios. — Dime como si

estuvieras confesando, todo lo que has visto en el castillo.

Catalina contó en muy pocas palabras lo que sabia de la historia lastimera.

— Esto se acuerda punto por punto con lo que dice la cantora, dijo Douglas. Ahora vamos al cuarto del príncipe.

Fueron al cuarto en que se suponía habitara el infeliz príncipe; pero no habiendo podido hallar la llave, se vió Douglas precisado á mandar echar la puerta abajo. Luego que entraron, vieron los restos descarnados del príncipe, que daban á conocer se habían puesto de prisa en la cama. Sin embargo se manifestaba por algunos preparativos que los asesinos habían tenido el designio de acomodar el cuerpo de modo que tuviera el cadáver trazas de muerte natural; pero se habían aturdido con la evasión de Luisa. Fijó Douglas la vista en los restos del joven príncipe conducido por sus caprichos y desordenadas pasiones á un fin tan prematuro y á una catástrofe tan lastimosa.

— Algunas injurias tenia de que vengarme,

dijo él, pero á vista de tal espectáculo ¡cómo es posible acordarse de ellas!

— ¡Eh! eh! eh! Se hubieran arreglado las cosas mas al gusto de Vuestra Omnipotencia, dijo Dwining, pero llegasteis muy de pronto, y un amo muy apresurado siempre está mal servido.

Al parecer, Douglas no entendió lo que decía su preso, por estar muy ocupado en mirar las maltratadas facciones y los miembros descarnados del cadáver que tenia presente. Catalina, no hallándose ya en estado de sufrir por mas tiempo semejante objeto, y casi á punto de desmayarse, pidió licencia para salirse del cuarto y se le concedió. Logró llegar al suyo en medio de la confusion que reinaba en el castillo, y halló en él á Luisa que habiendo venido trás la comitiva del conde la estrechó entre los brazos.

Con todo eso Douglas continuó haciendo su informe. Se halló en el puño del príncipe una melena de pelo perfectamente parecido en el color y aspereza á las crines negras de Bonthron. Así pues aunque comenzó el hambre esta

obra mortífera, parecía que un acto de violencia puso fin á los días de Rothsay. La escalera secreta que daba paso al calabozo, cuyas llaves colgaban de la cintura del asesino subalterno; — la situación de este calabozo; — la hendidura del muro cerca del monton de ruinas; — el miserable camastro de paja, y las cadenas que habían quedado allí, eran otras tantas pruebas de la verdad en favor de las declaraciones de Catalina y de Luisa.

— No vacilaremos un momento, dijo Douglas á su pariente cercano, lor Balveny, luego que hubieron salido del calabozo. ¡Que traigan á los asesinos y los ahorquen de lo alto de la torre!

— Pero, milor, siempre seria conducente observar alguna forma de juicio, respondió Balveny.

— ¿Para qué? dijo Douglas. Los he cogido con las manos en la masa, y yo puedo hacerme cargo de ordenar su ejecucion. — Veamos por un momento. — ¿No hay entre nuestra tropa algunos hombres de Jedwood?

— No nos faltan ni Turnbills, ni Ruther-

fords, ni Ainslies, etc.; respondió lor Balveny.

— Y bien, replicó el conde, encargadles que hagan una sumaria. Son hombres de lealtad conocida, brava gente, á excepcion de que hacen un poco de todo para vivir. Haz ahorcar á esos malvados, en tanto que yo formo un tribunal de justicia en la sala grande, y veremos quien acaba antes, si el jurado ú el mariscal preboste. — Haremos justicia á la Jedwood: ¡Ahorca de prisa y juzga despacio!

— Oidme un instante, milor, exclamó Ramorny. Podreis arrepentiros de vuestra precipitacion. — ¿Me permitís deciros una palabra en particular?

— No por el mundo entero, exclamó Douglas. Di en alta voz lo que tengas que decir, y á presencia de cuantos están aqui.

— Sabed pues todos, dijo Ramorny, en alta voz que este noble conde había recibido del duque de Albany, y de mi parte, por mano de este traidor, de este cobarde Buncle, — niéguelo si puede, — cartas aconsejando separar por algun tiempo de la corte al duque de Roth-

say, y tenerle retirado en este castillo de Falkland.

— Pero no decían esas cartas una palabra en cuanto á ponerle en un calabozo; — de hacerle morir de hambre, — de ahogarle; replicó Douglas con una sonrisa grave. — Lleva pronto á esos malvados, Balveny; bastante han infectado ya el aire que Dios nos concede respirar.

Condujeron los presos á lo alto de la torre. Pero en tanto que se preparaba lo necesario para la ejecucion, el boticario expresó un deseo tan vehemente, para el bien de su alma, decia él, de volver á ver á Catalina, que ella consintió en subir á la plataforma, y presenciar una escena, contra la cual su corazon se resistia; pero se resolvió á ello con la esperanza de que la dureza de Dwining habia dado lugar á otros mejores sentimientos al ver se acercaba el fin de su vida. Una sola mirada le hizo ver á Bonthron sumergido en el letargo mas completo que la embriaguez pudiera causar; Ramorny despojado de su armadura, buscando en vano el ocultar su temor, y conversando

con un clérigo, cuyo socorro habia él pedido; y Dwining, con el mismo aire de humildad baja y rastrera con que siempre le habia conocido. Tenia en la mano una plumita de plata, con la que acababa de escribir algunas palabras en un pergamino.

— Catalina, dijo él, yo deseo... ¡eh! ¡eh! ¡eh!... hablaros de la especie de mi fe religiosa.

— Si tal es vuestro deseo, ¿por qué perder conmigo estos instantes tan preciosos? — Hablad con ese buen padre.

— Ese buen padre es ya .... ¡eh! ¡eh! ¡eh!.... un adorador de la divinidad, á quien yo he servido. Yo quiero pues que tenga el altar de mi idolo una nueva adoradora en vos, Catalina. Este escrito os dirá del modo que podeis entrar en mi capilla, donde tantas veces he ofrecido yo mis homenages con seguridad al Dios que yo me he formado. Os dejo á título de legados todas las imágenes que hay en él solamente porque os aborrezco y desprecio algo menos que á esas miserables y absurdas criaturas, á quienes he tenido por fuerza que llamar mis semejantes. — Y ahora, retiraos, ó

mas bien quedaos, y vereis como el fin del charlatan no desmiente á su vida.

— ¡No lo permita Nuestra Señoral dijo Catalina.

— Ahora no tengo mas que decir, replicó Dwining, sino una sola palabra, y este noble lor puede oirla si bien le parece.

Lor Balveny se acercó llevado de curiosidad, porque en el aire de resolucion decidida de un hombre que jamás habia manejado la espada, ni llevado armadura, y que no era en su exterior mas que un pobrecillo enano flaco y asqueroso, se le figuraba haber algo de hechiceria. Ven vms. este instrumentillo, dijo el boticario, mostrando la pluma de plata; pues bien el solo puede darme un medio de librarme del poder de Douglas el Negro en persona.

— No le deis tinta ni pergamino, porque seria capaz de escribir un encanto, dijo apresurado Balveny.

— ¡Eh! ¡eh! ¡eh!... que no es eso, no lo lleve á mal Vuestra Sabiduria y Vuestra Valentia, dijo Dwining separando la parte superior de la pluma de la otra parte que formaba como un

estuche muy pequeño, del que tomó una cosa como si fuera esponja, ó una sustancia tal, pero que no excedia lo grueso de un guisante. Ahora, pues, ¡ atiendan vms. si gustan!...

Hizo pasar á sus labios lo que acababa de tomar. El efecto fué instantaneo. Cayó, y ya era cadaver; pero sus facciones aun expresaban una ironia depresiva.

Catalina dió un grito y se bajó corriendo por no presenciarse tan horrible espectáculo. Lor Balveny se quedó un momento como abismado por la sorpresa, pero despues exclamó:

— ¡ Esto puede ser magia! ¡ahorcadle! muerto ú vivo; ¡ahorcadle! Si su alma infame no se ha retirado mas que por cierto tiempo, que no halle cuando vuelva sino un cuello desnucado.

Cumplióse la orden y en seguida dióla de proceder á la ejecucion de Bonthron y de Ramorny. Ahorcaron al primero, sin que pudiera conocer lo que con él hacian. Ramorny, pálido como la muerte, pero conservando el mismo aire orgulloso que habia producido su ruina, hizo valer su rango de caballero, y reclamó el

privilegio de morir degollado y no ahorcado.

— Douglas no varia jamás su sentencia una vez pronunciada, respondió Balveny. Sin embargo se respetarán los privilegios. Que venga el cocinero y traiga la cuchilla del tajo.

El cocinero tardó poco en presentarse á sus órdenes.

— ¿Por qué tiembles tú? pícaro! dijo Ior Balveny. Rompe con tu cuchilla las espuelas doradas que tiene ese hombre á los talones. — ¡Bien! ahora, John Ramorny, tú no eres ya caballero, ya eres un plebeyo, y puedes hacer muy bien un papel en la horca. — Mariscal preboste, colgadle entre sus dos compañeros, y mas alto que ellos si es posible.

Un cuarto de hora despues fué Balveny á informar á Douglas de que ya estaban ejecutados los criminales.

— En este caso, ya no es necesario el juicio, respondió el conde. Pero, ¿qué dicen los señores jurados? ¿éstos tres hombres eran criminales de alta traición; — ¿si ó no?

— Criminales, respondieron los jurados ob-

sequiosos con una uniformidad edificante; no necesitamos otras pruebas.

— Que toquen á montar, dijo Douglas, y ponámonos á caballo. Llevaremos una corta comitiva. Que guarden todos silencio sobre lo que ha pasado aquí, hasta que el rey se halle informado, lo que no puede ser hasta despues del combate del domingo de Ramos. Lor Balveny, escoged los hombres que han de acompañarnos, y prevenidles así como á los que se queden aquí que si alguno charlare se le castigará de muerte.

Algunos minutos despues Douglas estaba ya puesto á caballo con la comitiva que debía seguirle. Envió un expreso á su hija, la duquesa viuda de Rothsay, para advertirla volviese á Perth, siguiendo las costas de Lochleven, sin acercarse á Falkland, y puso bajo su cuidado á Catalina Glover y á Luisa, como dos personas, en cuya seguridad se interesaba él mismo.

Al tiempo que atravesaban la floresta echaron una ojeada para atrás, y vieron los tres cuerpos de los criminales que no parecían mas

que tres motas negras en la torre mas alta del castillo.

— Ya está castigada la mano que cometió este atentado, pero ¿quién castigará la cabeza que le concibió?

— ¿Quereis decir el duque de Albany? dijo Balveny.

— Si, mi querido pariente, respondió Douglas, y si yo siguiera el impulso de mi corazón, yo le acusaría de este crimen; porque yo no dudo de que él le haya autorizado. Pero no hay otras pruebas sino sospechas vehementes, y Albany se ha hecho con los muchos amigos de la casa de Estuardo; y en realidad, la debilidad del rey con lo desordenado de la conducta de Rothsay no les permitian la eleccion de otro gefe. Si tratara yo de disolver los vinculos que acabo de formar con Albany, resultaría una guerra civil, que sería la ruina de la pobre Escocia, en un momento en que se ve amenazada con una invasion por la actividad de Percy apoyado por la traicion de March. No, Balveny, es necesario dejar al Cielo el cuidado de casti-

gar à Albany; y en el tiempo escogido por su sabiduría será estrepitosa su venganza sobre él y sobre su casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO XXXIII.

La hora se nos acerca ;  
Fuerte se conoce baten  
Los corazones que latén ;  
Toda espada del que alterca  
Muy bien afilada está ;  
¿ Quién á morir se atrevió ?  
¿ Quién de la huida trató ?  
La mañana lo dirá  
Con la luz que nos dará.

SIR EDWALD.

Traeremos á la memoria de nuestros lectores por ahora que Simon Glover y su hija se habian visto forzados á dejar á toda prisa su casa, sin tener tiempo de instruir á Enrique Smith de su partida y de la causa tan alarmante que la ocasionaba. Cuando el amante llegó á

Curfew-Street la mañana en que huyeron, en lugar del recibimiento cordial del buen ciudadano, y la acogida de abril entre agua y sol, que se le habia prometido por parte de la amable hija de Simon, adquirió únicamente la noticia triste de que su padre y ella habian partido de madrugada, con un forastero que ocultaba el rostro con mucho cuidado para no ser descubierto. Dorotea, conocida ya del lector por sus talentos. en anticipar el mal y comunicar las mismas ideas á los demás, pensó del caso añadir que no dudaba ella hubiesen ido su amo y su hija á las montañas para evitar la visita de dos ó tres alguaciles, que de parte de la comision nombrada por el rey habian venido á casa despues de su partida, quienes habian hecho una pesquisa, sellado todos los parages que podian contener papeles, y dejado además para el padre y la hija una notificacion en que se les mandaba comparecer cierto dia fijo en presencia del tribunal comisionado, bajo la pena de proscripcion. Dorotea cuidó de pintar todos estos detalles alarmantes con los colores mas sombríos, y el solo consuelo que

dió al amante alligido, fué decirle que el padre le ordenaba se mantuviera quieto en Perth y que bien pronto recibiria noticias de ellos. Este aviso mudó la primera resolucion de Smith, que habia sido de ir en seguimiento suyo inmediatamente á las montañas, y tomar la parte que caberle pudiera en el destino que les estoviese reservado.

Por otra parte, cuando él reflexionó sobre las diferentes quimeras, que habia tenido con varios individuos del clan de Quhele, y particularmente la personal con Conacha, que ya era entonces gefe poderoso, no pudo menos de pensar que su llegada, poco deseada, al parage donde ellos habian hallado asilo, podria perjudicar á su seguridad en lugar de poder serles util en algun modo. Sabia cual era la intimidad habitual de Simon con el gefe del clan de Quhele; y de ello concluia gozaba Glover allí de una proteccion, que su presencia tal vez podria volverla menos cierta, al tiempo que su valentia personal no podria ser para él mas que un feble recurso en una contienda con toda una tribu de montañeses vengativos.

No obstante se le aceleraba el movimiento del corazon por el enojo, cuando consideraba que Catalina estaba en poder del joven Conachar, á quien él miraba como un rival declarado, y que tenia entonces tantos medios de dar valor á sus pretensiones, este gefe joven ¿no podia tomarse la mano de Catalina en premio de la seguridad acordada al padre? Él creia poder contar con el afecto de Catalina; pero ella tenia tanto desinterés en su modo de pensar, y una ternura tan grande para con su padre, que si el cariño que profesaba á su amante se pusiera en balanza con la seguridad, tal vez con la vida de aquel á quien ella debia el ser, no podia él dudar que fuese el primer sentimiento de mucho menos peso. Atormentado por estos pensamientos, acerca de los cuales no necesitamos insistir mas tiempo, resolvió, á pesar de todo, quedarse en su casa, sofocar cuanto pudiera sus inquietudes, y esperar las nuevas que le habia prometido el anciano. Llegaron estas, pero no tranquilizaron su espíritu.

Sir Patricio Charteris no habia olvidado su

promesa de comunicar al armero los proyectos de los fugitivos. Pero en medio del tumulto que ocasionó el movimiento de las tropas, no pudo llevarle él mismo las noticias. Encargó, pues, á su agente Henshaw el hacérselas saber. Estaba este digno personage, como ya lo sabe el lector, en los intereses de Ramorny, á quien le tenia cuenta el ocultar á todos, y aun mas á un amante tan activo y emprendedor como Enrique, el lugar donde residia de cierto Catalina. Henshaw anunció pues al armero inquieto que su amigo Glover estaba bien seguro en las montañas, y aunque afectaba ser mas reservado con respecto á Catalina, no dijo al armero cosa que pudiera impedirle creer estaban ambos bajo la proteccion del clan de Quehele. Pero afirmó otra vez, á nombre de sir Patricio que estaban el padre y la hija en perfecta seguridad, y que no podia Enrique consultar mejor sus intereses y los de sus amigos que aguardando con tranquilidad el curso de los sucesos.

Resolvió pues Enrique, á pesar del tormento de su corazon, no practicar diligencia alguna,

hasta recibir noticias ciertas, y se ocupó en acabar una cota de malla, que pensaba concluir, con el fin de darle tal perfeccion en su temple y pulimento, cual sus hábiles manos hubieran podido dar jamás. Los trabajos de su profesion le complacian mucho mas que toda otra ocupacion que pudiera haber tomado, y le servian de excusa para encerrarse en su obrador y separarse del trato de gentes, donde diariamente circulaban noticias vagas que no hubieran servido sino para inquietarle y disgustarle. Resolvió fiarse de la experimentada amistad de Simon Glover, y de la fe de su hija, así como tambien de la proteccion del preboste, quien, segun él pensaba, despues de todos los elogios por dicho señor dados á su valor cuando presenció su combate con Bonthron, no le abandonaria jamás á vista de la situacion critica en que se hallaba. Pasábanse sin embargo los dias, y solo al estar ya muy cerca el domingo de Ramos fué cuando sir Patricio Charteris cuidó de hacer una visita al armero del Wynd, puesto que habia venido á Perth, para tratar ciertos arreglos relativos

al combate que debía tener lugar dicho dia.

Entró en el obrador con un aire de compasion que no le era ordinario, y que hizo inmediatamente sospechar á Enrique traia malas nuevas que darle. Asustóse el armero, y se quedó con el martillo en el aire, perpendicular sobre el hierro ardiente, al paso mismo que el brazo agitado que le tenia antes, fuerte como el de un gigante, perdió su vigor hasta el punto de costarle trabajo dejar este instrumento en el suelo, en lugar de dejarle escapar de la mano.

— ¡Pobre Enrique mio, dijo sir Patricio, le traigo á vm. noticias poco agradables; pero no son ciertas, y cuando fueran verdaderas son de tal naturaleza, que un hombre tan valiente como vm., no debería tomarlas muy á pechos.

— A nombre del Cielo, milor preboste, ¿debo presumir que no me trae Vuestra Señoria malas nuevas de Simon Glover, ó de su hija.

— Relativamente á ellos, no; pues están en seguridad y buenos; pero es relativamente á vm., Enrique, lo poco satisfactorio de mis nue-

vas. Henshaw sin duda le ha dicho á vm. que yo habia procurado poner á Catalina bajo la proteccion de la duquesa de Rothsay; pero esta dama ha rehusado encargarse de ella, y ha enviado á Catalina con su padre á las montañas. Puede vm. haber oido decir que Gilchrist Mac-Ian ha muerto, y que su hijo Eachin, que estaba conocido en Perth como aprendiz del viejo Simon, bajo el nombre de Conachar, es ahora el gefe del clan de Quhele; y he sabido por uno de mis criados se dice entre los Mac-Ian que el joven gefe pretende la mano de Catalina. Mi criado lo ha sabido como un secreto sin embargo, cuando estaba en el Breadalbane, para verificar algunos arreglos relativos á este próximo combate. Este hecho nada tiene de cierto, pero hay grande apariencia de probabilidad.

— ¿Ha visto el criado de Vuestra Señoría á Simon Glover y á su hija? preguntó Enrique sin poder apenas respirar, y tosiendo para ocultar al preboste su agitacion.

— No. Los montañeses, segun parece, tienen alguna desconfianza; le negaron el per-

miso de hablar á Glover, y él receló alarmarlos pidiendo para hablar á Catalina. Por otra parte, el criado no habla su lengua, y el que ha dado estas noticias no sabe bien el inglés, de modo que puede haber en el caso alguna equivocacion. No obstante esto, es verdad que corre este rumor, y yo pensé que era mejor se le informara á vm. de todo. Pero puede vm. estar bien seguro de que el matrimonio no puede verificarse hasta que el negocio del domingo de Ramos se decida, y aconsejo á vm. no haga alguna diligencia, sin que estemos informados de todas las circunstancias de este asunto, porque siempre es apetecible la certeza, aun cuando es trabajosa. — ¿No va vm. á la asamblea del consejo municipal de la ciudad? añadió él, despues de un momento de silencio. Se va á tratar en él de los preparativos de la lid en el North-Inch, y la gente se alegrará de ver á vm. allí.

— No, milor.

— Veo por esta respuesta lacónica, Smith, que este asunto le da pesadumbre; pero por fin las mugeres son veletas; es una verdad in-

confestable; Salomon y otros lo han experimentado antes que nosotros.

Y sir Patricio se retiró, bien convencido de que había desempeñado las funciones de consolador del modo mas satisfactorio.

El desgraciado amante supo esta nueva, y oyó este comentario con un sentimiento muy diverso.

— El preboste, se decia él á si mismo lleno de pena, es un excelente hombre, y ciertamente él da tanta importancia á su caballería, que si dice necedades, un pobre hombre debe mirarlas como palabras de buen juicio, lo mismo que es preciso haga uno elogio de la certeza aunque mala si se le presenta en el vaso de plata de Su Señoría. — ¿Qué significaría todo esto en otra situacion? Supóngase que yo rodase de alto abajo del Corichie Dhu, y que antes de haber caido de esta roca escarpada, oyera yo llegar á milor preboste diciéndome: — Enrique, el precipicio está profundo, y siento decirnos estais muy en camino de caer en él. Pero no se desanime vm., el Cielo puede

ofrecerle alguna piedra ó una zarza en que detenerse. Sin embargo yo he creído seria para vm. un consuelo el saber lo peor que puede sucederle. Con todo yo no sé muy bien cuantos centenares de pies poco mas ó menos tiene de profundo; pero podrá vm. formarse una idea, así que llegue vm. al fondo. Y, digo, ¿cuándo jugaremos una partida á las bochas?—Y, ¿toda esta gerigonza de palabras debe parecerse en algo á una tentativa amigable para impedir á un pobre diablo que se rompa el alma? Al pensar en esto me entran ganas de tomar el martillo y romper todo cuanto tengo á la vista. Sin embargo haré por estarme tranquilo; pero si ese gavilan de las montañas, que se tiene por un halcon, se arroja sobre mi tortollilla, sabrá que un ciudadano de Perth está en estado de saber disparar un arco.

Esto era el jueves anterior al domingo de Ramos, y los campeones de los dos clanes enemigos debian llegar el dia siguiente por la mañana, para tener el sábado tiempo de reposar, refrescarse y prepararse para el combate. Dos ó tres individuos de cada partido habian ve-

nido antes para concertar los arreglos del campamento de sus campeones, y recibir las instrucciones convenientes con respecto al orden, segun el que debian presentarse al combate. Por lo tanto no se sorprendió Enrique al ver entrar en el Wynd, donde él vivia, un alto y vigoroso montañés, y mirar á todas partes como sucede á los habitantes de un pais salvaje al examinar las curiosidades de otro mas civilizado. Smith le miró de mal ojo, no solo á causa de su pais en general, contra el que naturalmente estaba prevenido, sino sobre todo porque traia la capa peculiar al clan de Quhele, una rama de encina bordada con seda, que indicaba ser este individuo uno de los personajes, guardias del joven Eachin, sobre cuyos esfuerzos se contaba para el feliz resultado del combate.

Enrique se retiró á su fragua despues de haber hecho estas observaciones, porque la vista de este hombre le remontaba la cólera; y sabiendo que este montañés, venido para ser uno de los campeones del combate solemne, no podia ser materia de una pendencia particular, quiso á lo

menos evitar una relacion amistosa con él. A pesar de todo y pasados algunos minutos se abrió la puerta de su obrador, y este montañés dejando flotar su plaid que hiciera parecer aun mayor su estatura, entró en la fragua con el aspecto altanero de un hombre que se reconoce en una dignidad bien superior á cuanto ha de hallar. Paróse al entrar, y miró al rededor, como si al parecer esperara se le recibiera con cortesía y se le mirara con admiracion. Mas Enrique no estaba de modo alguno dispuesto á satisfacer su vanidad, y continuó machacando una co- raza que estaba en el yunque, como si no hubiera echado de ver que habia gente con él.

— No sois vos el *Gow Chrom* (es decir el herrero patizambo) preguntó el montañés.

— Asi es como me llaman los que quieren se les rompa el espinazo, respondió Smith.

— Yo no intento ofenderos, vengo á comprar una armadura.

— En ese caso vuestras piernas desnudas pueden llevaros fuera de aqui; porque no tengo ninguna de venta.

— Si no estuviera tan próximo el domingo

de Ramos, yo os haría cantar por otro tono.

— Y como estamos en el día de hoy, replicó Enrique con el mismo tono de indiferencia y desprecio, hacedme el favor de quitaros de la luz.

— Vos sois un hombre muy descortés; pero yo soy también un *fir nan ord*\*, y yo sé que el herrero es impetuoso cuando el hierro está caliente.

— Si sois herrero, vos mismo podeis hacer os una armadura.

— Y yo la haré sin necesidad de que me ayudeis, *Gow Chrom*; pero dicen que cuando forjais las espadas y armaduras, silbais ciertos tonos y cantais ciertas letras que dan á las hojas la virtud de cortar el acero como si fuera papel, y que dan á las corazas resistencia contra la pica y la lanza, como la que tendrían si estas fueran puntas de alfileres.

— Es que han hecho creer á vuestra ignorancia todas las faramallas á que los cristianos no dan crédito alguno. Yo silbo, cuando

\* Herrero, hombre de martillo.

trabajo, lo primero que se me viene á la cabeza, como un bonrado artesano; y muchas veces se me ocurre la cancion montañesa: — Yo voy á la horca. — Siempre que canto esta cancion mi martillo cae naturalmente y á compás.

— ¡Amigo! dijo con altivez el montañés, no conviene dar espolazos al caballo que tiene trabas. Sabeis que no puedo batirme por ahora, y hay muy poca valentia en echarme sarcasmos.

— ¡Por los clavos y el martillo que decis bien, exclamó Enrique mudando de tono. Pero explicaos, que quereis de mí. Yo no estoy de humor para perder mi tiempo.

— Una cota de malla para mi gefe Eachin Mac-Ian.

— Vos que sois herrero, decidme; ¿estais en estado de juzgar de esta? preguntó nuestro armero, sacando de una caja la cota de malla que habia trabajado poco tiempo antes.

Examinóla el montañés con cierta admiracion, que tocaba un tanto á envidia; la miró con atencion pieza por pieza, y acabó por de-

clarar era la mejor armadura que había visto en su vida.

— Por cien bueyes ó vacas y un rebaño regular de carneros no sería barata la compra de esta armadura, dijo él por primera intentona, y con todo, yo no os ofreceré menos, sáqueles de donde los sacare.

— Sin duda es una bella oferta; pero no se venderá por oro ni mercancías esta cota de malla. Yo quiero probarla con mi espada, y no la daré sino al que quiera revestírsela para batirse conmigo á cuchillada y estocada con armas iguales. Se la doy á vuestro gefe bajo las dichas condiciones.

— ¡Vaya! vaya! — Bebed un trago, y meteos en la cama, exclamó el montañés en el tono del mayor desprecio. ¿Habeis perdido el seso? ¿Pensais que el gefe del clan de Quhele se dignará batirse con un paisanillo de Perth, como vos? — Oidme, yo os haré mas honor que todo cuánto habeis recibido de vuestra parentela; yo me batiré con vos por tener esta hermosa cota de malla.

— Es preciso probar antes que teneis tanta

fuerza como yo, dijo Enrique sonriéndose.

— ¡Cómo es eso! ¡Yo que soy uno de los leichtachs de Eachin no tendria la fuerza que vos!

— Podeis probarlo si gustais. — Decis que sois un *fir nan ord*. — ¿Sabeis lanzar el macho?

— ¿Si lo sé? Preguntad al águila si vuela sobre el Ferragon.

— Mas antes de luchar conmigo es menester que ensayeis con uno de mis leichtachs. — Ven acá, Dunter, ¡avanza en honor de Perth! — Y ahora, montañés, aquí tienes una buena fila de machos, toma el que gustes y vamos al jardin.

El montañés, llamado Norman nan ord, ó Norman del Martillo, dió á entender que merecía el nombre por la eleccion que hizo del mas pesado que le habian puesto á la vista, cosa qui hizo sobreir á Enrique. Dunter, uno de los oficiales de Smith, lanzó el martillo á una distancia que se podia decir prodigiosa; pero el montañés, haciendo un esfuerzo terrible le despidió tres pies mas allá. Miró despues á Enrique, como dando á entender habia ganado, y este se contentó con una nueva sonrisa.

— ¿Hareis mas? preguntó el montañés á Enrique presentándole el macho.

— No con este juguete de niño, respondió Smith; apenas pesa para volar por el aire.

— Jankin, ¡traeme el Sanson! No, traeme el Niño, Sanson es en algun modo pesado por de mas.

El macho que le trajeron era dos veces mas pesado que el escogido por el montañés como que era de un peso extraordinario. Norman le miró como sorprendido; pero se aumentó su admiracion, cuando Enrique, poniéndose en actitud, dando el impulso en un instante á este pesado instrumento, partió de su mano, como si le hubiera lanzado una máquina de guerra. Percibióse el ruido que hacia en el aire esta enorme masa. Cayó en fin, y se hundió un pie bajo la tierra, á distancia de una toesa mas allá de donde habia llegado Norman.

Vencido y mortificado el montañés fué á levantar el macho, le tomó á peso y se puso á examinarle con atencion, como si pudiera descubrir en el instrumento alguna cosa distinta

de un macho regular. Diósele por fin á Enrique con una sonrisa melancólica.

— ¿Hareis mas? le preguntó Enrique á su turno.

— Norman ha perdido demasiado en este juego, respondió el montañés, encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza; ha perdido su mismo nombre de hombre del martillo. ¿Pero trabaja ciertamente el *Gow Chrom* en el yunque con este macho, masa de hierro para cargar un caballo?

— Vais á verlo, compañero, respondió Enrique, volviéndole á llevar á su obrador. — Dunter, pon en el yunque esa barra que hay en la fragua.

Tomando entonces un macho monstruoso, es decir, el otro que llamaba el Sanson se puso á batir el metal ya con la mano derecha, ya con la izquierda, y algunas veces con las dos á un tiempo, con tanta fuerza y habilidad, que forjó una herradurilla, en menos de la mitad del tiempo que hubiera gastado un herrero comun para formar otra con un instrumento de facil manejo.

— ¡Oigh! ¡Oigh! exclamó el montañés. Pero, ¿por qué quisierais batiros contra nuestro gefe, que es de un rango muy superior al vuestro, aunque fuerais el herrero mejor que haya trabajado por concurso del aire y el fuego?

— Oidme, dijo Enrique, me pareceis un buen muchacho, y os diré la verdad. Vuestro señor me ha ultrajado, y yo le doy de buena voluntad esta armadura, por lograr la suerte de combatirle.

— Si os ha ultrajado debe un encuentro, dijo el guardia de corps montañés. Un ultraje cometido contra un hombre trastorna la pluma del águila que tiene la gorra del gefe. Aunque fuera el gefe de todas nuestras montañas, — y esto mismo es Eachin, — debe combatir al que ha ultrajado so pena de perder una rosa de su guirnalda.

— ¿Le invitareis á que lo haga al día siguiente despues del domingo?

— Haré lo que pueda, si los halcones no se ocupan en roer mis huesos. Porque conviene sepais, compañero, que el clan de Chattan tiene unas uñas que se clavan profundamente.

— Yo doy esta armadura con esta condicion á vuestro gefe. Pero le avergonzaré delante del rey y de toda la corte si se niega á pagarme el precio convenido.

— ¡No tengais cuidado alguno! yo mismo le llevaré al combate, estad bien seguro en esto.

— Me dareis mucho gusto en ello; y para que os acordeis de esa promesa, os hago presente de este dirk\*. ¡Miradle bien! si le tomáis con firmeza y tirais el golpe á vuestro enemigo entre lo bajo del casco y lo alto de la gola, no necesitará llamar al cirujano.

El montañés prodigó gracias á Smith y se retiró.

— Hele dado la mejor cota de malla que tengo fabricada en mi vida, decia el armero en su interior, casi arrepentido de su liberalidad, por lograr la suerte de que le haga su gefe el favor de batirse conmigo; y entonces que sea Catalina del que la gane á este juego. Pero me recelo mucho de que el joven gefe no tenga algun pretexto para excusarse de ello, á

\* Nombre que se da al puñal montañés.

menos que él no tenga bastante fortuna el domingo de Ramos de modo que se halle en estado de intentar otro combate. Hay con todo esa alguna esperanza, porque yo he visto algunas veces que un novicio, muy enano antes de sacar la espada la primera vez, vino luego á ser un matagigantes.

Así fué como Smith, con muy poca esperanza, pero armado de la mas firme resolución, esperó el instante que debía decidir de su destino. Sus presentimientos mas incómodos procedían del silencio de Glover y de su hija. — Tienen vergüenza de confesarme la verdad, decía él para consigo, por eso guardan tanto silencio.

El viernes al medio dia llegaron los dos pequeños cuerpos, representantes de los clanes enemigos, á su respectivo destino, donde debían hacer alto y tomar algun refresco. Los campeones del clan de Quhele se hospedaron en la rica abadía de Seone, en tanto que regalaba el preboste á sus rivales en el castillo de Kinfauns. Se puso todo el cuidado posible en tratar á los dos partidos con iguales aten-

ciones, y de no dar al uno ni al otro el menor motivo de quejarse alegando parcialidad. En este medio tiempo se discutieron todos los artículos de la etiqueta, y quedaron arreglados entre el condestable Errol y el joven conde de Crawford, el primero por la parte del clan de Chattan y el segundo por la de Quhele. Enviábanse sin cesar mensajeros de un lado á otro; y en treinta horas tuvieron mas de seis entrevistas, antes de arreglarse todo el ceremonial del combate.

Por una parte, para impedir renacieran las antiguas querellas, de las que aun existian bastantes reliquias, entre los paisanos y los montañeses sus vecinos, se prohibió á los ciudadanos por medio de una proclama, el acercarse con media milla al sitio donde se alojaban los representantes de los dos clanes, y á los futuros combatientes el entrar en Perth sin un permiso especial. Formóse un cordon de tropa con el intento de llevar á cabo y ejecutar esta medida, obedeciendo con tal rigor á la consigna que el mismo Simon Glover con ser un paisano y un vecino de Perth, no pudo lograr entrar en

la ciudad, porque habia llegado á ella con los campeones de Echin Mac-Ian; y porque traía puesto el plaid bien conocido de este clan. Este obstáculo imprevisto impidió á Simon el ir á buscar á Smith, y el darle parte de cuanto le habia sucedido desde que se separaron, comunicacion que hubiera producido el desenlace de nuestra historia, caso de haber podido realizarse.

El sábado por la tarde ocurrió un suceso, en que la ciudad tomó tanta parte como en el combate tan próximo. Era la entrada del conde de Douglas á la cabeza de solos treinta ginetes, pero todos caballeros y gentiles hombres del primer rango. Seguian los ojos de todos á este par temible, como se sigue mirando al águila que vuela entre las nubes, sin saber hácia qué punto se dirigirá el pájaro de Júpiter; pero con el silencio de la mas formal atencion, como si fuera posible adivinar el intento que se propone en recorrer el firmamento. Atravesó despacio el conde la ciudad, y salió de ella por la puerta del Norte. Apeóse despues en el convento de Dominicos, y di-

jo queria ver al duque de Albany. Se le llevó inmediatamente á su presencia. El duque le recibió como un hombre que deseaba ser gracioso y conciliador, pero que conocia el arte y que no podia ocultar la inquietud. Pasados los primeros cumplimientos, dijo el conde con gravedad: — Os traigo malas nuevas, milor, el sobrino de Vuestra Alteza, el duque de Rothsay murió; todo anuncia que ha perecido víctima de criminales maniobras.

— ¡Maniobras! repitió el duque todo confuso — ¿Qué maniobras? ¿Quién ha tenido atrevimiento á maniobrar contra el heredero de la corona de Escocia?

— No es á mi á quien toca el explicarlo, dijo Douglas, pero se dice haber sido muerta el águila con una flecha, armada de plumas que se sacaron de sus mismas alas, y que la encina se ha rajado con una cuña de su propia madera.

— Conde de Douglas, dijo el duque de Albany, yo no me meto en adivinar enigmas.

— Ni yo en proponerlas, respondió Douglas con altivez. Vuestra Alteza encontrará en es-

tos papeles, detalles muy dignos de leerse. Yo voy á dar un paseo por media hora en el jardín del claustro y despues nos volveremos á ver porque yo vendré aqui.

— ¿No ireis á ver al rey, milor? dijo Albany.

— No, respondió Douglas; presumo que Vuestra Alteza pensará como yo, en cuanto á ocultar á nuestro soberano esta gran calamidad de familia hasta la conclusion del asunto de mañana.

— Consiento en ello gustoso, dijo Albany; si supiera el rey esta pérdida, no le seria posible presenciár el combate; si Su Magestad no asiste á él en persona, es probable rehusen estas gentes el batirse, y que se perdiera cuanto hemos trabajado; pero sentaos, hacedme este favor, milor, en tanto que voy á leer estos detalles alictivos con respecto al pobre Rothsay.

Examinó las piezas que acababa de darle el conde, echando una ojeada sobre las unas, y leyendo las otras con tal atencion como si su contenido fuese para él de la mas alta importancia. Habiendo pasado en esto como un cuar-

to de hora, levantó los ojos y dijo con gravedad: — Es un consuelo, milor, el no hallar en estas piezas fatales nada capaz de hacer que renazcan las divisiones que hubo en el consejo del rey, y que se han desterrado por el arreglo solemne hecho por Vuestra Señoria y por mí. En razon de este arreglo, mi desgraciado sobrino debia estar separado de los negocios públicos hasta que hubiese madurado el tiempo su juicio. El destino acaba de disponer de él, y al prevenir los medios que debiamos haber tomado, él los ha hecho inútiles.

— Si Vuestra Alteza, replicó el conde, no ve nada capaz de turbar la buena inteligencia que la tranquilidad y seguridad de la Escocia exigen mantengamos entre nosotros, no soy yo tan poco amigo de mi patria para mirarlo muy de cerca.

— Os comprendo, milor, dijo Albany con viveza. Os habeis imaginado con algo de ligereza que yo me daria por ofendido sobre haber ejercido Vuestra Señoria sus poderes de lugarteniente general del reino, castigando á estos detestables asesinos en mi posesion de Falk-

land. Creed lo contrario, que os agradezco el haberme dispensado de ordenar un suplicio, que no habria podido ver sin que mi corazon se resintiese. Sin duda que hará el parlamento de Escocia un informe acerca de este sacrilegio, y me tengo por dichoso en que la espada de la venganza haya armado la mano de un hombre tan importante como Vuestra Señoría. Nuestras comunicaciones con respecto á esta materia, no propendian, como debeis acordaros, sino á tener retirado á mi desgraciado sobrino, hasta que uno ó dos años le hubieran hecho adquirir mas discrecion.

— Este era el proyecto de Vuestra Alteza segun lo que me ha participado en ello, dijo el conde; yo puedo afirmar con toda seguridad de conciencia.

— ¡Y bien! noble conde, contestó Albany, no se nos puede culpar de que unos malvados parezcan haber dado un desenlace sangriento, á lo que de parte nuestra no era mas que un proyecto honrado, y esto por satisfacer su venganza particular.

— El parlamento juzgará de ello con arreglo

á su sabiduria, dijo Douglas. En cuanto á mi mi conciencia me da por libre.

— Y la mia tambien me absuelve, añadió el duque en tono solemne. Y por ahora, milor, ¿qué diremos con respecto á la custodia del joven Jacobo\*, quien viene siendo el sucesor presuntivo de su padre?

— El rey debe resolver sobre la materia, respondió Douglas impaciente ya con esta conferencia. Consentiré se fije su residencia donde se quiera, con tal que no sea en Stirling, en Doune, ni en Falkland.

Al decir esto, se retiró bruscamente.

— Hele ahí, ya se marchó, dijo entre dientes el astucioso Albany; está precisado á ser mi aliado, y con todo se siente dispuesto á ser mi enemigo mortal. — ¡No importa! Rothsay descansa con sus padres. Jacobo puede seguirle con el tiempo, y entonces será una corona la recompensa de mis ansiedades.

\* Hijo segundo de Roberto III, hermano del infeliz duque de Rothsay y con el tiempo Jacobo I, rey de Escocia.



CAPITULO XXXIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B

Apareció por fin la aurora del domingo de Ramos. En tiempos de la religion cristiana anteriores á estos, el emplear en un combate uno de los días de la semana santa se hubiera mirado como una profanacion que merecia la excomunion mayor. La Iglesia romana

habia decidido, haciéndose digna del mayor honor, que durante el santo tiempo de Pascua, cuando se celebraba la redencion del hombre caido, entrara en la vaina la espada de la guerra, y respetaran los monarcas la época llamada Tregua-de-Dios. El furor desenfrenado de las últimas guerras entre la Escocia é Inglaterra habia causado el olvido de la observancia en punto á esta ley religiosa. Muchas veces un partido escogia la fiesta mas solemne para dar un ataque, porque esperaba hallar al otro ocupado en los deberes de la religion, y fuera del estado de defensa. Por consecuencia se habia dejado de observar la Tregua que señalaba en otro tiempo esta época del año, y vino á ser poco extraordinario el elegir las fiestas mas santas de la Iglesia para el juicio del combate judicial, al que se parecia mucho el que se tenia que dar entre los dos clanes.

Los deberes religiosos de este dia se llenaron sin embargo entonces con toda la solemnidad en uso, y asistieron á ellos los combatientes mismos. Fueron respectivamente á los conventos de Dominicos y Cartujos con ramos de

acebo en la mano á falta de palmas para oír la misa mayor; y á lo menos por un acto exterior de devocion, se prepararon para el combate sangriento que debiera señalar este dia. Se cuidó mucho de que durante la marcha no oyese alguno de los dos partidos el sonido de la gaita del otro; porque era cierto que asi como los gallos se desafian por el canto, se hubieran buscado unos á otros antes de haber llegado al sitio del combate.

Los habitantes de Perth se presentaron de tropel en las calles para ver pasar esta procesion extraña, y llenaron las iglesias, donde asistian á misa los representantes de los dos clanes, para ver como se conducian, y poder juzgar por las apariencias cual de los dos partidos quedaria con victoria. Aunque no frecuentaban habitualmente los edificios consagrados á la religion, se portaron en la iglesia de un modo conforme á las reglas del decoro, y á pesar de su caracter salvaje ó indómito, casi ninguno de aquellos montañeses manifestó curiosidad ni sorpresa. Muchas cosas se presentaban sin embargo á sus ojos, probable-

mente por la primera vez; pero ellos tenian por inferior á su dignidad y poco digno de su caracter el manifestar extrañeza ni ansia por saber.

Muy pocos entre los jueces competentes osaron aventurar una prediccion sobre el suceso del combate. Apesar de todo, la talla grande de Torquil y de sus ocho hijos tan robustos, indujo á creer á muchos individuos, que se preciaban de saber juzgar por los músculos y nervios del cuerpo humano, se decidiria la victoria por el clan de Quhele. La opinion de las mugeres sobre todo se declaró por el aire noble, las buenas facciones y bellos modales de Eachin Mac-Ian. Ciertas gentes hacian por acordarse donde le habian visto ya; pero lo brillante del vestido militar causaba el que un solo individuo pudiera reconocer en él al joven montañés Conachar, el humilde aprendiz de Glover.

Este solo individuo era, como se puede suponer, nuestro armero, en primera fila de la multitud que se apresuraba por ver los campeones del clan de Quhele. Vió con un sentimiento con-

fuso de odio, zelos y casi admiracion, al aprendiz del guantero, despojado de un exterior bajo y despreciable, brillar como un gefe, que por la viveza de sus ojos, la nobleza de su frente, por su agilidad, el resplandor de sus armas y la hermosa proporcion de sus miembros, parecia muy digno de mandar á hombres escogidos para vivir ó morir en honra de su raza. Smith tuvo algun trabajo en persuadirse que veia otra vez al joven violento que habia echado lejos de sí, como hubiera sacudido una abispa que le hubiese picado, y que por compasion no quiso aplastar.

— Parece muy bien con mi hermosa loriga, la mejor que yo fabriqué, decia Enrique hablando consigo mismo. Si, á pesar de todo esto, estuviéramos en un parage donde no hubiera ni ojos que vieran, ni manos que ayudasen, por cuanto hay de santo en esta iglesia, esta bella armadura volveria á su dueño. Daria todo lo que tengo por poderle aplicar tres buenos sablazos en los hombros, y romper la obra de mis manos; pero nunca tendré dicha semejante. Si escapa del combate habrá ganado tan gran fa-

ma de valor, que podrá desdeñarse de hacer correr á su naciente fortuna el riesgo de un encuentro con un pobre paisano, no querrá combatirme por sí mismo, me enviará un campeón, mi compañero el *fr nan ord*; y todo lo que podré ganar en esto, será matar un toro montañés. ¡ Si pudiera yo ver á Simon Glover! Iré por ver si le hallo en la otra iglesia, porque ciertamente ya debe haber vuelto de las montañas.

Comenzaba la gente á salir de la iglesia de los Dominicos, cuando tomó Enrique tal resolución, y trató de ponerla en ejecución lo mas pronto posible, atravesando por la turba tan pronto como lo permitia la santidad del lugar y la solemnidad del dia. Abriéndose camino por entre las olas de la multitud, se vió por un instante impelido tan cerca de Eachin, que sus ojos vinieron á encontrarse. La tez morena del atrevido armero se puso tan encarnada como el hierro que trabajaba él mismo, y conservó el color oscuro por algunos minutos. Las facciones de Eachin se cubrieron de un encarnado mas brillante de indignacion, y salió de

sus ojos cómo un relámpago de odio y altanería. Pero este color tan vivo como repentino dió lugar á una palidez mortal, y volvió la vista en el mismo instante, para evitar la mirada firme y amenazadora que se le dirigia.

Torquil, cuyos ojos no se apartaban del hijo á quien él habia criado, advirtió su conmocion, y buscó al rededor de él cual podia ser la causa. Pero ya estaba Enrique bien lejos, y en camino para el convento de Cartujos. Tambien se habian concluido allí los oficios, y los que acababan de llevar palmas en honor del grande acontecimiento que trajo la paz á la tierra para los hombres de buena voluntad, iban entonces al lugar del combate, preparándose los unos á privar á sus semejantes de la vida ó á perder la suya, y los otros dispuestos á ver esta lucha mortal con el placer brutal que los paganos tomaban en el combate de sus gladiadores.

Era tanto el gentío, que cualquier otro hubiera podido desesperar de abrirse paso; pero la general deferencia que se tenia por Enrique como campeón de Perth, y la conviccion uni-

versal que conservaban de que se ballaba en estado de abrirse camino, resolvía á todos para dejarle paso franco, de modo que se halló muy pronto cerca de los guerreros del clan de Chattan. Cada tocador de gaita iba en la cabeza de su columna; despues marchaba su bandera bien conocida, ofreciendo á la vista un gato montés rampante con el mote *No toques al gato sin guantes*. El gefe marchaba inmediato con la espada de dos manos como para proteger el emblema de su tribu. Era un hombre de mediana estatura, de mas de cincuenta años; pero cuyas facciones y miembros no anunciaban ni disminucion de fuerzas fisicas, ni algun síntoma de vejez. Mostrábanse algunas canas por entre los cabellos de un rojo vivo, cortos, y rizados naturalmente; pero se le advertia en sus pasos y ademanes ya en la danza, ya en la caza ó en el combate la misma ligereza que si tuviera menos de treinta años. Relucian sus ojos pardos, manifestando una mezcla de valor y ferocidad; aunque su frente, cejas y labios se dejaban ver con la expresion de la sabiduria y experiencia. Los campeones de su clan le

segñian de dos en dos. Estaba retratada en el semblante de algunos la inquietud, porque habian descubierto en aquella mañana misma hallarse ausente uno de sus compañeros; y en un combate que se pensaba debía ser desesperado, la retirada de uno parecia cosa importante á los demás, excepto al gefe, el intrépido Mac-Gillie Chattanach.

— No se diga nada de su ausencia á los Sajones, dijo el valiente montañés al saber el menoscabo de su tropa. Las lenguas mentirosas de las tierras bajas podrian decir que hay un cobarde en el clan de Chattan, y aun tal vez los otros han protegido su fuga por tener un pretexto para no batirse. Estoy seguro de que Ferquhard Day se presentará en nuestras filas antes que nos aprestemos á la pelea. Y si no se presenta ¿no estoy yo en estado de hacer frente á dos hombres del clan de Quhele? No peleariamos quince contra treinta, primero que renunciar de la gloria que podemos ganar hoy?

Fué muy aplaudido el discurso del valiente gefe, y con todo se miraba mas de una vez

con inquietud á uno y otro lado con la esperanza de ver llegar al desertor y reunirse á su bandera. Acaso el gefe era el que se mostraba entre todos indiferente por su ausencia. Atravesaron las calles de la ciudad sin divisar á Ferquhard Day, quien habiendo llegado ya mucho mas allá de las montañas, se ocupaba en recibir los reparos que podia prestar el amor, en cambio de las pérdidas que su honor padecía. Mac-Gillie Chattanach marchaba sin dar señal de que le importaba el desertor, y llegó por fin en el North-Inch, llanura hermosa, bien anivelada, sita cerca de las murallas de Perth, y que servia para los ejercicios militares de sus habitantes.

El Tay, río ancho y profundo, riega por un lado esta llanura. Habíase construido en ella una fuerte empalizada, que cercaba por tres lados un espacio de setenta y cinco toesas de largo y treinta y siete de ancho. Esta era la lid, y el cuarto costado parecia estar protegido lo bastante por el Tay. Estaba la empalizada todo al rededor guarnecida por un anfiteatro destinado para los espectadores de la clase

media, pero que dejaba libre un espacio donde debian colocarse los hombres armados, caballeros é infantes, y los curiosos de rangos inferiores. Al extremo de la lid mas próximo á la ciudad habia una grande y alta galeria para el rey con sus cortesanos, guarnecida de un enrejado campestre, y con tantos adornos dorados que aun hoy dia conserva este parage el nombre de Galeria Dorada.

Las gaitas montañesas, que por el camino habian tocado los pibrochs ó toques de guerra de los dos clanes rivales, cesaron al llegar al Inch; porque así se habia mandado. Dos guerreros veteranos con cierto aire de dignidad, que eran como los abanderados, pues llevaba cada uno la bandera del clan, se adelantaron á las extremidades opuestas de la lid, y clavando en tierra el asta de la bandera, se pusieron en actitud de meros espectadores de un combate, en que no debian entrar. Los tocadores de gaitas, que tambien debian estar en absoluta neutralidad, se sentaron al pie de sus respectivas banderas.

El populacho, al ver que llegaban estas dos

bandas de guerreros, los saludó con aclamaciones generales, que es como recibe á todos aquellos, de quienes espera le proporcione alguna diversion. Los futuros combatientes no correspondieron á tales gritos, sino que cada partido se adelantó hácia una de las extremidades de la lid, donde estaban las puertas por donde debian entrar al recinto. Estas dos entradas estaban guardadas por un cuerpo numeroso de gente armada; en una el conde mariscal y en la otra el lor gran-condestable, examinaban con atencion á cada individuo para cerciorarse de que tenia las armas competentes, es decir el yelmo de acero, la cota de malla, la espada de dos manos, y el puñal. Contaban tambien el número de combatientes, y la multitud receló verse privada del espectáculo esperado, cuando el conde de Errol dijo levantando la mano y en voz alta: — ¡Ola! que no puede haber combate por faltar un combatiente del clan de Chattan.

— Qué importa, exclamó el joven conde de Crawford; ellos debian haber contado mejor antes de salir de las montañas.

Con todo el conde mariscal pensó como el condestable, sobre que sin restablecerse la igualdad no podía realizarse la pelea, y toda la multitud comenzó á recelar que despues de tantos preparativos no habria combate.

Puede ser no hubiera entre los espectadores sino dos á quienes agradase la perspectiva de dilacion que presentaba el combate; y eran el gefe del clan de Quhele y el rey Roberto, para cuyo buen corazon era repugnante una escena como esta.

Sin embargo los dos gefes, acompañados cada uno de un amigo ú consejero, tuvieron una entrevista en medio de la lid, asistidos del conde mariscal, el lor gran-condestable, el conde de Crawford y sir Patricio Charteris, para tomar un partido. El gefe del clan de Chattan declaró que por su parte se hallaba resuelto á combatir al instante, que lo deseaba, sin mirar de modo alguno á la desigualdad del número.

— No lo consentirá jamás el clan de Quhele, dijo Torquil de la Encina. Vosotros no podeis ganar honor con espada en mano á costa nues-

tra, y no buscais mas que un subterfugio, para poder decir, cuando seais vencidos, como sabeis muy bien ha de suceder, que lo fuisteis porque no estaba completo el número de vuestros brazos. Pero yo hago esta proposicion: Ferquhard Day era el mas joven de vuestra tropa, Eachin Mac-Ian lo es en la nuestra; consentiremos en que se retire del número de combatientes, para restablecer la igualdad que desapareció por la huida de vuestro desertor.

— Esa proposicion es altamente injusta y desigual, exclamó Toshach Beg, el teniente, para decirlo así, de Mac-Gillie Chattanach. La vida del gefe es la respiracion vital del clan, y nunca consentiremos quede nuestro gefe comprometido en medio de los peligros y el vuestro libre de ellos.

Torquil vió con mucha zozobra que iba su plan á dar por tierra, puesto se oponia á que su gefe quedase fuera de combate, y buscaba motivos para fundar su propuesta, cuando Eachin mismo tomó la palabra. Debe notarse que su timidez no tenia el caracter del egoismo, que hace á un hombre padecer sereno el

deshonor, antes que correr algun riesgo. Por el contrario era él moralmente bravo, pero tímido por temperamento; y la vergüenza de que se pensase de él trataba de huir á vista del combate, prevaleció por el momento sobre el temor de tomar en la pelea parte activa.

— No quiero, dijo él, se trate de una proposicion, por la que mi espada quedara condenada á la vaina en el combate glorioso de este dia, si soy novicio en el manejo de las armas, para eso estoy cercado de valientes, á quienes puedo imitar sino igualar.

Pronunció estas palabras con tal viveza, que engañó á Torquil y tal vez á sí propio.

— Pues ahora ¡bendiga Dios su noble corazon! dijo para consigo el que le habia criado. Yo estaba seguro que el encanto abominable que le habian hecho, acabaria de una vez, y que huiria lejos de él tan infame espíritu como el de timidez, al oír el tono del pibroch y al ver tremolar el brattach.

— Milor mariscal, dijo el gran-condestable, ya no puede retardarse mas el combate, porque son muy cerca de las doce. Désele media

hora al jefe del clan de Chattan para que busque un sustituto por su desertor, y si no le hallare, que combata con la inferioridad numérica.

— Vengo en ello, respondió el conde mariscal; pero como no hay á menos de cincuenta millas un solo individuo de su clan no veo yo como Mac-Gillie Chattanach podrá encontrar un auxiliar.

— Eso es negocio privativamente suyo, dijo el conde de Errol, si él ofrece una buena recompensa hay bastantes valientes alrededor de la lid, que se hallarán dispuestos á ejercitar los miembros en la pelea. Yo mismo, si mis funciones y mi rango me lo permitieran, no sentiría sacar la espada entre estos salvages aventureros, y creeria poder ganar en ello alguna fama.

Comunicaron sus decisiones á los montañeses y respondió el jefe del clan de Chattan: — Habéis juzgado con nobleza é imparcialidad, millores, y me debo creer obligado por lo mismo á seguir vuestras instrucciones. — Haced pues una proclama, heraldos, y publicad que

si alguno quiere tomar parte con el clan de Chattan en la suerte y el honor de esta jornada, se le pagará en contante una corona de oro, y tendrá la libertad de combatir en mis filas hasta la muerte.

— Economizais muy bien vuestro tesoro, jefe, dijo el conde mariscal. Una corona de oro es un precio mezquino para una campaña como la que debe hacerse.

— Si hay alguno que por el honor quiera batirse, respondió Mac-Gillie Chattanach, basta este precio; porque yo no necesito servirme de un tunante que no saque la espada sino por el interés del oro.

Habian ya los heraldos recorrido la mitad del circo, parándose de tiempo en tiempo para publicar la propuesta, segun que para ello se les dió la orden, sin que nadie hubiera manifestado la menor intencion de aceptar el alistamiento propuesto. Los unos dirigian mil sarcasmos contra la pobreza de los montañeses, que ofrecian tan miserable recompensa por un servicio tan peligroso; otros afectaban indignacion, al ver se ponía la sangre de los ciudadanos en un

precio tan bajo; ninguno indicaba el menor deseo de ser el trigésimo de los campeones del clan de Chattan. Llegó por fin la voz de los heraldos á los oídos de Enrique Smith, que estaba de pie fuera de la barrera en conversacion con el bailio Craigdallie, ó mas bien oyendo con distraccion lo que le decia este magistrado.

— ¿Qué es lo que proclaman? preguntó él.

— Una oferta liberal de Mac-Gillie Chattanach, respondió el posadero del *Grifo*, que estaba inmediato; promete una corona de oro al que quiera hacer hoy el papel del gato montés, y probablemente hacerse matar en servicio suyo. Eso es todo.

— ¡Qué! exclamó el armero con viveza, ¿se busca por medio de un bando un hombre que combata contra el clan de Quhele?

— Sí, como soy, respondió Grifo, pero no creo yo haya en todo Perth un hombre tan loco.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando vió á Enrique pasar de un salto al otro lado de la empalizada, y que corriendo por la lid, exclamó: — Aquí estoy yo, señor heraldos,

yo Enrique del Wynd, pronto á batirme contra el clan de Quhele.

Oyéronse por todas partes gritos de admiracion, en tanto que algunos paisanos valientes, no pudiendo hallar una razon para explicar la conducta de Enrique, concluyeron que su aficion por batirse le habia trastornado la cabeza. El preboste mismo no supo que pensar.

— Vm. está loco, Enrique, le dijo él; vm. no tiene ni espada de dos manos ni cota de malla.

— Es verdad, respondió Enrique, porque yo hice regalo de una cota de malla que habia trabajado para mí, á ese joven gefe del clan de Quhele, que sentirá muy pronto en sus hombros como remacho yo los clavos. En cuanto á la espada de dos manos, este dengue que traigo colgando al lado, me bastará hasta que yo coja un arma mas pesada en el campo de batalla.

— Eso no puede pasar así, dijo Errol. Escucha, bravo armero: ¡por Santa Maria! llevarás mi loriga de Milan y mi espada buena de España.

— Doy gracias á Vuestra Señoría; pero me

hubiera bastado el látigo con que uno de vuestros antepasados hizo que mudasen de faz los negocios en la batalla de Loncarty. Yo no estoy acostumbrado á servirme de armas ó armadura que yo no he fabricado, porque no sé qué golpe podrá recibir la loriga sin hendirse, ni qué tajo podría dar la espada sin romperse.

Entre tanto había esparcido la fama por la ciudad de Perth la noticia de que iba el intrépido Smith á batirse sin armadura. Cuando se acercaba el momento fijado para el combate, llegó á los oídos del concurso el grito penetrante de una muger, que pedía le abrieran paso por en medio de la turba. Cediendo á sus importunidades la multitud le dejó paso, y ella se adelantó muy apresurada, casi falta de respiracion y agobiada con el peso de una cota de malla y una espada de dos manos. Se la reconoció como á la viuda de Olivier Proudpute, y las armas con que venia cargada eran las de Smith, las mismas que tenia puestas su marido cuando le asesinaron, y las que naturalmente habian llevado á su casa con el cadaver. Su viuda reconocida las traía á la lid para volvérselas á su

dueño, en un tiempo en que estas armas, cuya fuerza le era bien conocida, debian serle de tanta importancia. Recibiólas Enrique muy contento; la viuda con mano trémula le ayudó á ponérselas muy de prisa y se despidió de él exclamando: — ¡Proteja Dios al campeón de los huérfanos! ¡Desgraciado del que se ponga delante de él!

Sintióse Enrique con una nueva confianza hallándose revestido de una armadura de prueba, dió una patada como para mejor adaptar la cota de malla á los miembros, y desenvainando la espada la hizo blandir y zumbar al aire, trazando la figura del 8, con una facilidad y ligereza que probaban bien la fuerza y habilidad con que manejaba un arma tan pesada. Entonces se dió orden de dar la vuelta por la lid, y se dispuso la marcha de modo que los dos partidos no se encontraran, y que pudiesen rendir al rey el homenaje cada uno á su vez pasando delante de la galería en la que se hallaba sentado.

Mientras que se hizo esta ceremonia, se ocupaban aun los espectadores en comparar atentos la talla, los músculos y miembros de los

campeones de ambos partidos, procurando conjeturar sobre el resultado del combate. Una querrela de un siglo con todos los actos de agresion y de represalias verificadas en este intervalo de tiempo, era lo que agitaba interiormente á cada uno de los guerreros. Tomaron sus facciones la expresion mas salvage de soberbia, de odio y resolucion desesperada por combatir hasta el último suspiro.

Al tiempo que desfilaban, se oyó un murmullo de gozo y aplausos entre los espectadores que con impaciencia esperaban esta escena sangrienta. Se hicieron y aceptaron apuestas tanto sobre la resulta del combate general, como sobre los hechos de armas de ciertos campeones. El aire franco y tranquilo, pero animado de Enrique, fijó sobre él un interés general, y se apostó á que mataba tres de sus enemigos antes de que él cayera.

Apenas Enrique se habia puesto su armadura, cuando los gefes mandaron que cada uno se pusiera en su puesto, y al mismo instante se oyó salir de entre la multitud, á quien el cuidado con que miraba tenia en silencio, la voz

de Simon Glover, que le llamaba y decia:— ¡ Enrique Smith! ¡ Enrique Smith! ¿ qué locura te ha dado ahora?

— Si; él quiere impedir que su yerno, — su yerno presente ó futuro, — pase por las manos del armero; pensó á lo primero Enrique. Su segundo pensamiento fué de retirarse y de ir á hablarle; pero el tercero le recordó que no le permitia el honor ni abandonar por ningun motivo la tropa, cuya causa tenia prometido abrazar, ni aun dar á entender queria diferir el combate.

No cuidó, pues, sino de lo que se trataba por el momento. Se colocaron los dos bandos por sus respectivos gefes dividiéndolos en tres lineas de diez hombres cada una. Los pusieron á una distancia capaz los unos de los otros, para que cada individuo quebase libre para mover la espada en todas direcciones; porque tenia cada espada cinco pies de longitud sin contar la empuñadura. La segunda y la tercera fila debian servir de reserva en caso que la primera fuera derrotada. A la derecha de las filas del clan de Quhele, se puso en segunda fila

el gefe Eachin Mac-Ian entre dos de sus hermanos de leche. Cuatro de ellos ocupaban el extremo derecho de la primera fila y los otros dos guardaban las espaldas de su gefe querido. Torquil habia tomado puesto inmediato á él, para estar mas á la mano y defenderle. Por lo visto se hallaba Eachin en el centro de nueve hombres los mas robustos del bando, teniendo delante de sí cuatro defensores, uno á cada lado y tres á la espalda.

Dispusiéronse las filas del clan de Chattan por el mismo orden, á excepcion de que se puso el gefe al centro de la segunda fila en lugar de ponerse al extremo derecho. Enrique Smith que no veía en las filas opuestas mas que un enemigo solo, al desgraciado Eachin, se propuso ponerse al extremo izquierdo de la primera linea del clan de Chattan. Pero Mac-Gillie no aprobó este arreglo, y recordando á Enrique su deber de obedecerle por estar á sueldo suyo, le mandó ponerse en tercera fila inmediatamente detrás de él. Este puesto era ciertamente honorífico y no le podía rehusar Enrique, pero le aceptó de mala gana.

Por este medio quedaron los dos clanes frente á frente; anunciaban su animosidad heredada y su impaciencia por venir á las manos con gritos feroces, que dados á lo primero por el clan de Quhele, se repitieron por el de Chattan, blandiendo al mismo tiempo las espadas y amenazándose mutuamente, como si quisieran vencer la imaginación de sus enemigos, antes de combatirlos cuerpo á cuerpo.

Torquil, que nunca temió por sí mismo, no estaba en este crítico momento sin recelo por su gefe. Se tranquilizó sin embargo al verle con un aire de resolución, dirigiendo á sus compañeros palabras propias con que animarlos al combate, y expresar su determinación de participar de su destino, y de vencer ó morir con ellos. Pero no se le dió tiempo de alargar su arenga. Las trompetas del rey tocaron á la carga, las gaitas hicieron señal, con su áspero sonido, y los combatientes en buen orden, doblando el paso á proporcion de como avanzaban, y acabando por correr, se vinieron á encontrar en el centro de la lid, como

se encuentra el torrente furioso con el flujo que se avanza.

Por algunos instantes, las dos primeras filas, en que los combatientes se atacaban unos á otros con sus largas espadas, no presentaron mas que una serie de combates singulares. Pero los campeones de las otras dos lineas, impelidos por el odio y el ansia de gloria, tomaron bien pronto parte en la acción, llenando los espacios que separaban á los combatientes de la primera linea, é hicieron de esta escena un caos tumultuoso, por encima del que se veia levantar y bajar las espadas, las unas todavía brillantes, las otras teñidas en sangre, y que parecian, por la rapidez con que menudeaban los golpes, mas bien moverse por un complicado mecanismo, que agitadas por mano de hombres. Algunos de los combatientes, al verse tan juntos, y que no podian servirse de armas tan largas, se habian valido de los puñales y procuraban atacar mas de cerca á sus enemigos colocados á su frente. A este tiempo corria ya la sangre, y los gemidos de los que caian se mezclaban con los gritos de los que

peleaban. Estos clamores mas merecian el nombre de ahullidos, por el modo con que los daban los montañeses. Aquellos espectadores, cuya vista estaba ya bien habituada á tales escenas de tumulto y sangre, no podian con todo descubrir alguna ventaja en un partido contra el otro. Por diferentes intervalos, ya parecia superior el clan de Quhele, ya el de Chattan; pero no era mas que momentanea la ventaja, y el que la habia logrado, al instante la perdia por otro ataque mas vivo de sus enemigos. Sobresalian los sonidos agudos de las gaitas al tumulto, y excitaban nuevos esfuerzos en el furor de los combatientes.

De repente, y como por mutuo consentimiento, los instrumentos de ambos bandos tocaron retirada, haciendo escuchar sonidos lúgubres, como si fueran un canto fúnebre en honor de los que habian perdido la vida. Separáronse los dos partidos por algunos minutos para respirar. Examinaba con atencion la vista de los espectadores las filas claras cuando se retiraban del combate; pero aun hallaron como imposible decidir qué partido habia su-

frido mas. Al parecer el clan de Chattan habia perdido menos hombres; pero en descuento los plaid's ensangrentados de sus campeones probaban que este contaba mas heridos porque por una y otra parte los mas de los combatientes habian arrojado los capotes. Veinte hombres eran en todos los que quedaban en el campo entre muertos y moribundos. Brazos y piernas separadas del tronco, cabezas hendidas hasta la nuca; tajaduras que iban desde el hombro hasta el pecho, testificaban al mismo tiempo el furioso encarnizamiento del combate, la naturaleza fatal de las armas de que se servian, y la terrible fuerza de los brazos que las manejaban. El gefe del clan de Chattan se habia portado con valor y resolucion, y estaba herido levemente. Eachin, cercado de sus guardias de corps, habia combatido tambien valerosamente. Su espada estaba teñida de sangre, su exterior osado y todo él belicoso; y se sonrió cuando el viejo Torquil le dió un abrazo muy apretado colmándole de bendiciones y elogios.

Despues de haber dado los gefes dos minutos de descanso, volvieron á formar sus lineas,

reducidas á casi dos tercios de lo que antes eran. Tomaron posicion en un terreno mas próximo al rio, que aquel donde antes habian peleado, y que se hallaba cubierto de muertos y heridos. Se veian algunos enderezarse á observar lo que pasaba en el campo de batalla, y luego dejarse caer, la mayor parte para morir desangrados por las profundas y anchas heridas ocasionadas por la claymora.

Distinguíase con facilidad á Enrique Smith tanto por su traje tan diferente del de los montañeses, como porque se habia quedado en el puesto en que habia peleado, de pie derecho, y apoyado sobre la espada, cerca de un cadaver, cuya cabeza cubierta con un casquete en que se veia bordada una rama de encina, distintivo de los guardias de corps de Eachin, habia sido arrojada á diez pies del cuerpo con la fuerza del golpe que la separara del tronco. Enrique, despues que hubo muerto á este hombre, no habia dado un solo golpe, contentándose con estar á la defensiva, parando los golpes que le tiraban, y algunos que dirigieron contra el gefe. Mac-Gillie Chattanach se alar-

mó algun tanto, cuando, despues de haber dado la señal á sus gentes para formar las filas, vió que se quedaba este formidable defensor á cierta distancia y que se mostraba muy poco dispuesto á reunirse á los demás.

— ¿Qué tienes tú, pues? le preguntó él; un cuerpo tan robusto como el tuyo podrá estar animado por un espíritu bajo y cobarde? ¡Vamos! disponte para el combate.

— Vos me habeis dicho hace algunos instantes, que yo estaba á vuestro sueldo; siendo eso así, respondió Enrique mostrando el cada-ver tendido á sus pies, harto he trabajado por el sueldo de un dia.

— Yo recompenso sin contar el sueldo al que me sirve sin contar las horas.

— En ese caso, replicó Smith, yo sirvo como voluntario, y tomaré el puesto que mejor me convenga.

— Como tú quieras, respondió Mac-Gillie Chattanach, quien juzgó prudente ceder á las fantasías de un auxiliar tan importante.

— Eso basta, dijo Enrique, y poniéndose la espada al hombro, se juntó con los otros, colo-

cándose en frente del gefe del clan de Quhele.

Entonces fué cuando la resolucion de Eachin comenzó por la primera vez á debilitarse. Él habia considerado por largo tiempo á Enrique como el combatiente mas fuerte que Perth y sus contornos hubieran podido enviar á la lid. Al odio que contra él habia concebido como rival suyo, se añadia el recuerdo de la facilidad con que, aunque sin armas, habia reducido á nada, poco tiempo antes, su ataque repentino y desesperado; tan luego como le vió que dirigia los ojos hácia donde él estaba, levantando su hierro ensangrentado, pronto para atacarle personalmente, le faltó el valor, y manifestó algunos sintomas de temor, que no pudieron escapar á la vigilancia de Torquil.

Fué una fortuna para Eachin, que Torquil, como verdadero hijo de Gael, fuese incapaz de concebir la idea de que un individuo de su clan, y menos aun que otro, su gefe á quien él habia criado, pudiera faltarle el valor fisico. Si se lo hubiera podido imaginar, su desesperacion y rabia le hubieran impelido á cortar por su misma mano el hilo de la vida de Ea-

chín para evitarle que profanara su honor. Pero su alma se resistió al pensamiento que le pareció monstruoso y contrario á la naturaleza, que aquel á quien él había criado se hiciese accesible á la cobardía. Era para él un enigma el estado en que le miraba, y la suposición de que estaba sujeto al influjo de un encantamiento era la solución que le presentaba su superstición. Preguntóle pues con inquietud y en voz baja: — ¿Obra el encanto ahora sobre tu alma, Eachín?

— Sí, ¡cuán desgraciado soy! respondió el desdichado joven indicando al armero, y ese es el cruel encantador.

— ¡Qué! exclamó Torquil ¿y llevas una armadura fabricada por su mano?—Normau, miserable hijo ¿por qué le has traído esta maldita cota de malla?

— Si mi flecha no acertó al blanco, respondió Norman nan Ord, mi vida será la segunda que yo dispararé. — Estad firme, y vereis como deshago el encanto.

— Si, tengámonos firme, dijo Torquil, bien puede ser un encantador habil; pero mis oídos

oyeron, y mi lengua pronosticó que saldría Eachín de este combate, sano, libre y sin herida. Veamos si el hechicero sajón puede desmentir esto. Bien puede ser muy robusto, pero todo el monte de encina\* caerá con ramas, tronco y raíces, antes que ponga la mano sobre mi querido hijo Eachín. Poneos al rededor de él, ¡hijos míos, — ¡*Bas air son Eachín!*

Los hijos de Torquil repitieron estas palabras, que significan: — ¡Muramos por Hector!

Animado por su afecto, Eachín pareció reanimado, y exclamó con voz esforzada á sus músicos de gaita: — ¡*Seid suas!* es decir, — Tocad los instrumentos.

Los tonos salvages del píbroch anunciaron de nuevo la carga. Pero los dos partidos se aproximaron á paso mas lento que la vez primera, como hombres que habian aprendido á conocerse y respetarse por su valor. Enrique, con su impaciencia por pelear, marchó mas ligero que sus compañeros, é hizo señal á Ea-

\* Alusión al nombre de Torquil de la Encina y á sus ocho hijos.

chin para que viniese á su encuentro. Pero Norman se abalanzó para cubrir á su hermano de leche, y hubo una pausa general, aunque muy corta, como si los dos partidos, hubieran querido sacar de este combate singular algun agüero sobre la fortuna del dia. Adelantose el montañés con la espada levantada en ademán de tirarle el golpe, pero en cuanto él llegó á la distancia de esta arma, saltó con ligereza por encima de la espada de Smith, sacó su dirk, que era el mismo que le habia regalado Enrique, y, hallándose cuerpo á cuerpo con él, le dió una puñalada al lado del cuello haciéndola descender hácia el pecho, y diciendo al mismo tiempo:—Tú mismo me has enseñado como se debe sacudir el golpe.

Mas Enrique llevaba su excelente loriga, con defensa doble por un forro de acero templado. Si su armadura no hubiera sido tan buena, este instante hubiera sido el término para su carrera de combates; pues ni con ser tan excelente pudo librarle de una herida leve.

—Loco, replicó él dando á Norman un golpe con el pomo de la espada que le hizo ir para

atrás, yo te enseñé á dar el golpe mas no á pararle; y levantando al mismo tiempo la espada la dejó caer con tal fuerza en la cabeza de su adversario, que le hendió el craneo á pesar del casquete de acero que tenia puesto. Saltando entonces por encima del cuerpo inanimado de su enemigo corrió hácia el joven gefe, que estaba de facha con él.

Pero la voz de Torquil, fuerte como el trueno, gritó: — ¡*Far el air son Tachin!* es decir, ¡Muera otro por Hector! y los dos hermanos puestos á cada lado del gefe, echando adelante y atacando á Enrique los dos á un tiempo le obligaron á quedarse á la defensiva.

— Adelante, ¡hijos del Gato Tigre! exclamó Mac-Gillie Chattanach; adelante, ¡al socorro del valiente sajón! que sientan vuestras uñas estos gavilanes.

El mismo gefe, aunque con bastantes heridas, voló al auxilio de Enrique y echó por tierra á uno de los leichtachs que le atacaban, al tiempo que la buena espada de Enrique le desembarazó del otro.

—; *Reist air son Eachin!* ; Muérase aun por Hector! exclamó el fiel Torquil.

—; *Bas air son Eachin!* ; Muramos por Hector! repitieron dos de sus hijos, que tenían el mismo afecto, y sostuvieron el ataque del armero y de los que habían venido en su auxilio; en tanto que Eachin, yéndose hacia el ala izquierda, buscó en ella adversarios menos temibles, y con algunas chispas de valor reanimó la esperanza vacilante de sus compañeros. Los dos hijos de la encina que habían cubierto esta embestida tuvieron la misma suerte que sus hermanos, porque el grito del gefe del clan de Chattan había traído hacia este lado unos cuantos de sus mas valientes guerreros. A pesar de esto no murieron en valde los hijos de Torquil; pues que tanto los vivos como los muertos de Chattan conservaban las terribles marcas de sus claymoras; pero la precision de quedarse los soldados mas distinguidos al rededor del joven gefe, por necesidad debió ser para ellos una circunstancia muy perjudicial, que influyó mucho para el resultado contrario en el combate al clan de Quhele. Esta-

ban entonces tan claras las filas de los combatientes que era facil ver no contaba ya mas que quince el clan de Chattan y entre ellos varios heridos, y el de Quhele solos diez, de que hacian aun parte cuatro de los guardias de corps de Eachin, contando en ellos á Torquil.

Continuóse no obstante peleando con encarnizamiento y parecia que se redoblaba el furor á medida de como iban faltando á los combatientes las fuerzas físicas. Enrique Smith, aunque cubierto de varias heridas, no cuidaba sino de acabar con los braves que protegian al objeto de su animosidad, ó en hacerse paso hasta él; mas al repetir el valiente Torquil las palabras: —; *Far eil air son Eachin*, le respondian con entusiasmo las de —; *Bas air son Eachin!* y aunque fuese por entonces inferior en número el clan de Quhele, parecia dudoso el éxito del combate. Una debilidad absoluta forzó á los dos partidos para que hicieran otra pausa.

Entonces se notó no quedaban mas que doce hombres al clan de Chattan, pero apenas podian sostenerse dos ó tres de ellos, si no

se apoyaban en las claymoras. El clan de Quhele ya no tenia mas que cinco, Torquil y el menor de sus hijos, ambos heridos levemente, completaban el corto número á que se hallaba reducido el bando. Eachin era el solo, que, á causa del cuidado que se habia puesto en parar todos los golpes que se le dirigian, no tenia ninguna herida. La falta de fuerzas habia cambiado la rabia de ambas partes en desesperacion sombría. Los que habian quedado vivos andaban vacilantes como los somnábulo en medio de los cuerpos inanimados, que miraban como para que reviviera en ellos el odio contra los de sus enemigos que aun sobrevivian, contemplando á sus amigos, para ellos ya perdidos.

Bien pronto vieron los espectadores como los que habian quedado vivos despues de tal combate mortal, se reunian en la orilla del rio Tay, terreno que por estar menos regado con la sangre no era tan resbaladizo y se hallaba menos embarazado de cadáveres, con el ánimo de concluir allí la obra del exterminio.

— Por el amor de Dios, por la misericordia

que diariamente le pedimos, dijo el buen viejo del rey al duque de Albany, ¡pongamos término á este combate! No permitamos que esos residuos desgraciados de criaturas humanas, prosigan una carnicería tan horrorosa. ¡Seguramente que ahora darán oídos á la razon, y aceptarán la paz bajo condiciones equitativas!

— Sosegaos, señor, le dijo su hermano. Esos montañeses son la peste de las tierras bajas, aun viven los dos gefes. Si se retiran sin peligro, de nada sirve la fatiga de este día. Acordaos que habeis prometido al consejo no decir: Basta.

— Me forzais á cometer un gran crimen, Albany, tanto como rey, obligado á la proteccion de sus súbditos, cuanto como cristiano que debe amar á sus hermanos.

— Os engañais, señor; estas gentes no son vasallos fieles sino rebeldes desobedientes, como lor Crawford puede testificarlo, y mucho menos son cristianos, porque os dirá por mi el prior de Dominicos que son mas de medio paganos.

El rey dió un profundo suspiro: — Haced lo

que os parezca, dijo él, vos sois demasiado sabio para mí, no puedo disputar con vos. Yo no puedo hacer mas que volver la cabeza, cerrar los ojos para no ver un carnage que me quebranta el corazon, y taparme los oídos para no oír el ruido que le anuncia. Pero yo sé que Dios me castigará por haber permitido esta matanza espantosa, y además por haberla presenciado.

— ¡Tocad, trompetas! exclamó Albany; se pondrán duras las heridas si están más tiempo parados.

Durante esta conversacion, abrazaba Torquil y animaba al joven gefe.

— Resiste aun al encanto solo por algunos minutos, le dijo él; consuélate, tú saldrás sin herida del combate, sin un araño. Consuélate, te digo.

— ¿Cómo puedo yo consolarme, respondió Eachin, cuando mis esforzados hermanos han muerto á mis pies uno tras otro, cuando han muerto por mí, que no merezco un afecto semejante?

— ¿Y para qué nacieron ellos sino para mo-

rir por su gefe? respondió Torquil con serenidad. ¿Debe sentirse que la flecha no entre otra vez en el carcax, cuando tocó al blanco? Consuélate, vuelvo á decirte. He aqui Tormot y yo, no estamos mas que levemente heridos, en tanto que esos gatos monteses se arrastran en la llanura como si estuvieran medio ahogados por los perros. Tengámonos aun firmes algunos instantes, y quedará por vos el triunfo, aunque pueda suceder quedeis vos solo para cantar la victoria. — ¡Gaiteros, tocad á la carga!

Oyóse de ambas partes y al mismo tiempo el sonido de los instrumentos guerreros, y vinieron á las manos los restos de los clanes enemigos por tercera vez, no cierto con el mismo vigor, pero con la misma rabia que no habia perdido nada de su violencia. Los que por su cargo debían observar neutralidad, tomaron parte en la pelea, siéndoles ya imposible quedar en inaccion. Los dos guerreros veteranos que llevaban la bandera de su tribu se habian adelantado poco á poco á las dos extremidades de la lid, y acercado al teatro de esta lucha san-

griente. Cuando vieron mas de cerca esta escena horrorosa de sangre, llevados del deseo de vengar la muerte de sus hermanos, se embistieron furiosos uno á otro con las lanzas de que pendian los estandartes, se asieron por el cuerpo despues de haberse hecho muchas heridas, sin dejar las banderas, y continuaron esta lucha con un ardor tan ciego, que cayeron ambos en el Tay, donde los hallaron ahogados despues del combate entrelazados por los brazos. El furor por las armas, la rabia y la desesperacion se apoderaron luego de los músicos. Los dos tocadores de gaita, que mientras el combate habian hecho todos los esfuerzos imaginables para reanimar el valor de sus conciudadanos, viendo casi acabada la contienda por falta de brazos que la sostuvieran, arrojaron los instrumentos y se precipitaron uno sobre otro, puñal en mano, procurando cada uno matar á su contrario mas bien que defenderse. El músico del clan de Qubele fué muerto sobre la marcha, y el de Chattan cayó tambien al mismo tiempo herido mortalmente. Recogió sin embargo su instrumento, y el sonido espi-

rante de su pibroch prosiguió dando esfuerzo á los combatientes hasta el instante mismo en que desamparó la vida al que le hacia sonar. El instrumento de este músico, ú por lo menos lo que se llama el tubo, se conserva todavia hoy en la familia de un gefe montañés, donde le veneran mucho con el nombre de *Federan Dhu ó tubo negro* \*.

Durante esta última carga habia sido Tormot destinado por su padre á la custodia y defensa del joven gefe, y el hierro inexorable de Smith le habia hecho una herida mortal. Los dos guerreros que restaban del clan de Qubele habian sucumbido tambien, y Torquil, con Eachine, y su hijo Tormot forzados á batir en retirada,

\* Cluny Mac-Pherson, hoy gefe de su clan, conserva en su poder este antiguo trofeo por el que consta la presencia de sus antepasados en el North-Inch. Otra tradicion dice que se apareció en el aire un gaitero por encima del clan de Chattan, y que despues de haber tocado unas sonatas salvages con su instrumento, le dejó caer. Como el tal instrumento era de vidrio, se quebró por la caída, y no quedó mas que el tubo, que, segun el uso era de *lignum vitæ*. El tocador de gaita de la tribu de Mac-Pherson recogió este tubo encantado, y su posesion se mira como una cosa que asegura la prosperidad de este clan.

(Nota del autor.)

se pararon á la orilla del Tay con el fin de hacer allí el último esfuerzo, en tanto que ocho ú diez hombres que restaban del clan de Chatan se adelantaban por intervalos desiguales y tan de pronto como se lo permitian sus heridas, con el intento de atacarlos. Apenas habia llegado Torquil á este sitio, resuelto á vender su vida muy cara, cuando Tormot cayó á sus pies y espiró al instante. Su muerte arrancó á su padre el primero, el único suspiro que hubiera dado en todo el tiempo de este combate atroz.

— ¡Hijo mio Tormot! exclamó él, ¡el mas joven y mas querido de todos mis hijos! Pero, si yo salvo á Eachin, ¡todo se salva! ¡Mi querido hijo! yo hice por tí todo lo que puede hacer un hombre, como no sea el último sacrificio. Déjame desprender los broches de esa fatal armadura y toma la de Tormot, es ligera y te vendrá bien. En el entretanto voy sobre estos heridos que se avanzan, y yo los trataré lo mejor posible. Pienso no me darán mucho que trabajar, porque vienen uno en pos de otro como caballos cansados. A lo menos, hijo mio

querido, si no puedo salvar tu vida, te haré ver como debe morir un hombre.

Diciendo esto desenganchó los broches de la loriga del joven gefe, persuadiéndole su supersticion, que así deshacia el encanto en que le tenian el temor y la nigromancia.

— ¡O padre mio! ¡y mas que padre! clamó el infeliz Eachin, quedaos cerca de mí. Estando vos á mi lado, pienso poder combatir hasta el último aliento.

— ¡Es imposible! respondió Torquil, es preciso que yo los impida llegar aqui en tanto que te pones la armadura de Tormot. ¡Dios te proteja siempre, ¡hijo querido de mi alma!

Torquil de la Encina, blandiendo su espada, se precipitó adelante, dando el grito fatal que tantas veces habia resonado en esta llanura sangrienta: — ¡*Bas air son Eachin!* Se le oyó pronunciar estas palabras tres veces con una voz de trueno, y cada vez que dió este grito de guerra hizo morder la tierra á uno de los guerreros que encontraba sucesivamente.

— ¡Bravo, halcon viejo! Animo! ¡clamaron los espectadores al ver los esfuerzos prodigio-

sos que parecian, aun en este último instante, capaces de mudar la fortuna del dia. Sucedió de repente á estos gritos el silencio, y el encuentro de Enrique Smith con Torquil de la Encina, causó un ruido de espadas tan terrible como si acabara de comenzar el combate. Atacáronse de estocada y cuchillada con tanto ardor como si sus dos espadas acabaran de desenvainarse. Ambos estaban llenos de animosidad, porque Torquil conocia muy bien al infame hechichero, (como él le suponía) que habia encantado á su hijo, y Enrique veía delante de sí al gigante que, por todo el tiempo del combate, le habia estorbado ejecutar el único intento que le habia hecho tomar las armas. Combatieron con una igualdad que no hubiera existido, si Enrique, mas herido que su antagonista, no hubiera perdido algun tanto de su agilidad ordinaria.

Hallándose solo Eachin en este intermedio, despues de vanos esfuerzos para ponerse la armadura de su hermano de leche, se halló reanimado por un movimiento de vergüenza y desesperacion, voló al socorro de su padre

en esta terrible lucha, antes que algun otro guerrero del clan de Chattan tuviera tiempo de llegar donde se hallaba Torquil. No estaba mas que á quince pasos, bien resuelto á tomar parte en esta pelea mortal, cuando cayó el viejo montañés abierto el pecho de una cuchillada, desde la clavícula hasta cerca del corazon, y diciendo todavia entre dientes cuando daba el último bostezo: — ¡*Bas air son Eachin!* El desgraciado joven vió al mismo tiempo sucumbir al último de sus amigos, y al enemigo mortal que le habia perseguido encarnizado durante todo el combate, en pie delante de él, á distancia de lo largo de su espada, y blandiendo esta arma pesada que le habia franqueado el paso por entre tantos obstáculos para embestir contra su vida. Tal vez esta vista bastó para llevar al último grado su timidez natural, tal vez se acordó en este instante de que no tenia armadura, y que algunos otros enemigos, en realidad heridos, y andando con paso desigual, pero sedientos de sangre y venganza, se acercaban á él apresurados. El hecho es que su corazon se angustió, su vista se ofuscó,

los oídos le zumbaron, y se sintió con la cabeza atacada de vértigo, desapareciendo cualquier otra consideracion en presencia del temor de la muerte que le amenazaba. Dió sin embargo al acaso una estocada á Enrique y evitando la que le volvió este, saltó luego hácia atrás con presteza y se precipitó en el Tay antes que tuviese tiempo el armero de levantar el brazo por segunda vez. Oyéronse los vayas afrentosos que le daba en todas direcciones el desprecio general, que le persiguió en tanto que atravesaba el río á nado, aunque puede ser no hubiera entre todos los que le hacian un objeto de irrisión, doce que hubiesen mostrado mas valor en otras tales circunstancias. Enrique siguió con la vista al fugitivo, sorprendido y silencioso, pero no pudo reflexionar sobre las consecuencias de su fuga, por la debilidad que parecia reducirle al abatimiento, luego que no se sintió animado por el combate. Sentóse á la orilla del río y procuró restañar la sangre que le corria de diferentes heridas.

Recibieron los vencedores el tributo de aplausos que se les debía. El duque de Albany

con otros varios señores entraron en la lid, y Enrique recibió de ellos muchas honras, y particulares atenciones.

— Si quieres entrar en mi servicio, valiente mio, le dijo Douglas, te haré cambiar el mandil de piel por un cinturón de caballero, y te daré un dominio de cien libras de renta anual, para que puedas mantener tu rango.

— Os lo agradezco mucho, milor, respondió el armero como desfallecido. Bastante sangre he derramado ya, y el Cielo me ha castigado con no permitirme lograr el único fin que me propuse al tomar parte en esta pelea.

— ¡Cómo, es eso amigo! dijo Douglas, ¿no has combatido tú por el clan de Chattan? ¿no has ganado una gloriosa victoria?

— *He combatido para mi propia mano*; respondió Enrique con indiferencia, y esta expresion vino á ser un proverbio, que aun hoy se usa en Escocia.

El buen rey Roberto llegó entonces, en un palafren caminando á paso castellano. Habia entrado en la lid, para mandar se diera socorro á los heridos.

— Conde de Douglas, dijo él, vos fatigais á ese pobre hombre hablándole de negocios temporales, cuando parece no tiene mas que muy poco tiempo para cuidar de los espirituales. ¿No tiene aquí algunos amigos que le lleven donde se le puedan administrar los socorros corporales y espirituales?

— Él cuenta tantos amigos cuantos son los valientes de Perth, señor, dijo sir Patricio Charteris, y yo me considero como uno de los que se interesan mas por él.

— La banasta siempre huele al arenque, dijo el altanero Douglas volviendo su caballo; la proposición de recibir de mano de Douglas la orden de caballería, le hubiera sacado de las garras de la muerte si corriera una sola gota de sangre noble por sus venas.

El caballero de Kinfauns se apeó del caballo sin hacer caso del sarcasmo del poderoso Douglas, con la intencion de sostener en sus brazos á Enrique Smith, que habia caído boca arriba desmayado; pero le previno Simon Glover, que acababa de llegar con muchos de los primeros vecinos de la ciudad.

— ¡Enrique! ¡mi querido Enrique! ¿por qué te has metido tú en este fatal combate? ¡Qué! ¡te mueres! ¡sin habla!

— No, dijo Enrique; no sin habla. Catalina... Él no pudo decir mas.

— Catalina, creo que lo pasa bien, dijo Simon, y ella será tuya, es decir si...

— Si está en seguridad, quieres tú decir, anciano; respondió Douglas, quien aunque picado por haberse negado Enrique á su propuesta, era demasiado magnánimo para no tomar interés en lo que pasaba en este grupo. Ella está en seguridad, si la bandera de Douglas se halla en estado de protegerla; y ella será rica, porque Douglas puede dar la riqueza á los que la estiman mas que el honor.

— En cuanto á la seguridad, milor, respondió Glover, dignese el noble Douglas de aceptar mi gratitud y las bendiciones de un padre; pero por lo que dice á la riqueza, nosotros somos bastante ricos, milor. No será el oro lo que me restituya este hijo querido.

— ¡Maravilla! exclamó el conde, un villano rebusa la nobleza ¡un ciudadano desprecia el oro.

— Con permiso de Vuestra Señoría, dijo sir Patricio Charteris, yo que soy noble y caballero, me tomaré la libertad de decir, que un hombre tan bravo como Enrique del Wynd, no tiene necesidad de títulos honoríficos, y que un buen ciudadano como este anciano respetable, puede fácilmente pasarse sin el oro.

— Teneis razon en volver por vuestra ciudad, sir Patricio, replicó Douglas, y yo no me doy por ofendido en ello. No violento á nadie para que acepte mis beneficios. Y acercándose al duque de Albany le dijo á media voz: — Seria muy del caso que Vuestra Alteza cuidase de alejar al rey de esta escena de horror y sangre; porque es indispensable sepa esta noche lo que será público mañana por la mañana en toda Escocia. Esta contienda ya se acabó; pero siento ver tendidos por tierra tantos valientes Escoceses cuyos brazos hubieran podido decidir las batallas con ventaja de su patria.

No sin trabajo se determinó al rey Roberto para que dejara esta lid ensangrentada. Corrian las lágrimas por sus megillas venerables y

su barba blanca; conjuró á los nobles y clérigos que le rodeaban, para que dispensaran todos sus cuidados á los cuerpos del corto número de heridos de quienes se podia esperar conservarían la vida, y para que dieran á los muertos honorífica sepultura. Los clérigos presentes tomaron á su cargo estos dos deberes, y cumplieron su promesa con otro tanto celo como fidelidad.

Así tuvo fin este combate célebre. De sesenta y cuatro bravos guerreros, incluyendo los gaiteros y los portaestandartes que se metieron en esta lid fatal, no quedaron mas que siete, que se pusieron en camillas en un estado muy poco diferente del de los muertos y moribundos, de que estaban rodeados, y que se llevaron como á ellos del lugar en que habian peleado. Eachin solo le habia dejado sin herida... y sin honor.

No nos queda sino añadir que ni uno solo de los campeones del clan de Quhele sobrevivió á este combate sangriento. La disolucion de su confederacion fué consecuencia de esta derrota. Los nombres de los clanes que la forma-

ban no son mas que una materia de conjetura para el anticuario, porque despues de este último negocio no se reunieron jamás bajo la misma bandera. El clan de Chattan, por el contrario, continuó floreciendo y aumentándose; y las mejores familias de las montañas del norte de la Escocia, hacen gloria en descender de la raza de los gatos monteses.

## CAPITULO XXXV.

En tanto que volvía el rey á paso lento hacia el convento, donde habitaba por entonces, Albany, alteradas las facciones dijo al conde Douglas tartamudeando: — Vuestra Señoria, que ha visto esta escena lamentable en Falkland, ¿no se querrá encargar de dar una

ban no son mas que una materia de conjetura para el anticuario, porque despues de este último negocio no se reunieron jamás bajo la misma bandera. El clan de Chattan, por el contrario, continuó floreciendo y aumentándose; y las mejores familias de las montañas del norte de la Escocia, hacen gloria en descender de la raza de los gatos monteses.

## CAPITULO XXXV.

En tanto que volvía el rey á paso lento hacia el convento, donde habitaba por entonces, Albany, alteradas las facciones dijo al conde Douglas tartamudeando: — Vuestra Señoria, que ha visto esta escena lamentable en Falkland, ¿no se querrá encargar de dar una

tan triste noticia á mi desgraciado hermano?

— No me haré cargo de tal cosa por toda la Escocia, respondió Douglas, querria mas descubrir el pecho á tiro de flecha, para servir de blanco á cien ballesteros del Tynedale. No ¡ por santa Brigida de Douglas! Yo no podria decir sino que habia visto muerto á ese infeliz joven principe; Vuestra Alteza podrá, tal vez mejor que yo, explicarle como aconteció este caso. Si no fuera por la rebelion de March, y la guerra contra la Inglaterra, podria yo decir lo que pienso. A estas palabras saludando el conde al rey tomó el camino de su alojamiento, dejando al duque de Albany, que saliese del paso como mejor pudiera.

— ¿ A causa de la rebelion de March y de la guerra contra la Inglaterra? dijo el duque para consigo. — Sí, y por tu propio interés, conde soberbio; pues que por imperioso que seas, no te atreverás á separarle del mio. — ¡ Y bien! puesto que cae sobre mi este cargo, será preciso desempeñarle.

Siguió al rey hasta su cuarto. Roberto se

sentó donde acostumbraba, y miró como pasado á su hermano.

— ¡ Qué inmutado estás, Robin! le dijo él, quisiera que reflexionaras con mas seriedad cuando se trata de la efusion de sangre, pues que tanto te afectas despues que se ha derramado. Y con todo eso, Robin, yo te quiero mas que antes, viendo se deja ver algunas veces tu buen natural, aun por entre tu política estudiada.

— ¡ Ah! ¡ si quisiera Dios, mi querido hermano y rey mio, dijo Albany con una voz entre cortada, que yo no tuviera nada mas funesto que anunciaros, sino lo visto en la llanura sangrienta de donde venimos! Muy poco sentimiento tendré yo por los miserables salvages, cuyos cadáveres están apilados en ella. Pero... Aquí se paró.

— ¡ Cómo! exclamó el rey lleno de terror; ¿ qué nueva desgracia es esa? Rothsay... sí, esto debe ser, es Rothsay... Explicate ¿ Qué otra locura hizo? ¿ Qué le puede haber sucedido?

— Señor.... rey mio.... la carrera de las locuras de mi sobrino Rothsay acabó con él.

— ¡Ha muerto! ¡ha muerto! exclamó el desgraciado padre desesperado.— Albany, como hermano tuyo, te conjuro para que... Pero no, ya no soy tu hermano; como rey, hombre sutil y tenebroso, te mando me digas toda la verdad por mas espantosa que sea.

Albany tartamudeó: — Señor, no sé los detalles sino imperfectamente. Pero es demasiado cierto que la noche pasada encontraron á mi desgraciado sobrino muerto en su cuarto, de resultas de una enfermedad repentina, segun he oido decir.

— ¡Oh Rothsay! ¡oh mi predilecto Roberto! ¡Ojala que hubiera yo muerto por tí, hijo mio! ¡querido hijo mio!

Así hablaba, usando de las expresiones tiernas de la Santa Escritura, este padre infeliz, privado ya de la mas dulce esperanza, tirándose de la barba y cabellos blancos; en tanto que Albany, mudo y agitado por los remordimientos, no tenia valor para contener la explosion del dolor paterno. Pero la pena del rey se mudó casi al instante mismo en un acceso de furor, tan contrario á su caracter apacible y ti-

mido, que los remordimientos de Albany dieron lugar al temor.

— ¡Y es este el fin de tus máximas morales y de tus penitencias y austeridades religiosas! exclamó Roberto. Pero el padre insensato que puso su hijo en tus manos, que entregó el cordero inocente al carnicero, es un rey; sí, tú lo sabrás á costa tuya. ¿Se quedará el asesino libre y sin castigo en presencia de su hermano, con las manos teñidas en sangre del hijo de este mismo hermano? ¡No! ¡ola! ¡ola! ¡Venga uno! — ¡Mac-Luis! — ¡Ah de mis Brandanes! ¡Traicion! — ¡Asesinato! ¡A las armas, los amantes de los Estuardos!

Mac-Luis, á la cabeza de varios guardias, entró precipitadamente en el cuarto del rey.

— Asesinato y traicion, exclamó el infeliz rey. Brandanes, vuestro noble príncipe... Su dolor y agitacion no le permitieron anunciarles la fatal nueva que tenia intencion de participarles. Volvió por fin á proseguir su discurso entrecortado.— Preparad al momento un hacha y un tajo en el patio. Prended... Tampoco pudo acabar la frase.

— ¿A quién se ha de prender? señor; preguntó Mac-Luis, quien al ver lo dominado que se hallaba el rey de un furor tan ageno de su bondad ordinaria, estuvo poco menos que inclinado á creer habia perdido el juicio, á causa de los horrores inauditos del combate sangriento que acababa de presenciar. ¿A quién prendo? señor, repitió, yo no veo aquí mas que al duque de Albany, hermano de Vuestra Magestad.

— Dices bien, replicó el rey, cuyo acceso iba ya calmando, tienes razon; aquí no hay nadie mas que Albany, el hijo de mi padre, nadie sino mi hermano. ¡O Dios mio! ¡dadme fuerzas para resistir esta ira criminal que me abraza el corazon. — *Sancta Maria, ora pro nobis.*

Mac Luis miró sorprendido al duque de Albany, quien procuró disfrazar su confusion afectando una compasion muy viva.

— Esta cruel desgracia, dijo al oido del oficial, ha conmovido con demasiada fuerza su razon, para que no se desarreglara.

— ¿Qué desgracia, milor? preguntó Mac Luis; yo no he sabido cual sea.

— ¿Qué! repuso el duque, ¿no habeis sabido el fallecimiento de mi sobrino Rothsay?

— ¡El duque de Rothsay ha muerto, milor, exclamó el fiel Brandane lleno de horror y pavor; ¿cuándo? ¿cómo? ¿dónde?

— Hace dos dias; las circunstancias no se saben aun; en mi castillo de Falkland.

Mac Luis miró con atencion al duque por un solo instante. Despues con los ojos como candelas, y en un tono firme dijo al rey, que aun parecia estar interiormente rezando:

— Señor hace uno ú dos minutos que habeis comenzado una frase.... una frase, que no le falta mas que una sola palabra. ¡Pronunciadla! vuestra voluntad es una ley para mí.

— Yo estoy pidiendo á Dios me libre de la tentacion, Mac Luis, dijo el monarca desolado, y ¿eres tú quien me expone á caer en ella! ¿Darias tú armas á un furioso? — ¡O Albany! amigo mio, hermano mio, consejero de mi corazon? cómo, ¿cómo pudiste tú resolverte á obrar de este modo?

Viendo Albany que comenzaba el rey á suavizarse, respondió con mas firmeza que antes:

— Mi castillo, señor, no puede oponer ninguna barrera contra la muerte. Yo no he merecido las indignas sospechas que suponen las expresiones de Vuestra Magestad. Yo las perdono como efectos del dolor de un padre privado de su hijo; pero yo estoy pronto á jurar ante la cruz y el altar, por mi salud, por el alma de nuestros padres.....

— ¡Calla! Roberto, dijo el rey; no añadas el perjurio al asesinato, y todo ello, ¡por dar un paso mas hácia el trono y el cetro! — Tómalos de una vez, y ojalá llegues tú á conocer como yo, que son de hierro ardiendo. — ¡O Rothsay! ¡Rothsay! ¡por lo menos, te libraste de la desgracia de ser rey!

— Señor, dijo Mac Luis, permitaseme recordaros, que el trono y el cetro de Escocia, á falta de Vuestra Magestad, pertenecen segun derecho á vuestro hijo el príncipe Jacobo, quien sucede á su hermano en los derechos.

— Tú tienes razon, Mac Luis, exclamó el rey con viveza; y el pobre niño será el sucesor de los peligros que corrió su hermano. Te

lo agradezco, Mac Luis, yo te agradezco me hayas recordado que todavia me resta algo que hacer en la tierra. Pon tus Brandanes sobre las armas lo mas pronto posible. Que nadie nos acompañe sino los que te sean de conocida fidelidad; nadie, sobre todo, que haya tenido relaciones con el duque de Albany, — quiero decir con ese hombre que se dice mi hermano.

— Manda que apronten mi litera al instante mismo. Nos iremos al condado de Dunbarton ó al de Bute, Mac Luis. Las montañas, los precipicios, y el pecho de mis Brandanes defenderán á este niño, hasta que hayamos puesto el oceano entre él y la cruel ambicion de su tio.

— ¡A Dios, Roberto de Albany! ¡A Dios para siempre, hombre sanguinario y empedernido! Goza de la parte del poder que tenga por bien dejarte Douglas; pero no trates de volver á verme. — Guárdate bien, sobre todo, de acercarte al hijo que me resta, porque si tal te sucediere, mis guardias tendrán orden de pasarte con las partesanas. — Mac Luis, encárgate de dar esta orden.

El duque de Albany se retiró sin mas tratar

de justificarse, y sin replicar una sola palabra.

Lo demás de estos acontecimientos pertenece á la historia. En la sesion inmediata del parlamento de Escocia, alcanzó el duque de Albany una declaracion hecha por este cuerpo, en que le juzgaba inocente sobre la muerte de Rothsay, al paso mismo que mostró reconocerse culpado, tomando cartas de amnistia ó de perdon por el crimen. El desgraciado y anciano monarca se confinó en su castillo de Rothsay, condado de Bute, para llorar la muerte del hijo que habia perdido, y velar con desasosiego sobre la conservacion del que le quedaba. No halló medio mejor de poner en seguridad al joven Jacobo sino mandarle á Francia, para que se le educara en la corte del soberano de este pais. Pero fué tomado el navio que llevaba al príncipe de Escocia por un corsario inglés, y, á pesar de la tregua que habia entonces entre los dos reinos, Enrique IV fué tan poco generoso que le retuvo prisionero. Este último golpe acabó de traspasar el corazon del infeliz Roberto III. La venganza descargó, aunque con lentitud, sobre la traicion y

crueldad de su hermano. Es verdad que las canas de Albany bajaron en paz al sepulcro, y que trasmitió á su hijo Murdoch la regencia del reino, adquirida por tan criminales medios; mas diez y nueve años despues de la muerte del anciano monarca volvió á Escocia Jacobo I, y el duque Murdoch de Albany, así como sus hijos, expiaron en el patíbulo sus delitos y los de su padre.



CAPITULO XXXVI.

Destruye el dolo intentado  
Un corazon libre y recto:  
De la fortuna el afecto  
Hacia lo malo inclinado  
Con desprecio se ha mirado.  
BURNS.

Tratemos ahora de la Linda Doncella de Perth, á quien Douglas, despues de la escena dolorosa de Falkland, habia enviado con su hija la duquesa viuda de Rothsay, para ponerla bajo su proteccion. Moraba provisoriamente esta señora en una casa religiosa llamada

Campsie, cuyas ruinas ocupan todavía hoy una situación pintoresca en las márgenes del Tay. Levantábase sobre la cima de una montaña escarpada, que desciende á este bello rio, notable particularmente hácia este punto por la catarata llamada Campsie-Linn, donde se precipitan sus aguas en tumulto por encima de una cadena de rocas de basalto que detiene en ellas su curso como lo haría un dique levantado por la mano del hombre. Encantados por la belleza de un sitio tan poético, los monges de la abadía de Cupar levantaron allí un edificio, dedicado á un Santo apenas conocido, llamado San Hunnando, y acostumbraban retirarse allí, ya para gozar de la vista deliciosa de este paisaje, ya para entregarse con sosiego á la devoción. Habian franqueado apresurados este retiro para recibir á la noble dama, que vivía en esta ocasion allí, porque todo este pais estaba bajo la influencia del poderoso lor Drummond, aliado de Douglas. Recibió la duquesa la carta del conde por mano del gefe de la escolta conductora de Catalina y Luisa. Cualquiera que fuese la razon que tuviera la viuda

para quejarse de la conducta de Rothsay, su fin trágico é inesperado hizo una viva impresion en esta noble señora, y pasó la mayor parte de la noche entregada á su pesadumbre y ejercicios piadosos.

Al dia siguiente por la mañana, que era el memorable domingo de Ramos, la duquesa hizo venir ante sí á Catalina y á Luisa. Ambas á dos estaban aun en grande abatimiento, causado por las escenas horrorosas, que tan recientemente habian pasado á su vista, y el exterior de la duquesa Marjory, como el de su padre, era mas propio para inspirar un temor respetuoso, que para ganar confianza. Hablólas sin embargo con bondad, aunque parecía estar ella misma sumergida en afliccion profunda, y llegó á saber por boca de ellas mismas todo lo que podian decir en cuanto al destino de un esposo imprudente y extraviado. Mostróse muy agradecida por los esfuerzos que Catalina y Luisa hicieron para salvar á Rothsay de la suerte fatal que le preparaba el hado. Convidólas para que se unieran á ella en sus oraciones, y cuando llegó la hora de

comer, les dió la mano á besar y las despidió, asegurándoles, y particularmente á Catalina, su proteccion que les garantia, decia, la de su padre, lo que seria para ambas un muro de defensa mientras ella viviera.

Despidiéronse de la princesa viuda para ir á comer con las dueñas y las damas, cuyo tono de dignidad imponente, que se dejaba ver en medio de su profunda tristeza, heló el corazon ligero de la cantora francesa, é hizo que aun el caracter mas serio de Catalina experimentase algun temor. Las dos amigas, porque así las podemos llamar, no sintieron el verse privadas de la compañía de estas damas, quienes por ser de noble cuna, se creerian abatidas, admitiendo en su compañía á la hija de un paisano y á una cantora errante, y quienes las vieron con gusto salir para dar un paseo por las cercanias del convento. Se avanzaba un jardinito, lleno de arbustos y de frutales al lado del monasterio hasta el precipicio, del que se hallaba separado solo por un parapeto construido al borde de la roca, y tan poco elevado, que la vista podia medir lo profundo del abis-

mo, y ver el agua del rio precipitarse haciendo espuma con mucho ruido por encima del arrefice que estaba á sus pies.

Paseábanse la Linda Doncella de Perth y su compañera, á paso lento, por un sendero que se extendia todo á lo largo de este parapeto en lo interior del jardin. Estaban ellas mirando una perspectiva pintoresca, que les daba á conocer lo que debia ser, cuando la estacion mas adelantada adornaba los árboles y la tierra con el aparato de las bellezas naturales. Guardaron por algun tiempo un profundo silencio. Por fin el genio alegre y vivo de Luisa supo elevarse sobre las circunstancias en que se hallaba todavía.

— ¿ Los horrores de Falkland, bella Catalina, dijo, tienen á vm. todavía sumergida en el abatimiento? Procure vm. olvidarlos como yo hago: no podemos caminar ligeramente por el sendero de la vida, si no sacudimos las gotas de lluvia que caen en la mantilla.

— Estos horrores son de tal naturaleza, que no es facil olvidarlos, respondió Catalina; pero la inquietud en que me hallo sobre la

seguridad de mi padre, es lo que me agita por ahora, y no puedo menos de pensar cuantos valientes pierden la vida en la hora presente, y nada mas que á seis millas de aquí.

— ¿Quiere vm. decir el combate de los sesenta campeones, del que ayer habló á vm. el escudero de Douglas? ¡Qué espectáculo seria para la vista de un trovador! Pero, ¡ay de mis ojos de muger! no han podido jamás mirar como se cruzan dos espadas, sin deslumbrarse; mas, ¡vea vm.! mire vm. allá abajo, Catalina, allá abajo ese mensajero que parece ir tan de prisa, sin duda trae noticias del combate.

— Creo conocer á ese que corre tan ligero, dijo Catalina; pero si es el que yo pienso, parece que algunos pensamientos extraños le dan alas para correr.

Mientras hablaba de este modo, el individuo que corria tan precipitado se dirigia como para venir al jardin. El perrillo de Luisa le salió ladrando al encuentro; pero volvió á toda prisa, y se escondió medroso detrás de su ama, sin dejar de gruñir; porque hasta los mismos

animales saben distinguir cuando el hombre se halla poseido de la energía fogosa de una pasión violenta, y temen hallarse con ellos en su carrera, ó ponerseles al paso. Entró el fugitivo en el jardin sin detener su carrera. Traia la cabeza descubierta y esparcidos los cabellos. Su rica cota y sus demás vestidos parecian haber estado en agua poco tiempo habia; sus botines de cuero estaban cortados y desgarrados, y sus pies dejaban trazas de sangre por donde pisaba. Tenia el semblante huraño y espantadizo, ó, segun la expresion escocesa, exaltado (delirante).

— ¡Conachar! dijo Catalina al tiempo que él avanzaba sin advertir al parecer lo que tenia delante, como hacen las liebres, segun dicen, cuando los galgos las estrechan de cerca; pero se paró de repente al oír su nombre.

— ¡Conachar! dijo Catalina, ó por mejor decir, Fachin Mac-Ian, ¿qué quiere decir todo eso? ¿Ha perdido el clan de Quhele?

— Yo he tenido los nombres que me da esa joven, dijo el fugitivo despues de reflexionar un momento; si, yo me llamaba Conachar

cuando era feliz, y Eachin cuando era poderoso; pero al presente ya no tengo nombre: Ningun clan tiene el que acabas de pronunciar, y es preciso te hayas vuelto loca para hablar de lo que no existe á quien ya no tiene existencia.

— ¡Ah! desgraciado....

— ¿Y por qué desgraciado? si yo soy un cobarde y un traidor, ¿La traicion y cobardía no mandan á los elementos? ¿No he arrostrado las aguas del Tay sin ahogarme? ¿No he corrido por la tierra sin que se abriera para tragarme? ¿Qué mortal podria oponerse á mis designios?

— ¡Ah! está delirando, dijo Catalina; diga vm. que vengan á socorrerle, Luisa; él no me hará mal ninguno, y yo recelo que se le haga á sí mismo. Atienda vm., qué mirada lanza á la terrible catarata.

Luisa se apresuró á ejecutar lo que Catalina le decia, y al parecer el espíritu agitado de Eachin se calmaba por su ausencia: — Catalina, dijo él, ahora que se ha ido esa muger, yo confesaré conocerte. Yo sé cuan amante eres de la paz, y cuanto detestas la guerra: óyeme;

yo he renunciado de todo lo que el hombre tiene de mas querido, antes que dar un golpe á mi enemigo; perdí el honor, la fama, los amigos, pero, y, ¡qué amigos! añadió cubriéndose con ambas manos el rostro! ¡Oh! su amor era mayor que el de una muger. ¿Por qué ocultaré yo mi llanto? Todo el mundo ha visto mi vergüenza, todo el mundo debe ver mi pesadumbre: sí, todo el mundo puede verla, ¿pero quién me tendrá lástima? Catalina, mientras yo corria por la largo del valle como un insensato, los hombres y las mugeres me decian á gritos: — ¡Quita, fuera! El mendigo, á quien yo eché una moneda de plata para comprarle una bendicion, volvió la cabeza exclamando: — ¡Maldito sea el cobarde! Cada campana que oia me parecia repetir: ¡— Qué afrenta para el fugitivo! Los ganados balando y mugiendo, los vientos silbando, estas aguas furiosas zumbando, parecian decirme: — ¡El cobarde es un infame! Mis fieles leichtachs me persiguen y me gritan con debil voz: — ¡Da un solo golpe para vengarnos! ¡Hemos muerto por ti!

En tanto que pronunciaba el infeliz joven

estas frases incoherentes, se oyó un pequeño ruido entre los matorrales.

— No hay mas que un solo medio; exclamó él saltando encima del parapeto y mirando asombrado hácia la maleza que atravesaban con precaucion dos criados con el intento de sorprenderle; pero desde el instante en que vió salir una figura humana, levantó las manos por encima de la cabeza con un semblante trastornado, y exclamó: — *Bas air Eachin!* arrojándose á la catarata que tenia bajo los pies haciendo espuma.

Es inútil decir que la pelusa de un cardo sola hubiera podido escapar sin hacerse pedazos en una caída semejante, pero las aguas del rio estaban en creciente y los restos del desdichado nunca pudieron hallarse. La tradicion da mas de un suplemento á su historia. Segun unos, el joven gefe del clan de Quhele fué por el rio á nadó mucho mas allá de Campsie-Linn, y, en tanto que andaba errante, entregado á la desesperacion por los desiertos de Rannoch, halló al padre Clemente, que ocupaba una celda en esta soledad, como los mon-

ges antiguos de Escocia, llamados *Culdes*. Este, dicen, convirtió á Conachar, quien vivió con él en su celda, practicando la vida ascética, ejercicios piadosos, y sujetándose á las privaciones como el padre, hasta que murieron los dos.

Otra leyenda, mucho mas extraña, supone que le libraron de la muerte las *Daione-Shie*, es decir las Hadas, y que anda todavía errante en los bosques y parages solitarios, armado como los antiguos montañeses; pero que lleva la espada en la mano izquierda. El fantasma siempre parece sumergido en la mas profunda melancolia. Algunas veces parece que trata de atacar al viagero; pero, cuando se le resiste con valor, siempre huye. Esta leyenda se funda en dos puntos principales de su historia, su timidez natural, y el suicidio que cometió, circunstancias sin ejemplo en la historia de un gefe montañés.

Despues de haber hecho lo posible Simon Glover para que su amigo Enrique Smith, hospedado en su casa de Curfew-Street, no careciese de ningun socorro que pudiera necesitar, llegó en la tarde del mismo dia á Camp-

sie, donde vió á su hija con una fuerte calentura, efecto de la agitacion causada por la escena que poco antes habia presenciado, y sobre todo por la catástrofe que de repente la habia separado del desdichado compañero de su niñez. El afecto de Luisa la trasformó en una verdadera enfermera, tan atenta y cuidadosa, que Glover declaró no consistia sino en ella el que tuviera necesidad de poner en lo sucesivo la mano en el laud, salvo si queria divertirse.

Se pasó algun tiempo antes que Simon se resolviese á informar á Catalina de las últimas hazañas de Enrique y de las heridas graves que habia recibido en el combate; y cuidó, para que lo supiera, de hacer valer en su ánimo la circunstancia que podria serle agradable; que su amante fiel habia rehusado los honores y las riquezas, por no venir á ser soldado de profesion y alistarse con Douglas. Catalina suspiró profundamente al escuchar la relacion del combate sangriento que se habia dado el domingo de Ramos en el North-Inch. Mas ella debia haber reflexionado, que los hombres rara vez se adelantan á su siglo en civilizacion, y que

un valor temerario y excesivo como el de Enrique, debia preferirse en el siglo de hierro en que vivia, en comparacion de la cobardia que causó la catástrofe de Conachar. Caso de tener ella sobre esto algunas dudas se disiparon á tiempo conveniente por las protestas de Enrique, luego que restablecida su salud pudo abogar por su causa.

— Catalina, le dijo él, casi me avergüenzo al decirlo, y le aseguro á vm. que la idea sola del combate me repugna en el dia. El del domingo de Ramos ha presentado carne para saciar á un tigre. Yo estoy resuelto á colgar mi espada grande y á no desenvainarla como no sea contra los enemigos de Escocia.

— Y si la Escocia necesitara de ella, respondió Catalina, te la ceñiria yo misma.

— Y nosotros, hija mia, dijo Glover lleno de júbilo, pagaremos liberalmente las limosnas de misas que se mandarán celebrar por el descanso de las almas de aquellos á quienes la espada de Enrique abrevió los dias de vida. Esto hará que se olviden algunos pecadillos, y nos pondrá en amistad con la santa Iglesia.

— Y podíamos emplear en ello los tesoros que me legó el miserable Dwining; porque yo creo no querrá vm. que una fortuna, tal vez precio de sangre, se mezclara con la que vm. debe á su industria honrada.

— Lo mismo que me gustaría introducir la peste en mi casa, dijo Simon en tono decisivo.

De consiguiente los tesoros del malvado boticario se distribuyeron á los cuatro monasterios de Perth; y desde tal época ni la mas leve sospecha hubo en cuanto á los principios ortodoxos del viejo Simon y de su hija.

El matrimonio de Enrique y Catalina tuvo efecto cuatro meses despues del combate de North-Inch, y nunca las corporaciones de guanteros y armeros ejecutaron la danza del sable con mas regocijo, que al celebrar la boda del mas esforzado paisano y de la mas arrogante moza de Perth. Diez meses despues habia ya en una cuna, preparada con esmero, un hermoso niño que mecía Luisa cantando:

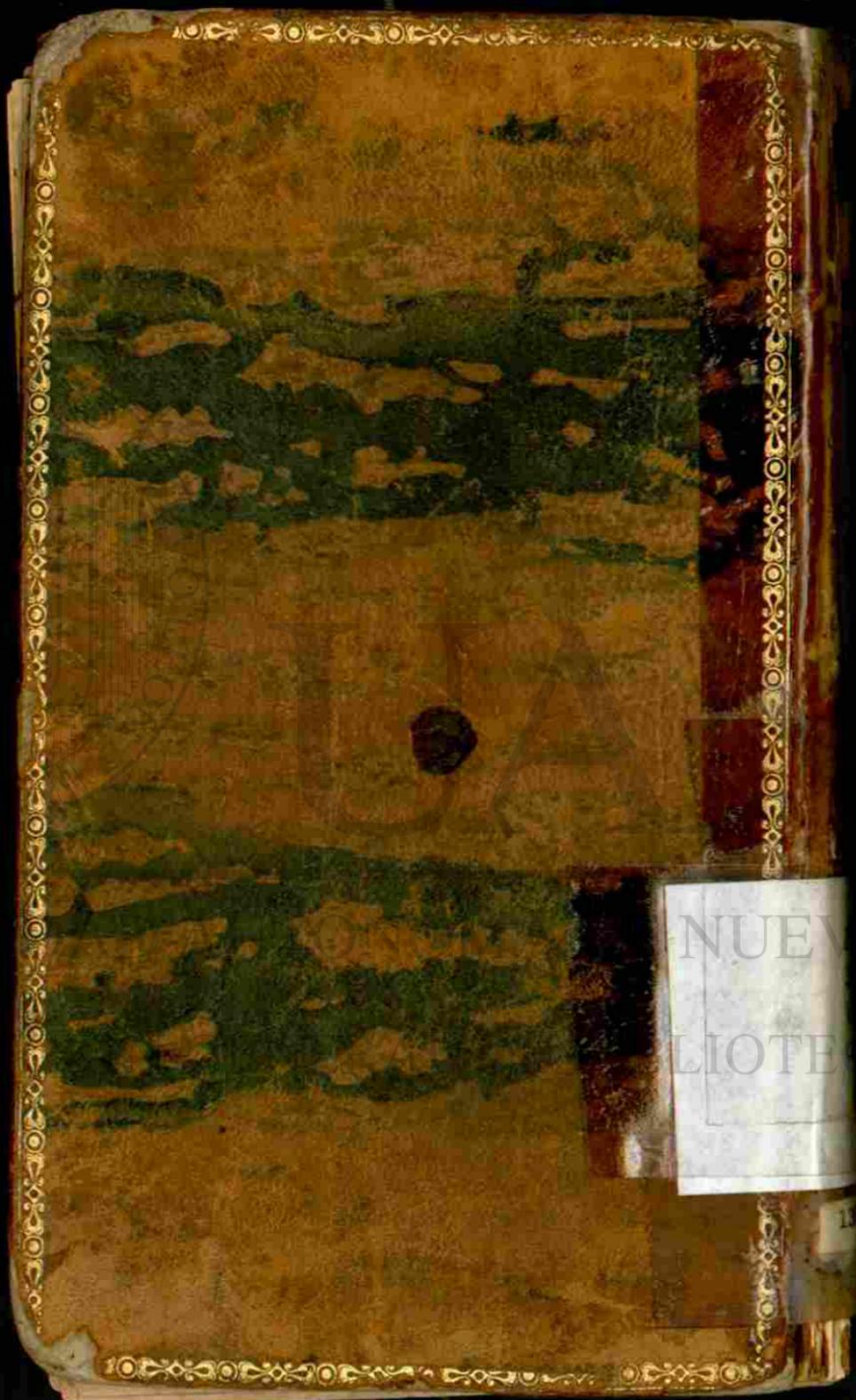
¡O gorro azul siempre fiel, altivo!

Los nombres de los padrinos y madrina con-

tenidos en la partida de bautismo de este niño son: — Alto y poderoso señor Archibald, conde de Douglas; honorable y valeroso caballero sir Patricio Charteris de Kinfauns; princesa Marjory, viuda de Su Alteza Serenisima Roberto, en vida duque de Rothsay. Con tales protectores se levanta una familia con rapidez. Por lo tanto varias de las familias las mas respetables de Escocia y sobre todo del condado de Perth, y gran número de individuos distinguidos en la carrera de las artes y de las armas, se glorian de que se les tenga por descendientes del *Gow Chrom* y de la *Linda Doncella de Perth*.

Se ha suscitado poco ha contra el nombre y talentos del autor sir Walter Scott una oposicion mucho menos literaria que politica; pero se han desprendido de la prevenccion que tenian contra un autor favorito que no podian menos de leer y releer, tan luego como la *Linda Doncella de Perth* vino á disipar enteramente las nubes sombrías. Ha merecido esta novela un aplauso semejante al que tuvieron *Ivanhoe* y *los Puritanos de Escocia*. No concluimos por esto que pueda ponerse en paralelo con aquellas dos obras maestras, á pesar de lo feliz que ha sido Walter Scott, en trazar el carácter del anciano rey Roberto III, digno del mérito del Prusias de Corneille, y el del joven Rothsay, que recuerda al Enrique V de Shakspeare; pero sin hacer memoria de algunos otros retratos no menos notables, ni de algunas escenas de un conocido interés dramático, lo que, á nuestro parecer, puede colocar á la *Linda Doncella de Perth* en el





NUEV  
LIOTE